# SUMARIO DE LOS TÍTULOS PUBLICADOS EN LOS NÚMEROS EXTRAORDINARIOS y ESPECIALES DE TEATRO SELECTO

## EXTRAORDINARIOS

1 - AGOTADO
2 - **José María Pemán.** – "El divino impaciente", "Cuando las Cortes de Cádiz" y "Julieta y Romeo".
3 - **Enrique Jardiel Poncela.** – "Carlo Monte en Monte Carlo", "Cuatro corazones con freno y marcha atrás" y "Las cinco advertencias de Satanás".
4 - **S. y J. Alvarez Quintero.** – "Cancionera", "Doña Clarines" y "Febrerillo el loco".
5 - **A. Torrado.** "La madre guapa" y "El famoso Carballeira".
6 - **A. Pérez Lugín y M. Linares Rivas.** – "Currito de la Cruz" y "La casa de la Troya".

## ESPECIALES CLÁSICOS

1 - **Calderón de la Barca.** – "El alcalde de Zalamea", "El mayor monstruo los celos" y "Casa con dos puertas, mala es de guardar".
2 - **L. F. de Moratín.** – "El sí de las niñas", "El Barón" y "La comedia nueva".
3 - **Lope de Vega.** "Fuente Ovejuna", "El perro del hortelano" y "El mejor alcalde, el Rey".
4 - **Tirso de Molina.** – "Don Gil de las calzas verdes", "La villana de Vallecas" y "El vergonzoso en palacio".
5 - **Ruiz de Alarcón.** – "La verdad sospechosa", "No hay mal que por bien no venga" y "Los pechos privilegiados".
6 - **Moreto Cabaña.** – "El desdén con el desdén", "El lindo Don Diego" y "El licenciado Vidriera".
7 - **Guillen de Castro.** "Las mocedades del Cid" y "Los malcasados de Valencia".
8 - **Vélez de Guevara.** "Reinar después de morir", "El diablo está en Cantillana" y "El cerco de Roma".

## ESPECIALES LÍRICOS

1 - **F. Romero y F. Shaw.** – "Doña Francisquita", "La canción del olvido" y "La rosa del azafrán".
2 - **J. J. Lorente.** – "La Dolorosa", "Los de Aragón" y "¡Señorita!".
3 - **M. Ramos Carrión.** – "Los sobrinos del Capitán Grant", "La bruja" y "La Marsellesa".
4 - **F. Romero y G. Fernández Shaw.** – "Luisa Fernanda", "La chulapona" y "Monte Carmelo".
5 - **Ramos de Castro y Carreño.** "La del manojo de rosas", "Me llaman la presumida" y "La boda del Señor Pérez".
6 - **Carreño y Sevilla.** – "Los claveles", "La del soto del parral" y "La guitarra".
7 - **M. Echegaray.** "La viejecita", "Gigantes y cabezudos" y "El duo de la africana".
8 - **C. Arniches.** – "Serafín el pinturero", "La cara de Dios" y "El amigo Melquiades".

## ESPECIALES DRAMÁTICOS

1 - **José Zorrilla.** – "Don Juan Tenorio", "El puñal del Godo" y "La mejor razón, la espada".
2 - **Hartzenbusch.** – "Los amantes de Teruel", "Vida por honra" y "El mal apóstol y el buen ladrón".

## ESPECIALES EXTRANJEROS

1 - **Molière.** "El avaro", "El misántropo" y "El hipócrita".
2 - **Oscar Wilde.** "El abanico de Lady Windermere", "Una mujer sin importancia" y "Un marido ideal".
3 - **Goethe.** "Fausto" y "Goetz de Berlichingen".


PIDA CATÁLOGO COMPLETO A
COMERCIAL GERPLA UNIÓN, 21 BARCELONA
En Madrid: Valverde, 43
T. G. SOVIRA - ROCAFORT, 161



TEATRO SELECTO
A. PÉREZ LUGÍN
M. LINARES RIVAS
NÚMERO EXTRAORDINARIO


# CURRITO de la CRUZ

# LA CASA DE LA TROYA


52788
Biblioteca Nacional de España

T
52788

Biblioteca Nacional de España

G-805525

TEATRO SELECTO

LINARES RIVAS Y PEREZ LUGIN

# LA CASA DE LA TROYA

# CURRITO DE LA CRUZ

- 6 -

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

EDITORIAL CISNE

NUMERO EXTRAORDINARIO

Biblioteca Nacional de España

## NUMEROS EXTRAORDINARIOS EN VENTA

**N.º 2**

José María Pemán

EL DIVINO IMPACIENTE
CUANDO LAS CORTES DE CÁDIZ
JULIETA Y ROMEO

**N.º 3**

Enrique Jardiel Poncela

CARLO MONTE EN MONTE CARLO
CUATRO CORAZONES CON FRENO Y MARCHA ATRÁS
LAS CINCO ADVERTENCIAS DE SATANÁS

**N.º 4**

Joaquín y Serafíin Alvarez Quintero

CANCIONERA
DOÑA CLARINES
FEBRERILLO EL LOCO

**N.º 5**

Adolfo Torrado

LA MADRE GUAPA
EL FAMOSO CARBALLEIRA

Septiembre, 1941

POR LO QUE SE REFIERE A LA PRESENTE EDICIÓN ES PROPIEDAD DE LA:

EDITORIAL CISNE - UNIÓN, 21 - BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA PRINTED IN SPAIN T. G. J. POLONIO

Biblioteca Nacional de España

# LA CASA DE LA TROYA

Adaptación escénica en cuatro capítulos de la novela del mismo título

III

Biblioteca Nacional de España

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA COMEDIA, DE MADRID

## PERSONAJES

| | |
|---|---|
| Carmiña Castro Retén | Gerardo Roquer |
| Moncha Lozano | Casimiro Barcala |
| La Galana | Adolfo Pulleiro, «Panduriño» |
| La Ventera | Don Laureano Castro |
| Una Vieja | Augusto Armero |
| La Ofrecida | Don Servando |
| Doña Segunda | Lorenzo Carballo |
| Manuela | Nietiño |
| La hija | Alejandro Madeira |
| Señora 1.ª | Manolo |
| Señora 2.ª | Samoeiro |
| La Vendedora de ostras | Pitouto |
| Mujer 1.ª | El Ventero |
| Mujer 2.ª | Eudvigio |
| | El muiñeiro |
| | Mozo 1.º |
| | Mozo 2.º |
| | Mozo 3.º |
| | Un Labriego |

Cuatro o cinco muchachitas, que harán de chiquillos en el comienzo del primer acto. Voces de mayoral, delantero, zagal, sereno, etc.

La acción en Santiago de Compostela. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

Biblioteca Nacional de España

# CAPITULO PRIMERO

La carretera y el pretil del puente Pedriña. Al caer la tarde, en octubre.

## ESCENA PRIMERA

*A telón corrido*

LA VOZ DEL MAYORAL. — ¡Al coche! ¡Al coche!

*(Se oyen voces y ruidos.)*

VOZ DEL DELANTERO. — ¿Vamos, señor Pedro?
VOZ DEL MAYORAL. — ¡Arrea!
VOZ DEL MAYORAL, LA DEL DELANTERO Y LA DEL ZAGAL. — ¡Ya, ya! ¡Generosa! ¡Generosa! ¡Coronela! ¡Ya, ya!

*(Voces, ruidos, restallar de fustas y el son de hierros y cascabeles, típicos del arranque de una diligencia. Cuando todavía se oye el fragoroso estruendo, alejándose hacia la derecha, se levanta el telón y aparecen cuatro o cinco chiquillos corriendo a paso gimnástico y gritando.)*

UNO. — Echeme una cadeliña, señoritiño...
OTRO. — Vote, señoritiño, vote...
OTRO. — Echela y le canto una copla...
OTROS. — Echela, échela, échela...

*(Y así desaparecen por derecha, siguiendo a lo lejos hasta perderse el rumor.)*

## ESCENA II

*La* VENTERA. *Después, el* VENTERO. *Por izquierda.*

VENTERA. — *(Corriendo desaforada.)* ¡Mi pan! ¡Mis chorizos! ¡Ladrones! ¡Robáronme el pan y los chorizos! *(Parándose y volviéndose hacia izquierda.)* ¡Ay, Manoel!... ¡Manoel!... ¡¡Manoeeel!!
VENTERO. — *(Cachazudo.)* ¿Qué é?
VENTERA. — ¡Anda ligero, que esos pillos de estudiantes nos robaron el pan y los chorizos!
VENTERO. — ¿Y dónde voy a correr?
VENTERA. — ¡A la Carrilana, hom!

Biblioteca Nacional de España

VENTERO. — Ensejida la pillo...
VENTERA. — *(Convencida de la inútil persecución, se decide por insultarlos.)* ¡Estudiantes da fame!
VENTERO. — ¡Hambrones!
VENTERA. — ¡Rillotes!
VENTERO. — ¡Mala centella vos coma!
VENTERA. — *(Trágica y sacudiendo al ventero.)* ¿Ti ves, calzonazos, ti ves? Si estuvieras en la obligación no pasaría esto. ¡Maldito sea el tute y quien lo trujo!
VENTERO. — Cala, muller, cala, qu'os berridos son malos para a jarjanta.
VENTERA. — ¡Y más para un rayo que te parta!
VENTERO. — Vamos a contar. ¿Qué levaron?
VENTERA. — Dos molletes grandes de pan... ¡Así se ahoguen con ellos! Y más catorce chorizos.
VENTERO. — *(Espantado.)* ¿De los buenos?
VENTERA. — ¡Eres mismo un pasmón, Manoel! ¿Y luego entonces? ¿Iba yo a poner los buenos a tiro de nadie? Eran de los arrecidos, de los del puerco que murió. ¡Así revienten con ellos del mismo mal!
VENTERO. — Así. ¿Y comprar no compraron?
VENTERA. — Compraron, hombre. Diéronme cuarenta y siete reales y dos perros de doce chiquitas de Rivero, tres jaseosas y dor cervezas.
VENTERO. — Pues de aquélla déjalos ir, que inda se janan nueve reales.
VENTERA. — Y más también, once...; pero si no llevaran el pan y los chorizos se janaban más todavía.
VENTERO. — *(Marchándose.)* Boh, boh, boh...
VENTERA. — *(Tras él.)* ¡Todo por no estar en la obligación y por el tute maldito, que Dios confunda!
VENTERO. — Boh, boh, boh...

*(Mutis los dos por derecha.)*

## ESCENA III

*Por izquierda viene* GERARDO, *paseando lentamente. Se sienta en el pretil, leyendo distraído un libro al que corta las hojas con un cortaplumas. Un* LABRIEGO. *Después, dos* MUJERES, *y después, una* VENDEDORA *de ostras, pregonando lastimeramente:* Queeeen... queeeer ostraaas... *Luego, por derecha,* BARCALA.

BARCALA. — Ya me dije yo que había de encontrar contigo por aquí. ¡Hacia el puente Pedriña está, que es el paseo de los tristes! De los «maloncólicos», como dicen los paisanos.
GERARDO. — Aquí estoy, sí...
BARCALA. — Mal recibes...
GERARDO. — Se equivoca usted, Barcala.
BARCALA. — Habíamos quedado en tutearnos...

Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — Dispensa...

BARCALA. — Pues que no se olvide... Y así es como debemos hablarnos, hombre, que al fin y al cabo los estudiantes somos todos una misma morralla, aunque algunos vengan tan elegantones como Perico Seoane que pone el mingo en la rúa del Villar... o como Manolo Casás, que tiene un chaqué ribeteado de trencilla, mismo la última palabra de un figurín, que no hay mujer que lo resista... ¡ni hombre tampoco! ¡Pero bueno es el Manolo, bueno! Creíamos que no tenía más que chaqué y resultó que tenía el demonio en el cuerpo, y es un punto de primera, como Barreiro o como Madeira.

GERARDO. — Y todos ésos... ¿quiénes son? ¿Estudiantes?

BARCALA. — ¿Y qué han de ser aquí? Estudiantes... o curas. Y las personas mayores, catedráticos... o curas. Y si son forasteros, militares... o curas castrenses. Este carro no anda más que con esas ruedas.

GERARDO. — Ya lo he visto en los ocho días que llevo en Santiago.

BARCALA. — Lo que a todos nos parece muy mal es tu apartamiento. ¡Tienes que ser de los nuestros, Gerardo, y hacer amistades con toda la parranda! Con Madeira, que ya está en el quinto año... del primer curso, y no ha logrado todavía que lo aprobaran en ninguna asignatura...; ¡¡pero que te fríe unas costilletas que se chupa uno los dedos!!

GERARDO. — Algo es...

BARCALA. — Con Alejandro Barreiro, muy buen chico; pero con el que no se puede contar más que hasta el 15 o el 20 de mayo.

GERARDO. — ¿Después no?

BARCALA. — Después no, porque se pone a estudiar de firme.

GERARDO. — ¿Diez días por junto? No morirá del atracón de ciencia...

BARCALA. — Creemos que no. Con Augusto Armero, que es la gloria de la tuna y el año pasado se llevó dos premios.

GERARDO. — Un buen estudiante, ¿eh?

BARCALA. — ¿Augusto? ¡Quiá, hombre!

GERARDO. — ¿Y entonces los premios?

BARCALA. — En unas regatas, en Vigo. ¡Ya verás qué gente! Todos rapaces de buenas familias, no te vayas a creer; pero unos paveros, siempre dispuestos a divertirse y a jugársela al Sol. ¡Ya verás! ¡Te hay cada volante! Y aun queda por nombrar el más curioso: Adolfo Pulleiro, alias Panduriño. ¡Un hombre ya! Que en invierno es el mejor estudiante de Santiago—de Medicina, ¿sabes?—y en verano es director de una murga y va tocando el cornetín por las ferias.

GERARDO. — Pero eso es ridículo.

BARCALA. — No. Eso es trágico. La murga en el verano es la posada, las matrículas y la carrera de médico en el invierno. Y todavía es una cosa más grande: es devolverle a la pobre vieja—que no come más que caldo de berzas y pan de borona, para que al hijo no le falte lo absolutamente preciso—, es devolverle un poco del bienestar de que ella se priva con la ilusión de que él llegue un día a ser algo.

Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — Tienes razón. Eso es trágico. El ridículo lo hice yo adelantándome a juzgar lo que no conocía.

BARCALA. — Estudia como un bárbaro y no hay memoria de que faltara a una sola clase en ningún curso. Antes nos reíamos de él porque es muy apocado...; pero una mañana, en tiempo de exámenes, me lo encontré llorando en la Alameda. «¿Qué te pasa, Panduriño?» «¡Que me dieron notable!...» Yo, que llevaba en el cuerpo dos suspensos y tenía noticia fidedigna de que me largarían otros dos... me quedé como quien ve visiones. «¡Un notable! ¡Pero si eso es para subir a gatas por la torre de la catedral, de alegría y de gozo!» «No, no; que tengo el sobresaliente en todas las asignaturas y ese notable me va a perjudicar para la hoja de estudios; que si no obtengo el grado a mérito no podré sacar el título, que cuesta tres mil reales...»

GERARDO. — La tragedia otra vez...

BARCALA. — Me conmoví, no hice ni siquiera una aleluya—y eso que yo las hago en el aire—, les conté el caso a todos, se conmovieron también, y, desde aquel día, quedó proclamado amigo honorario de nuestra tuna, y al empezar el otro curso nos lo trajimos a la posada nuestra, poco menos que a puñetazos, y entre todos le pagamos el hospedaje. Mejor dicho, entre todos le debemos su hospedaje a la patrona.

GERARDO. — Muy honrado sería yo también amigo de Panduriño... y de todos; pero no traigo ánimo de bulla. Vine a Santiago, por imposición de mi padre, a seguir una carrera, que no necesito, gracias a Dios, y que no pienso estudiar.

BARCALA. — Gracias a Dios, también.

GERARDO. — Y estoy decidido a...

BARCALA. — ¡Basta, basta! Con lo de ser estudiante y no querer estudiar, ya eres de los nuestros.

GERARDO. — No. He venido sin conocer a nadie y lo mismo me marcharé.

BARCALA. — Ni soñarlo. O riñes y te peleas con los compañeros de posada...

GERARDO. — Yo vivo en el hotel.

BARCALA. — Eso creerás tú.

GERARDO. — ¡Si lo sabré yo!

BARCALA. — ¡Pues no lo sabes, Gerardiño! Cierto que hasta hoy habitabas en un hotel; pero la dignidad de la clase estudiantil se rebela contra ese indecoroso alojamiento.

GERARDO. — ¡Indecoroso!...

BARCALA. — ¡Sí! La tradición... y el poco dinero exigen que se viva en una posada, lo que en Madrid llamáis casa de huéspedes.

GERARDO. — Bueno..., pues la buscaré.

BARCALA. — No te molestes. Ya te la he buscado yo.

GERARDO. — Muchas gracias. Bueno..., pues la veré para trasladarme si me conviene.

BARCALA. — No te molestes. Ya dispuse yo que llevaran tu equipaje.

Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — *(Incomodado.)* ¿Pero se puede saber quién le autoriza a usted para meterse de ese modo en mis asuntos?

BARCALA. — Habíamos quedado en tutearnos. Gerardiño...

GERARDO. — *(Riendo a pesar suyo.)* Bien... ¿Quién te mandó hacer eso?

BARCALA. — La simpatía... y el no querer que un compañero se encuentre como un hongo. Pero si a ti te parece mal lo hecho, tú lo deshaces... y además me pegas dos piñas.

GERARDO. — *(Abrazándolo.)* ¡No, hombre, no!

BARCALA. — Los primeros tiempos, en una ciudad desconocida, hay que andarlo todo cuesta arriba y todo nos agobia...

GERARDO. — Es verdad. Te agradezco la intención y el favor grandísimo que me haces; lo acepto, y, desde hoy, puedes contar tú con Gerardo Roquer: con la amistad, con el cariño y con el dinero de Gerardo Roquer.

BARCALA. — ¿Cómo? ¿Tienes dinero?

GERARDO. — Un poco...

BARCALA. — ¿A veinte de mes?

GERARDO. — Sí...

BARCALA. — ¡Pues eso no te volverá a suceder! Cuenta con nosotros.

GERARDO. — Muy a gusto. ¿Y a dónde me llevas a vivir?

BARCALA. — A lo más excelso. Al grelo de las posadas y a la flor de las patronas. A la casa de la Troya.

GERARDO. — ¿Qué es eso?

BARCALA. — El nombre de la calle donde está. Pero aquí abreviamos y no se dice la calle de la Troya, la calle de la Azabachería, la calle del Preguntoiro, la plaza de las Animas.... sino que decimos simplemente: la Troya, la Azabachería, el Preguntoiro, las Animas... y así el Pórtico de la Gloria, de nuestra santa y magna catedral, es la Gloria nada más para el hablar corriente... Y cuando un novio se despide de la novia, quedando en verse al otro día a la salida de misa, se dicen: «Mañana en la Gloria, ¿eh, riquiña?...» «Sí, riquiño; mañana en la Gloria...»

GERARDO. — Y a veces puede que lo estén realmente...

BARCALA. — Siempre...

Porque en todo momento son capaces
de irse para esa gloria los rapaces...

GERARDO. — *(Incomodado.)* ¡Ya viene ahí el vejestorio ese con la cursi de la niña!

BARCALA. — ¿Quiénes, tú?

GERARDO. — Esos tipos, que les da por pasear por aquí y estropean la delicia de esta soledad y de este divino paisaje.

BARCALA. — ¡Pero tú no tienes ojos, ladrón! ¡Pues nada menos que le es Carmiña Castro Retén, la flor más florida de Santiago, el encantiño del Preguntoiro!

GERARDO. — ¡Calla!

BARCALA. — ¡Pero mírala bien, hombre!

Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — ¡Una cursi!...
BARCALA. — ¿Una cursi? Estáte por ahí, que ya te llamaré...
GERARDO. — Y una antipática...
BARCALA. — *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Jesús, Jesús!
GERARDO. — Calla...

## ESCENA IV

DICHOS, CARMIÑA *y* DON LAUREANO, *que atraviesan de derecha a izquierda.*

BARCALA. — Felices tardes, señor de Castro.
LAUREANO. — Muy buenas, muy buenas...
BARCALA. — Y a usted también, Carmiña...
CARMIÑA. — Buenas, Casimiro...

*(Mutis por la izquierda* CARMIÑA *y* DON LAUREANO.)

## ESCENA V

GERARDO *y* BARCALA

BARCALA. — El viejo es el padre, que fué coronel carlista. Gente de posición, ¿sabes?, y de lo más encopetado, con la casa solariega, el Pazo, aquí en el Faramello, a unas dos leguas... ¡Y que es guapa no me lo niegues!
GERARDO. — Si te lo parece...
BARCALA. — Y formal como la misma formalidad.
GERARDO. — Eso le pasa a todas las sosas.
BARCALA. — ¿No eres enamoradizo?
GERARDO. — De la que lo vale. Pero de eso, no.
BARCALA. — ¡Despreciador amaneciste! Claro que esto no es la elegancia de un Madrid...
GERARDO. — ¿Tú has estado allá?
BARCALA. — No; pero estuve en Orense y en Ponferrada..., y ya puedo juzgar de poblaciones.
GERARDO. — Algo...
BARCALA. — No te pongas serio para reírte por dentro, que la frase no es mía. Es de nuestro prosopopéyico amigo don Ventura Lozano, ex juez de Ordenes—y a las de usted—, según su muletilla. Ya le conocerás. Es un pavero... trágico... ¡de plomo!
GERARDO. — No pienso conocerle.

## ESCENA VI

DICHOS, CARBALLO *por izquierda.*

BARCALA. — ¡Eh..., tú!... ¡Carballo! ¡Buenas tardes, hombre!
CARBALLO. — *(Borracho perdido, somnoliento y sin darse cuenta.)* Buenas tardes.
BARCALA. — Soy Casimiro Barcala, tú..., ¿no sabes?

Biblioteca Nacional de España

CARBALLO. — Sí, sí... Buenas tardes, Barcala. *(Y sigue su camino.)*

BARCALA. — Enfilado a la taberna de las Crechas... Y luego por los caminos y las cunetas, convertido en un guiñapo miserable. ¡Carballo!

CARBALLO. — ¿Quién me nombra?

BARCALA. — No vayas a casa de las Crechas. Mira que están allí el Muiñeiro y esos otros bárbaros.

CARBALLO. — *(Encogiéndose de hombros, indiferente.)* Que estén...

BARCALA. — Ya más de una vez lo arrastraron y lo molieron a golpes... Verás, verás... ¡Carballo!

CARBALLO. — ¡Acaba de llamar!

BARCALA. — ¿Tuviste carta hoy?

CARBALLO. — *(Retrocediendo unos pasos.)* Tú..., tú... Aun discurro un poco... Aun veo algo claro... No hables de eso... ¡¡No hables de eso si no quieres que te ahogue!!

BARCALA. — Perdona. Era preguntar nada más.

CARBALLO. — Bueno, entonces. Después, cuando el aguardiente bendito me quite por completo la razón y la fuerza... ¡¡ y el alma!!, dime lo que te parezca y búrlate cuanto quieras, como el Muñeiro y como todos... Después, ¿eh, Barcala? Ahora no hables de eso... *(Marchándose.)* No hables de eso...; no hables de eso... *(mutis por derecha.)*

## ESCENA VII

GERARDO *y* BARCALA

GERARDO. — ¿Qué le pasa?

BARCALA. — Este Lorenzo Carballo, un estudiante de los antiguos, es de familia muy distinguida, pero sin grandes recursos, y él se llevó la juventud soñando en vivir espléndidamente. Un día le debió oír el diablo e hizo que heredaran de un pariente olvidado casi un millón de pesetas. Cogió su parte y se fué por el mundo a divertirse, a gozar..., ¡¡a vivir!! En sus andanzas de príncipe, se enamoró de una tiple, de una tal Boldini.

GERARDO. — ¡La Emma Boldini! ¿Una que cantaba «Manon»?

BARCALA. — Sí, «Manon» era su ópera predilecta y la de sus grandes triunfos.

GERARDO. — Se la oí en Madrid. No estaba mal de voz... ¡y guapa!

BARCALA. — Se enamoró ciegamente de ella... y ciegamente se gastó los cuartos hasta que una mañana, arruinado, dió media vuelta y desapareció.

GERARDO. — ¿Y ella?

BARCALA. — Debía quererle mucho también, porque le escribió, le mandó recados y hasta dicen que fué en persona a buscarle, proponiéndole seguir como antes... y a costa de ella, naturalmente.

GERARDO. — ¿Y Carballo no quiso?

BARCALA. — No quiso. Cuando le preguntan en qué tiró la fortuna, res-

Biblioteca Nacional de España

ponde que en vivir como un caballero. Y cuando le preguntan por qué no se avino a continuar con la Boldini, responde que también por eso, porque no sabe vivir sino como un caballero.

GERARDO. — Y realmente lo es.

BARCALA. — Ahora lo mantienen los hermanos, y él se porta muy correctamente...; pero cuando recibe carta de ella—que aun le escribe alguna vez—se queda tétrico unos días y empieza a beber, a beber, hasta que cae embrutecido. Sabiendo quién es... ¡si vieras qué efecto hace el verlo como un fardo..., o que los chiquillos le persiguen a pedradas... o que los municipales se lo llevan a rastras como a una mala bestia!... Y no se incomoda ni se enfada..., no... ¡Va como muerto! Sólo de vez en cuando pasa una ráfaga de claridad y de recuerdos por su alma... ¡y entonces se pone a cantar fragmentos de «Manon»!... ¡Da pena oírle!

GERARDO. — Quizás tenga él razón bebiendo así...

BARCALA. — ¡No disparates! ¿Vas tú a seguir el ejemplo? Ya sabemos por qué estás en Santiago, ya... Porque tu padre te hizo salir a escape de Madrid, en donde andabas a mal andar con la Mañitas.

GERARDO. — No tengo por qué negarlo.

BARCALA. — Una cupletista de muchas carnes, de mucha historia, de pocos escrúpulos y de poca ropa...

GERARDO. — ¡Pero una mujer de una vez y no estas señoritingas de alfeñique!

BARCALA. — ¡La sigues queriendo!

GERARDO. — Ni la quiero, ni la quise, ni merece ella que la quieran...; ¡pero el recordarla me vuelve loco! ¡Es una mujer, Casimiro, una mujer!

BARCALA. — De primera.

GERARDO. — ¿La conoces?

BARCALA. — ¿Y quién no? Mira, «Nuevo Mundo», de anoche.

GERARDO. — *(Ansioso.)* ¿Trae su retrato?

BARCALA. — No es el «Mundo» entero, ¿sabes? Es un cacho del «Mundo» nada más. Lo vi en el Casino y corté la hoja...

GERARDO. — ¡Dámela!

BARCALA. — Veo que no eres enamoradizo, sino de lo que sale...

GERARDO. — *(Imperioso.)* ¡Dámela!

BARCALA. — La bella Charito (a) Mañitas, que actúa con gran éxito en el teatro Romea.

GERARDO. — *(Con ansia y desconsuelo.)* ¡Charito!

BARCALA. — Para llamarla oficialmente Mañitas..., ¡qué mañitas no serán las suyas!...

GERARDO. — *(Besando el retrato.)* ¡Charito..., Charito!

BARCALA. — Si hubiera sospechado que te emocionaba tanto, no lo traigo... y el Casino tendría completo su periódico.

GERARDO. — ¡Me vuelve loco!

BARCALA. — Ya lo veo, ya.

GERARDO. — ¡¡Y pensar que esta imagen candorosa y plácida es la de

Biblioteca Nacional de España

un alma corrompida y villana y traidora!! ¡¡Fuera de mí, fuera!! *(Con el cortaplumas rasga el papel airadamente.)*

BARCALA. — El asesinato de la Mañitas... ¡Ya le cayó qué hacer al juez!

GERARDO. — *(Recogiendo los trozos y tirándolos.)* ¡Se acabó esto! ¡Se acabó!

BARCALA. — «...y el Juzgado recogió los trozos dispersos de la víctima, que demuestran el feroz ensañamiento del criminal...» *(Abrazándole.)* Anda, ven conmigo ya; ven, que ahora no tienes el ánimo para soledades.

GERARDO. — ¿A la ciudad? ¡No! Lo más tarde que pueda.

BARCALA. — Que te es lo peor, Gerardiño...

GERARDO. — ¡No! Aun tengo metida en el alma la impresión de aquella primera noche. ¡Aquella noche horrenda, de lluvia torrencial, de soledad, sin luz en las calles!...

BARCALA. — Que habría luna.

GERARDO. — No...

BARCALA. — La habría en el calendario, y eso basta para que no enciendan los faroles.

GERARDO. — ¡Y lo que no era silencio era tristeza! La voz monótona del sereno... «¡Ave María Purísima! ¡Las diez y media... y lloviendo!» Más tarde... «¡Ave María Purísima! ¡Las doce... y lloviendo!» ¡Y así toda la noche! Y para completarla, para añadir horror a lo horrendo, el sonido de una campanilla tintineando lúgubremente y la voz de un hombre, envuelto en una hopalanda gris, que gritaba con pavoroso acento: «¡¡Hermanos, recen un Padrenuestro por el alma de don Alonso de Fonseca, bienhechor de la ciudad!!...» ¡Te lo juro! Aquella noche soñé que me moría de tristeza, que me llevaban a enterrar entre doscientos serenos, chocleando sus zuecos sobre las piedras húmedas y entonándome por Miserere su monótono canturreo: «¡Ave María Purísima! ¡Las cuatro... y lloviendo!». Y así por toda la ciudad, hasta que, al fin, me dejaron solo, transido de frío y de agua, en el cementerio y en un nicho al lado de don Alonso de Fonseca...

BARCALA. — Una impresión que se borrará. Anda, ven...

GERARDO. — No. Te lo suplico...

BARCALA. — A las seis te aguardo en el Preguntoiro. ¿Quedamos...? ¿Palabra...?

GERARDO. — Sí, palabra; pero déjame ya, que necesito estar solo...

BARCALA. — Lo que tú necesitas como el pan es una novia.

GERARDO. — ¿Yo? ¿Una gallega yo? ¡No disparates!

BARCALA. — Tú, hombre, tú. No hay como una mujer para matar realmente la memoria y el mal que nos hizo otra mujer. Y en cuanto que me le tengas un «choyo» con una rapaza, ya verás qué paso llevan las murrias por la carretera adelante...

GERARDO. — ¿Un choyo?

BARCALA. — Un arreglito. Le es término local.

GERARDO. — Bien; pues encargaremos esa mujer al extranjero...

Biblioteca Nacional de España

BARCALA. — *(Indignado.)* ¡No hace falta! Aquí, por las ciudades, hay mucha rosa de octubre y mucho capullo tempranero.
GERARDO. — Habrá...
BARCALA. — Y si te apetece la flor silvestre de las montañas, también abundan entre las mujeres las que se colorean como amapolas y saben a tomillo y a hierbabuena.
GERARDO. — Sabrán... Pero a mí no me placen las gallegas.
BARCALA. — ¡Calla, condenado! ¡Que no te oiga Dios la blasfemia!
GERARDO. — Bien libre estoy.
BARCALA. — ¿Libre? Entonces es que aun no aprendiste el refrán. ¡Pues apréndelo, apréndelo!: «En Galicia el hombre apasionado, si entra soltero sale casado».
GERARDO. — ¿Casado yo aquí?
BARCALA. — ¡Mira que no escapa ni una rata!
GERARDO. — Yo soy madrileño: gato.
BARCALA. — Eres gato, ¿eh? Pues oye, michiño... Todavía te he de ver por la luna de enero dando maullidos a la puerta de alguna rapaza.
GERARDO. — Otras mujeres, y no las gallegas, me seducen a mí.
BARCALA. — No les quito el mérito a las otras, que en todas partes las hay guapas y buenas; pero escucha lo que los hombres dicen aquí de las otras, escucha:

«Veño de lonxe por verte,
caravel de caraveles;
por falta de verte veño,
non por falta de mulleres.»

¿Lo entiendes, madrileño?

«Vengo de lejos por verte,
clavel entre los claveles;
por falta de verte vengo,
no por falta de mujeres.»

Conque... ¡aplícate e claveliño, por si acaso! *(Marcha.)*
GERARDO. — Conmigo no reza ese cantar.
BARCALA. — Por si acaso, por si acaso... ¡Y saludiña, eh! *(Mutis por la derecha.)*

## ESCENA VIII

GERARDO, *que trata en vano de leer. Vuelven* CARMIÑA *y* DON LAUREANO. *Al ver que se sientan,* GERARDO *hace un gesto de fastidio, volviéndoles la espalda*

LAUREANO. — ¿Nos sentamos un poquito?
CARMIÑA. — Lo que usted quiera.
LAUREANO. — Pero poco, que ya están las nubes sobre el monte Sacro, y eso es agua cercana.

Biblioteca Nacional de España

CARMIÑA. — La lluvia es amiga nuestra...

LAUREANO. — Por lo menos visita de casa... Pero no creas que es sólo por estas comarcas. ¡Lo que nos llovió en Montejurra!, por Estella, en Navarra...

CARMIÑA. — Ya sé, papá, ya sé. Que tuve el gusto de oírtelo referir otras veces.

LAUREANO. — ¿Lo recuerdas? ¡Buena paliza le dimos a los leales a Moriones! ¡Buena! Dorregaray y Valdespina tenían cinco compañías de navarros y de riojanos. Yo estaba entonces con Mendiri... ¡Un valiente, un valiente! Y el Señor *(Quitándose un poco el sombrero)* había llegado aquella mañana para presenciar el combate...

CARMIÑA. — Lo recuerdo, papá; lo recuerdo.

LAUREANO. — ¿De veras?

CARMIÑA. — Sí. Don Carlos iba en caballo alazán, cuatralbo, careto...

LAUREANO. — ¡Eso es! Cuatralbo..., careto... ¡Lo estoy viendo! *(Se queda ensimismado en sus recuerdos gloriosos.)*

## ESCENA IX

DICHOS. *Por izquierda*, LA GALANA

LA GALANA. — Señoritiño... Una limosniña... Déame un ochavito, por el alma de sus difuntiños.

GERARDO. — Dios la ampare.

LA GALANA. — Ande, señoritiño, ande... Hágame un bien de caridad, por el alma de sus mayores.

GERARDO. — Perdone...

LA GALANA. — Mire que le pido con mucha necesidad... ¡Nunca se vea como yo me veo!

GERARDO. — *(Con acritud.)* ¡Perdone, si quiere!

LA GALANA. — Bueno, señor, bueno. Dios le dea paciencia al que pide para sufrirse de los humores de los ricos... *(Marcha, ve a* CARMIÑA *y vuelve socarrona.)* Ya que no quiere dar limosna por las cosas tristes, déamela luego por los ojos meigos de esa rosiña. Mírela, señor...

GERARDO. — ¿Quiere usted dejarme en paz de una vez?

LA GALANA. — ¿Y eso? ¿Tanto mal le doy con que la vea? Mismo es preciosa como una salida de sol e ten cariña de recién casada. Ande..., socórrame por ella, que he de pedirle a Nuestra Señora de la Esclavitud que les dea mucha suerte para que se ajunten como manda Dios.

GERARDO. — ¡¡Es que no me da la gana!! ¿Se entera usted?

LA GALANA. — ¿E logo? ¿Unha rapaciña tan primorosa non vale un cochino can jordo? ¡Ande, señor, mírela y diga!

(GERARDO *la mira y se encuentra con que ella mira también, sonriéndose de la pesadez de la vieja.* GERARDO *saluda y* CARMIÑA *contesta con una leve inclinación. Entonces él, por señas, le in-*

Biblioteca Nacional de España

*dica que estaba dispuesto a no dar limosna, pero que por ella, por* CARMIÑA, *no se puede ya negar. Por muy rabioso que esté, y lo está mucho, no olvida los fueros de la galantería.)*

GERARDO. — ¡Tome, tome y váyase!

LA GALANA. — La Virgen Santísima se lo pa... *(Deteniéndose al ir a besar la moneda.)* ¡¡Una peseta!! ¡Le he de hacer novena hasta que los vea casados y con hijos que se les parezcan!

GERARDO. — ¡Calle, charlatana! *(A* CARMIÑA, *por señas, se disculpa.)*

LA GALANA. — A la rosiña se le encendió la cara... Y usted se le enfada con la boca llena de risas... ¡Nunca más vea si no son ya ustedes novios del corazón!

GERARDO. — ¿Quiere callar, maldita?

LA GALANA. — Digan maldiciones, digan... Pero yo veo en el aire a los ángeles, que traen una corona blanca... ¡Y así sea, amén, para muchísimos años!

GERARDO. — ¡Calle de una vez! *(A* CARMIÑA.) Perdone usted, señorita...

(CARMIÑA, *por señas, responde que no hay de qué.)*

LA GALANA. — ¿Y de qué se dan los dispenses, bobiños? Esto de los hombres mozos y de las rapazas tempraneras son cosas que ya están escritas desde mucho antes de que vengan al mundo los mozos y las mozas. De mi juventud lo sé, de cuando me llamaban con más razón la Galana. Aprovéchenlo ustedes en lo suyo, aprovéchenlo.

GERARDO. — ¡¡Calle!!

LA GALANA. — Aun me tiene que dar limosna en la boda y... más en los bautizos. ¡Ya lo verá, ya!

## ESCENA X

DICHOS. *Por derecha el* MUIÑEIRO *y tres mozos más conduciendo por una cuerda atada al cuello a* LORENZO CARBALLO, *que los sigue dócilmente, borracho como una cuba y con los brazos colgados hacia adelante en un palo que le atraviesa por los hombros.*

MUIÑEIRO. — Baila, li oso, baila.

(CARBALLO *baila.)*

Mozo 1.º — ¡Andali...!

MUIÑEIRO. — Miren el oso que hemos cazado en la taberna de las Crechas.

Mozo 1.º — ¡Miren!

Mozo 2.º — ¡Miren!

MUIÑEIRO. — Y no le tengan miedo, que está domesticado. ¡Baila, li oso, baila! *(Y como tarda en bailar le pincha con un palo.)* ¡Baila, oso!

Mozo 3.º — ¡Baila!

(CARBALLO *baila.)*

Biblioteca Nacional de España

MUIÑEIRO. — Si echan unas perras, van a ver cómo canta el oso. ¡Canta oso!
CARBALLO. — *(Cantando.)* ¡Oh, Manón! ¡La tua non è la mano che mi tocca?...
CARMIÑA. — *(Desconsolada.)* ¡¡Ay, padre, padre!!...
LA GALANA. — El rey David cantaba y Santa Cecilia también... Y también los serafines en el cielo. Cuando los desgraciados pueden dar sus cánticos son como reyes y como serafines...
MUIÑEIRO. — Canta más, oso, canta.
CARBALLO. — No puedo.
MOZO 1.º. — ¿Y no has de poder?
MUIÑEIRO. — Ahora vas a ver si puedes o no. ¡Canta, oso, canta! *(Y le pincha.)*
CARBALLO. — ¡¡Ay!!
MUIÑEIRO. — ¡¡Canta o llevas!!
CARBALLO. — *(Cantando.)* ¡Oh, Manón! ¿La tua non è la mano che mi tocca?...
CARMIÑA. — ¡Padre, esto es horrible!
LAUREANO. — *(Que ya estaba nèrvioso, levantándose.)* ¡¡Canallas!!
CARMIÑA. — *(Abrazándose a su padre.)* No, tú, no; te van a lastimar.
GERARDO. — Hágame el favor de permanecer quieto, señor Castro. Para éstos me sobro yo.
MUIÑEIRO. — ¿Diz que se sobra? ¿Vamos darle o que lle falta?
MOZO 3.º. — ¡Vamos!
MOZO 2.º. — ¡Duro con él!
MOZO 1.º. — ¡Duro!
MUIÑEIRO. — ¡Ey Carballeira! ¡A que me dea un pan doulle un peso!
MOZO 1.º. — ¡Dalle!
MOZO 2.º. — ¡Duro!
MOZO 1.º. — ¡Duro con el seorito de trapo!

*(Pelean.)*

LAUREANO. — ¡Déjame! ¡Es un caballero que pelea él solo contra cuatro bergantes! ¡Déjame ir a socorrerlo!
CARMIÑA. — *(Sujetándole.)* ¡Por Dios, papá, por Dios!...

*(Cae* GERARDO *al suelo, desvanecido.)*

MOZO 1.º. — ¿Morreu?
MUIÑEIRO. — Ya lo sabremos otro día. Ahora, arreando...

*(Mutis los cuatro por la izquierda, corriendo.* CARMIÑA *y* DON LAUREANO *acuden a socorrerle.)*

CARMIÑA. — ¿Qué tiene?
LAUREANO. — Supongo que desvanecido nada más. ¡Pillos! ¡Cobardes!
CARMIÑA. — No respira... ¡Sangre! ¡Socorro! ¡Socorro!



Biblioteca Nacional de España

CARBALLO. — *(Apoyado en el palo y con el alma ausente de cuanto allí sucede, cantando.)* ¡Oh, Manón! ¡¡La mía Manón!!

CARMIÑA. — ¡Socorro! ¡Socorro!

LA GALANA. — Canta, Carballo, canta. Mismo como un rey eres ahora y como un serafín.

CARBALLO. — ¿La tua non è la mano che mi tocca? ¡¡Oh, Manón!!

CARMIÑA. — ¡Socorro! Socorro!

**Fin del capítulo primero**

*(Como no es difícil, el actor que interprete el papel de Lorenzo Carballo procurará, durante la pelea, ponerse unas lágrimas en las mejillas para que se vean al volverse y levantar la cabeza en el momento final. Ha de cantar con los ojos medio cerrados.)*

Biblioteca Nacional de España

## CAPITULO SEGUNDO

Una habitación en la casa de la Troya. Es de noche. Al foro, centrado, un gran balcón de hierro labrado. En las paredes, retratos pequeños de mujeres. En un lienzo, un dibujo tosco de mujer, hecho por un estudiante que pinta de oído. Un gran cartel anunciando el Año Santo, Jubileo y fuegos del Apóstol. Una cama, una palangana, una consola con un quinqué y una mesa cubierta con una manta de viaje y en donde armaron la timbirimba.

### ESCENA PRIMERA

MANOLO, *tumbado en la cama, estudiando.* SAMOEIRO *talla, apuntando* BARCALA, MADEIRA *y* PITOUTO. *La voz del sereno en la calle*

SAMOEIRO. — ¿Juego?
BARCALA. — Juega de una vez. No seas pesado, Samoeiro.
SAMOEIRO. — Pues va. Una al cinco...
PITOUTO. — ¡Dos!
SAMOEIRO. — La otra carta ya estaba vista.
BARCALA. — Bueno, una al cinco.

Mas conste, imbécil Samoeiro,
que tú no tienes razón,
y en la pública opinión
te quedas por un larpeiro.

SAMOEIRO. — ¡Si me insultáis, se acabó el juego!
MADEIRA. — *(Echando mano a los cuartos.)* ¡Pues venga mi postura!
PITOUTO. — ¡Y la mía!
SAMOEIRO. — Cuidado, ¡eh!
MADEIRA. — *(Agarrándole amenazador.)* ¿Cuidado con qué?
SAMOEIRO. — *(Gritando.)* ¡Doña Generosa!
PITOUTO. — ¡Calla!
SAMOEIRO. — ¡¡Doña Generosa!!
BARCALA. — ¡Calla, cobarde! ¡No llames en tu auxilio a una mujer!
SAMOEIRO. — ¡Es que me roban!
MADEIRA. — Suprime las indirectas, ¡o te tragas un libro!

BARCALA. ¡Eso haremos por villano!
Suprimes las indirectas
o te tragas las Pandectas
y además a Justiniano.

Trae a Justiniano, Manolo.

Biblioteca Nacional de España

MANOLO. — Dejadme estudiar, que mañana tocan las eximentes y son muy difíciles. *(Repitiendo de carrerilla.)* «Octavo, no delinquen y, por consecuencia, están exentos de responsabilidad... No delinquen y, por consecuencia, están exentos...»

MADEIRA. — Sigue taliando ostrógodo.

SAMOEIRO. — Si he dicho eso por equivocación una vez, ahora ya sé que son ostrogodos, y no hay por qué echarlo en cara a todas horas.

PITOUTO. — ¡Al entrés, pelouro!

SAMOEIRO. — Bueno. Una al cinco... Dos... Saltó... El cuatro.

BARCALA. — ¡Ladrón! ¡Mala centella te coma! ¡Que con seis cochinas pesetas tienes ya ocho duros.

SAMOEIRO. — Lo bonito sería que perdiera, ¿verdad?

BARCALA. — Préstame dos reales.

SAMOEIRO. — ¿Para que juegues contra mí? No delires, Barcalita...

BARCALA. — *(Alejándose indignado.)* ¡Eres un miserable, Samoeiro!

MANOLO. — ¿Qué hay abajo, Pitouto?

PITOUTO. — Rey, dos.

MANOLO. — Caen tres perros sobre el rey.

SAMOEIRO. — Ponlos.

MANOLO. — ¡Hombre!...

SAMOEIRO. — Boquillas, no, Manolo.

MANOLO. — Haz favor, Casimiro. En el chaleco.

BARCALA. — *(Después de registrar.)* En el chaleco no hay más que dos botones.

MANOLO. — Pues se habrán caído los otros..., porque tenía seis. Mira a ver si los puse en la americana.

BARCALA. — Recuerda que los pusiste a la sota. ¡Aquella sota desgraciada y de infeliz memoria!

MANOLO. — Bueno... «No delinquen y, por consecuencia, están exentos de responsabilidad...»

SAMOEIRO. — Tiro... ¿o qué?

BARCALA. — Tira, sí. De una carreta.

LA VOZ DEL SERENO. — ¡Ave María Purísima! ¡Las diez! ¡Y lloviendo!

## ESCENA II

DICHOS, GERARDO *y* AUGUSTO, *por izquierda, con impermeables.*

GERARDO. — Nobles estudiantes y nobilísimos timberos..., ¡ahí va un cohete! Don Servando ha pasado lista.

MANOLO. — *(Brincando.)* ¡Caray! ¡Precisamente hoy no he podido ir a clase!

AUGUSTO. — Precisamente.

MADEIRA. — ¡Pues nos ha reventado!

GERARDO. — No, a ninguno; pero en cambio le ha puesto seis cruces a Perico Seoane.

BARCALA. — ¿Cómo que seis?

Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — ¡Seis!
AUGUSTO. — ¡¡Seis!!
BARCALA. — Pero ¿por qué?
GERARDO. — Porque respondió: «Servidor...»
BARCALA. — ¿Pues qué iba a contestar, si no?
GERARDO. — Quiso aprovecharse de que don Servando es un poco cegato, y con la honrosísima intención de salvarnos fué respondiendo por todos nosotros. Leía don Servando: «Augusto Armero...» y Perico contestaba: «Servidor...» «Casimiro Barcala...» «Servidor...» «Manuel Casás...» «Servidor...»
MANOLO. — ¡Pero eso es sublime! ¡Eso es magno! ¡Eso es una eximente!
GERARDO. — Pero a la cuarta o quinta vez se olió la tiquiñuela nuestro venerado catedrático, y al decir: «Marcelino Bahamonde...» «Servidor...», se le encara poniéndose los lentes: «Hágame el obsequio de bajar... más cerca... más cerca...» ¡Fué un momento trágico! «Conque servidor, ¿eh? ¡Pues me va usted a servir, señor contestón universal! ¡Le voy a poner seis crucecitas, ¿sabe?, que con las seis que ya adornan su nombre de usted en mi lista hacen doce, que es el límite de la tolerancia! A la primera falta, se quedará usted para septiembre. ¡Vuelva usted a su sitio, servidor!»
MANOLO. — ¡Pero ese hombre es un mártir del compañerismo y de la amistad!
SAMOEIRO. — ¿Tiro... o qué?
BARCALA. — ¡Eres un vil, Samoeiro! No te pones jamás a tono de un sentimiento elevado.
AUGUSTO. — ¿Qué hace esa fiera?
MADEIRA. — Pelarnos, como siempre.
AUGUSTO. — Ahora lo vamos a ver. ¿Qué se dan, Pitouto, mayores o menores?
PITOUTO. — No llevo cuenta.
AUGUSTO. — Tú, Madeira, ¿qué se dan?
MADEIRA. — Disgustos. Ya te dije que nos pela.
BARCALA. — ¿Qué hay, tú? ¿Y el encantiño del Preguntoiro?
GERARDO. — No la he visto... ni lo intento.
BARCALA. — Pues el noviazgo lo dan por comido, después de aquel acto heroico del Puente Pedriña.
GERARDO. — *(Riendo para quitarle importancia.)* En que me zurraron...
BARCALA. — Y después de aquella romántica herida que te curó con sus manos y te vendó con su mismo pañuelo...
GERARDO. — Un rasguño, que ni señal ha dejado, pero del que vosotros no me permitisteis curar en quince días.
BARCALA. — Para que resultaras más interesante. ¡Aquí le sabemos hacer las cosas muy bien!
GERARDO. — La verdad es que vosotros habéis cambiado mi espíritu. Vine de Madrid con rabia, entré en Santiago con horror..., y a los cuatro meses ya estoy contento, ya estimo un poco las grandiosas

Biblioteca Nacional de España

bellezas de Compostela y comprendo y me llegan las hermosuras de estos campos y de este cielo.

BARCALA. — Es la tierra, que se le entra a uno por el alma. Y el encantiño.

GERARDO. — Te juro que no hay nada.

BARCALA. — ¿Que no hay nada? Estáte por ahí, que ya te llamaré. Y a otra idea interesantísima. ¿Me puedes dejar dos duros para ver si me desquito?

GERARDO. — Sí, hombre, sí.

BARCALA. — Ese canalla de la Puebla de Brollón, ese vil Samoeiro, nos hace la barba en seco.

GERARDO. — Pues anda con él.

## ESCENA III

DICHOS. PANDURIÑO, *por izquierda.*

PANDURIÑO. — Buenas noches...

BARCALA. — *(Abrazándole.)* Buenas noches, gran Panduriño.

AUGUSTO. — ¿Traes el cornetín?

PANDURIÑO. — No...

AUGUSTO. — Pues te puedes largar.

PANDURIÑO. — Eso no es más que en verano y por las ferias y las romerías; pero si me lo mandáis, también será aquí, Augusto, que os debo tanto favor que no me puedo negar a nada de lo que dispongáis de mí.

AUGUSTO. — No, hombre; era una broma.

BARCALA. Ven siempre que tengas ese afán,
que aquí te acogeremos con cariño
porque eres bueno y tierno como el pan,
Pan... duriño.

MANOLO. — *(Indignado.)* ¡Que lo maten, que lo maten! No a destierro ni a la cárcel, no...; ¡a la horca!

BARCALA. — ¡Envidioso! Qué más quisieras tú que una musa como la mía...

GERARDO. — ¿Qué traes por aquí?

PANDURIÑO. — Siempre con peticiones... A ver si tenéis un poco de papel blanco, para terminar de poner en limpio los apuntes de hoy.

GERARDO. — En mi cuarto hay dos cuadernos. Te los regalo.

PANDURIÑO. — Eso es mucho, Gerardo...

GERARDO. — Yo no he de copiar ninguna lección..., de manera que realmente no me sirven de nada.

PANDURIÑO. — Pues ¡muchísimas gracias!

GERARDO. — Aun soy yo con creces tu deudor, que no has querido cobrarme por tus servicios facultativos cuando me largó el estacazo aquel bruto del Muiñeiro.

Biblioteca Nacional de España

PANDURIÑO. — ¡No hablarás en serio!... Aquello no valió la pena...
BARCALA. — Al contrario, debías guardarle rencor, porque te ofendió despiadadamente.
PANDURIÑO. — ¿Yo? ¿Ofendí yo al señor Roquer?
BARCALA. — ¡Vaya! Después de reconocerle, ¿no me dijiste tú que Gerardo no tenía nada en la cabeza? ¡Ya ves qué idea formó de ti!
PANDURIÑO. — Yo me refería a lesión grave...
GERARDO. — No le hagas caso. ¿Aun no acabaste de conocerlos? Te estoy muy agradecido y muy obligado, Panduriño.
PANDURIÑO. — Yo a ti, yo a ti... y a todos.
GERARDO. — Quédate un rato a probar fortuna, a ver si desbancamos Samoeiro.
PANDURIÑO. — En eso me dispensas..., ¿verdad?, me dispensas. Ya me gustarían las diversiones... como a cualquiera...; pero no se han hecho para mí. Si malograra una hora de estudio, con la licenciatura encima, para el año próximo, y no me llevara el premio..., tendría que pagar los tres mil reales del título..., ¡qué horror, Dios mío, qué horror!, y luego comprarme un estuche de cirugía, de los medianitos, ¡claro!, de esos surtidos, de almacén..., pero que siempre son ochenta o cien duros... ¡¡Qué horror, Virgen de la Esclavitud, qué horror!! Y no hay más remedio que comprarlo para ejercer la profesión en un pueblecito cualquiera... ¡Voy a estudiar, voy a estudiar! ¿Me dispensas, verdad, me dispensas?... ¿Jugar, dices? ¿Yo jugarme un real... y la vieja comiendo borona solamente? Si esa maldad hiciera, el demonio se había de reír mucho de mí! Dispensadme, dispensadme... *(Mutis.)*

## ESCENA IV

DICHOS, *menos* PANDURIÑO

AUGUSTO. — La tragedia...
GERARDO. — Sí, la tragedia... Hoy escribo a mi padre contándoselo escuetamente, sin un comentario. Y como lo conozco, y puede, veremos lo que tarda en venir de Madrid un buen estuche de cirugía.
BARCALA. — Es una buena acción, Gerardiño. Y una buena acción predispone siempre a la Divinidad en favor de los hombres. Tú verás cómo ahora le ganamos los cuartos a Samoeiro.
GERARDO. — Vamos a verlo.
BARCALA. — *(Acercándose tonante.)* ¡Juego! Dos reales a ese precioso animal que galopa a la derecha.
SAMOEIRO. — Boquillas no; ya lo sabes.
BARCALA. — ¿Y quién le ha dicho al señor Samoeiro, al estultísimo y errado señor Samoeiro, natural de la Puebla de Brollón, que yo, Casimiro Barcala, vecino acomodado de Santiago, juego de boquilla? *(Y tira arrogante un duro.)*
SAMOEIRO. — Así, muy bien.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Biblioteca Nacional de España

BARCALA. — Marca los dos reales del ala al caballo.
SAMOEIRO. — No, no. Cambiaré, para evitar discusiones y líos. Toma. Dos reales y cuatro más dos perros gordos que me debías...
BARCALA. — No recuerdo...
SAMOEIRO. — Por eso cambio: porque después no recuerdas...
GERARDO. — ¿Puedo jugar yo?
SAMOEIRO. — Con mucho gusto.
GERARDO. — Entonces, puesto que hay banca, ponme ese billetito al siete y ese duro de salto al dos.
SAMOEIRO. — ¿Qué marcan?
GERARDO. — Su valor.
SAMOEIRO. — *(Espantado.)* ¿Va entero el billete? ¿Entero?
GERARDO. — Enterito.
SAMOEIRO. — Es que aquí le jugamos para entretenernos... ¿sabes?
GERARDO. — Lo mismo que yo.
SAMOEIRO. — Pero es que si aciertas las dos cartas me desbancas.
BARCALA. — ¡Ay! ¿Y luego tú querrías, parvuliño, ganar y no perder nunca? ¡Estáte por ahí, que ya te llamaré!
MADEIRA. — ¡Apunta los seis pesos y calla, «ostrógodo»!
SAMOEIRO. — Os advierto que si me insultáis dejo la banca ahora mismo.
AUGUSTO. — ¡Qué vas a dejar, hom! ¡Tú aguantas ahí mecha hasta que des las tres de última!
BARCALA. — Eso no tene duda.

Tú aguantas ahí, como hay Dios,
hasta que las tres nos des,
y si tú no das las tres
te daremos a ti dos.

Dos piñas en los morros. Ten la idea presente, aunque no pude meterla en el verso.
PITOUTO. — No hay más remedio.
MADEIRA. — Y ahora me pasas aquellos tres perros gordos de la señora sota al señor caballo. Y estos otros dos... ¿A qué carta apuntas abajo?
GERARDO. — Al siete.
MADEIRA. — Pues van al siete. Es liquidación de existencias... si pierdo. ¡Pero no hay pavor en este corazón!... Y además ganaré porque voy contigo, y punto de la calle, punto seguro.
BARCALA. — ¡Y más es verdad! Mira, Samoeiro, pásame mi postura al siete.
PITOUTO. — Y la mía.
AUGUSTO. — Y la de un servidor, con este montoncito de perros, arrála para la misma aula.

BARCALA. Y este duro refulgente
añádelo al siete ya inmediatamente.

SAMOEIRO. — No va más. ¿Juego?

Biblioteca Nacional de España

MANOLO. — ¡Juego yo! ¡Juego! Una peseta cae al mismísimo siete en cuestión.

SAMOEIRO. — Ponla.

MANOLO. — ¿Que la ponga? ¡Parece mentira que tengas esos despotismos con un compañero!

SAMOEIRO. — Entonces no va nada.

MANOLO. — Negocio, Samoeiro. Se presenta negocio. Véndote la corbata.

SAMOEIRO. — ¿Cuánto?

MANOLO. — Seis pesetas. Cinco...

SAMOEIRO. — Una.

MANOLO. — ¡Ladrón! ¡Asesino de corbatas! Dame dos.

SAMOEIRO. — Una.

MANOLO. — Bueno. Ponla al siete.

SAMOEIRO. — Pero venga antes la prenda.

MANOLO. — Llévasela. Pitouto. ¡Y permita Dios que se destiña!

SAMOEIRO. — *(Guardándosela.)* ¿Tiro?

BARCALA. — ¡Arrea! Tres..., as..., cinco..., ¡siete! ¡¡Viva el siete!! ¡¡Viva el excelentísimo siete!!

TODOS. — *(Menos* SAMOEIRO. *¿eh?)* ¡Viva!

SAMOEIRO. — *(Pagando.)* Cinco duros..., un duro..., una peseta..., seis perros...

PITOUTO. — Cuenta bien, Samoeiriño...

SAMOEIRO. — *(Espantado.)* ¡¡Hay embuchado!!

PITOUTO. — Sí, señor; una dulcísima peseta...

SAMOEIRO. — ¡Pero es que ya se dijo que no valían los embuchados!

BARCALA. — Paga y calla, que tenemos mucha prisa.

SAMOEIRO. — *(Resignado.)* Bueno..., bueno.

MANOLO. — Samoeiro. Rescate de cautivos. Te compro la corbata.

SAMOEIRO. — Bueno. Seis reales.

MANOLO. — ¡Ladrón!

SAMOEIRO. — Estoy perdiendo...

MANOLO. — Aguardaré a que pierdas más. «...e... e... exentos de responsabilidad: primero, los imbéciles y los locos..., el que obra por miedo insuperable... insuperable...» *(Acude al libro, porque ya no recuerda.)*

## ESCENA V

DICHOS. NIETO, *por izquierda, con paraguas medio abierto.*

NIETO. — ¡Troyanos! ¡Arda Troya!

AUGUSTO. — ¿Qué pasa, Nietiño?

NIETO. — ¡¡Arda Troya, digo!! ¡¡Vengan a mí los troyanos leales!!

*(Todos acuden recogiendo sus dineros.)*

Biblioteca Nacional de España

MADEIRA. — Ya ardemos. ¿Qué ocurre?

NIETO. — Pasado mañana salen de tuna los de Farmacia; pero vuestro insigne director no puede consentir que nadie pise el terreno a la Facultad de Derecho y mañana mismo salimos nosotros. A las once, he citado aquí a los de la Vizcaína para ensayar un poco.

MANOLO. — ¿Pero es fijo que salen los de Farmacia? ¿Cómo lo supiste?

NIETO. — Como sé yo todas las cosas. A fuerza de dinero.

AUGUSTO. — Sí; esa es tu fuerza, Nietiño.

NIETO. — En cambio, no tengo otra... Sospechaba que se reunían a la chita callando en una casa de Cornes, y para cerciorarme llamé a un rillote—un pillete de la calle—, que me sirve para mis correrías, y le dije: Cañotas...

BARCALA. — «Cuyamente». éste es Cañotas...

BARCALA, NIETO y AUGUSTO:

Que con su trato sencillo,
nos da lustre y nos da brillo,
pues «limpia» muy bien las botas.

NIETO. — El mismo. Y le dije: Ahí tienes quinientas pesetas. Averigua lo que hay de verdad y a la vuelta te daré otras tantas. Por cierto que no llevaba cambio bastante y le quedé a deber unos cientos de pesetas. Nada.

SAMOEIRO. — ¡Pero no es verdad que hayas dado ese dinero!

AUGUSTO. — El que lo dudes—solamente dudarlo—, te coloca, una vez más, entre los percebes. ¡A echar, Samoeiro!

NIETO. — Programa definitivo. Primero, me prestaréis quince cochinos reales para sacar del poder de los infieles mi flauta adorada.

GERARDO. — Sí, hombre.

NIETO. — No creo adecuado dirigiros con la papeleta.

GERARDO. — Ahí va un duro.

NIETO. — Gracias, Mecenas. ¿Será bueno?

GERARDO. — ¡Claro!

NIETO. — Dispensa la pregunta...: pero es que para mí no está jamás claro esto de los duros...

PITOUTO. — Yo necesitaré comprar unas cuerdas par la guitarra.

BARCALA. — Tengo yo.

PITOUTO. — ¿Tienes tú?

BARCALA. — Sí: las del baúl. Si te sirven...

PITOUTO. — ¡Para ahorcarte!

GERARDO. — Se comprarán, Pitouto.

AUGUSTO. — Mañana, como primera salida, iremos únicamente a dar serenata a lo más escogidito y a lo más preciosísimo de la localidad.

BARCALA. — ¡A Moncha divina!

AUGUSTO. — A Ramona Lozano. Un nombre vulgarote y feo; pero aquí hasta lo feo se embellece, y la prosaica Ramona es Moncha divina.

BARCALA. — Ahora le andamos reñidos, ¿sabes? Pero hemos de hacer las paces porque está muerta por mis pedazos.

Biblioteca Nacional de España

AUGUSTO. — Rebaja algo...

BARCALA. — Nada. Es precio fijo.

AUGUSTO. — Bueno. Iremos a cantarle a Moncha; pero, antes de todo, no puede faltar la serenata a don Servando.

GERARDO. — ¿Lo contáis entre las preciosidades?

AUGUSTO. — ¡Ya lo creo! Es el primer amor de los estudiantes. ¡Un catedrático que no suspendió a nadie jamás! ¡Un santiño!

BARCALA. — Como lo oves. Un santiño. Y la primera estudiantina va al pie de sus balcones.

GERARDO. — Pero pone faltas...

AUGUSTO. — Y en los exámenes, conforme le vamos contestando disparates, él pinta en su lista, al lado del nombre de cada alumno, unas orejas de burro, y a medida que aumentan los disparates él nos aumenta el tamaño de las orejas... ¡Las hubo que necesitaron dos pliegos de papel! Pero luego vienen las notas y aprobados todos. ¡Un santiño! ¡Viva don Servando!

TODOS. — ¡Viva!

BARCALA. — Luego a la novia de éste, luego a la mía y a la de esta canalla.

GERARDO. — Pues yo quería pediros un favor... Ya que vais a ir a muchos sitios, si no os molestara el dar serenata en uno más...

AUGUSTO. — *(Abrazándole.)* ¡Caíches, Gerardiño!

BARCALA. — *(Abrazándole.)* ¡Te pescaron las gallegas, madrileño!

SAMOEIRO. — ¡Mi enhorabuena!

GERARDO. — No, no. Palabra de honor que no hay nada... Es solamente que deseo pagar de algún modo una deuda de gratitud, porque hace tiempo, en una visita al señor Castro, la señorita Carmiña fué tan amable...

AUGUSTO. — No te pongas cursi. No se dice la señorita Carmiña: se dice el encantiño del Preguntoiro.

GERARDO. — Bueno...

AUGUSTO. — Pues a decirlo.

GERARDO. — El encantiño fué tan amable que me dió a conocer unas hermosísimas canciones del país... «Os teus ollos»... «O adiós a Mariquiña»...

BARCALA. — Pues corresponderemos a esas canciones con las nuestras. ¡Y ya verás con qué entusiasmo... y con qué desafinación las cantamos! Hay cada voz en la tuna que mete miedo, y una libertad de oído para llevar el compás, que aun mete más miedo todavía; pero eso no importa, porque ya quedamos citados para encontrarnos en el Calderón... y allí nos reunimos.

NIETO. — Es un buen sitio...

BARCALA. — A propósito de voces. No te sorprendas cuando le demos serenata a la del corresponder, si me ves a tu lado y empiezo a gritar: ¡Gerardo!... ¡Ay, Gerardo... Roquer!

GERARDO. — ¿Y para qué vas a dar gritos, poniéndote a mi lado?

BARCALA. — Para que lo oiga ella, ¡burro!, y se entere bien de que eres tú el del obsequio.

Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — Muchas gracias..., y después, cenaremos. Os convido.
MADEIRA. — No. Te llevaremos la capa; pero gratis.
GERARDO. — ¡Os juro que no es eso!
BARCALA. — Ya está dicho. Iremos a berrear artísticamente en el Preguntoiro.
NIETO. — Hombre, Barcala...; eso de berrear es ofensivo.
BARCALA. — Ya sabes que nos lo dijeron en letras de molde. Un periódico escribió: «Esos muchachos de la casa de la Troya, cuando van de estudiantina, cantan con toda su alma.» Y otro periódico lo comentó diciendo: «Es verdad; pero ojalá, para los oídos ajenos, que no cantaran más que con el alma...»
NIETO. — Envidias...
AUGUSTO. — Pero antes, señor don Gerardo Roquer, antes de que nosotros cantemos un alalá o una folíada, va usted a cantar la gallina.
GERARDO. — ¡Yo!
AUGUSTO. — Sí, riquiño, sí. Tú has dicho que las gallegas son pavas y sosas; tú has dicho que son presumidas e infatuadas, y ahora mismo, ahora mismito, te vas a desdecir.
GERARDO. — Con mil amores, y confieso...
BARCALA. — ¡No, no! Sírvase contestar según fuera preguntado. ¿Jura en su alma y por su honor decir verdad?

*(Forman Tribunal para juzgar a* GERARDO.)

GERARDO. — *(Solemne, pero sonriente.)* Sí, juro.
BARCALA. — Pues conteste. ¿Hállase el procesado sinceramente arrepentido de las bellaquerías que formuló contra las galleguiñas y de su injusto desdén contra la tierra «meiga» de Galicia?
GERARDO. — Hállome.
AUGUSTO. — Responda, pues, en consecuencia. ¿Qué es lo mejor del mundo?
GERARDO. — España.
AUGUSTO. — De España, ¿qué?
GERARDO. — Galicia.
AUGUSTO. — ¿De Galicia?
GERARDO. — Santiago.
AUGUSTO. — ¿Y de Santiago?
GERARDO. — La catedral...
BARCALA. — Tiene razón artística el procesado; pero ahora no le estamos para catedrales.
MANOLO. — *(A media voz.)* El Preguntoiro...
GERARDO. — ¡Lo mejor de Santiago es el Preguntoiro!
BARCALA. — Bien contestado... y bien soplado. De toda la tierra y cuanto se ve por el cielo..., ¿qué es lo más hermoso?
GERARDO. — Las mujeres.
AUGUSTO. — De las mujeres, ¿cuáles?
GERARDO. — Las gallegas.
AUGUSTO. — ¿De las gallegas?
GERARDO. — Las de Santiago.

Biblioteca Nacional de España

AUGUSTO. — Y entre las de Santiago, ¿cuál es la primera?
BARCALA. — ¡La segunda, tu! ¡La primera es Moncha divina, caray!
MANOLO. — ¡Es Mary Pepiña!
MADEIRA. — ¡Es Sabela!
AUGUSTO. — Son todas primeras, filliños..., no os sulfuréis. Pero pregunto por la primera para Gerardo.
GERARDO. — Yo, la verdad, no tengo novia...
AUGUSTO. — Eso ya lo declaró el procesado en el sumario... Ahora tenga la bondad de clarearse un poquito, si es que le merecemos la confianza.
GERARDO. — ¡Eso sí!
AUGUSTO. — Pues hocique, hermano, hocique...
BARCALA. — ¿Te da vergüenza proclamar una admiración noble y leal?
GERARDO. — ¡No! ¡Lo más hermoso y lo mejor del mundo, para mí, es Carmiña Castro Retén!
PITOUTO. — ¡Viva Carmiña!
TODOS. — ¡Viva!
AUGUSTO. — ¡Viva el encantiño del Preguntoiro!
TODOS. — ¡Viva!
GERARDO. — Pero os juro que no tengo nada con ella...

## ESCENA VI

DICHOS. MANUELA, *por izquierda.*

MANUELA. — ¡Ay, don Gerardo!... Le traen para usted esta carta del Preguntoiro.

*(Una pausa, mirando todos a* GERARDO, *que baja la cabeza avergonzado.)*

BARCALA. — ¡Conque no había nada, eh, ladrón! *(Y le larga una piña:)*
PITOUTO. — ¡Vivan los novios!
GERARDO. — Le mandé hoy mi primera carta, declarándome... y no esperaba tan pronto la contestación.
BARCALA. — ¡Estas pavas te le corren como liebres!
MANUELA. — Y luego, don Gerardo, ¿la toma, o qué?
GERARDO. — ¡Ya lo creo! *(Dándole un duro.)* Para ti.
MANUELA. — Muchas gracias y que Dios le dé muchas novias.
AUGUSTO. — Para muchos duros. Comprendido.

*(Mutis* MANUELA.)

BARCALA. — Mi enhorabuena más cumplida por las dos cartas de hoy.
GERARDO. — *(Que se guardó discretamente la carta para saborearla a solas.)* Esta es la única. ¡Palabra!
BARCALA. — ¿Ya no te acuerdas, ingrato? Pues la otra también te le fue magnífica.

Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — ¿Qué otra carta?
BARCALA. — La del entrés. ¡El siete, hombre!
SAMOEIRO. — *(Suspirando, doliente.)* El siete..., ¡ay!
MANOLO. — *(Consolandole.)* Reveses de la fortuna voluble, Samoeiriño... Hay que poner buena cara... y hay que devolverme la corbata, ¿sabes?
NIETO. — Querido Gerardo... En tu honor y en el de esa preciosidad de criaturina que te llevas, esta noche voy a hacer locuras con la flauta...
GERARDO. — Muchas gracias...
NIETO. — ¡Verás qué trinos y qué arpegios! Tengo empeño en que... *(Cortando, trágico.)* Bueno... Ya sabes tú lo del empeño...
AUGUSTO. — Tendrás afán por leerla, ¿eh? ¿Quieres que nos vayamos? ¿No? Pues apártate y nosotros disimularemos...
UNA VOZ EN LA CALLE. — ¡Nieto! ¡Nietiño!
NIETO. — Los de la tuna... *(Abriendo el balcón.)* ¡Ya vamos! ¿Qué os parece una canción para solemnizar la lectura?
AUGUSTO. — ¡Mortal!
MANOLO. — Anda con ella, Nietiño. Una copla de Rosalía o de Curros.
MADEIRA. — Un buen pretexto para dejar solo a éste un momento, que lo agradecerá.
BARCALA. — A cantar, sí, que unidos deben ir siempre los cantares y los amores.

En lo que dice un cantar
y en lo que dice un amante,
no hay diferencia bastante
para poderla apreciar.
Hablan con igual porfía
y se expresan de igual modo:
¡quizá no sea verso todo...;
pero todo es poesía!...

AUGUSTO. — ¡Bravo, Casimiro! Eres el Rosalío Castro de la Universidad.
MADEIRA. — Bajas en seguida, ¿eh? Pues andando nosotros.

*(Van saliendo todos por izquierda.)*

GERARDO. — *(Volviéndose de espaldas abre la carta, se la queda mirando atónito, y al fin la tira con rabia al suelo.)* ¡Maldita sea!

*(Todos entran rápidos.)*

PITOUTO. — ¿Qué es?
BARCALA. — ¡Ay, Virgen de la Esclavitud!
MANOLO. — Concurbitáceas tenemos...

Biblioteca Nacional de España

AUGUSTO. — ¿Qué te pasa? *(Recogiendo la carta.)* «Señorita doña Carmiña...»

GERARDO. — *(Serenándose por fuera.)* Nada de particular. Que esa señorita cursi y mal educada me devuelve groseramente mi carta sin abrirla siquiera. Nada. ¡Cosas de provincias!...

MANOLO. — Fuemos, hijos, fuemos, que se meten ya con la provincia..., y de eso a meterse con nosotros no hay el borde de una uña. *(Mutis.)*

## ESCENA VII

GERARDO, AUGUSTO y BARCALA. *Las voces, en la calle.*

AUGUSTO. — Tú tienes la culpa...

GERARDO. — Ya lo sé...

AUGUSTO. — Has dicho, jactanciosamente, que a ésa no había más que mirarla para que cediera, y que no estaba mal para un noviazgo de estudiante. Lo ha sabido...

BARCALA. — Lo ha sabido, sí. Me consta.

AUGUSTO. — Y ahora te demuestra que vale para algo más.

GERARDO. — Lo que ella no sabe, y vosotros tampoco, es que yo me felicito de esa impertinencia.

BARCALA. — ¿Te felicitas?

GERARDO. — ¡Sí!

BARCALA. — Bueno, estáte por ahí, que ya te llamaré.

GERARDO. — *(Sentándose malhumorado.)* Este capricho, que no es otra cosa...

AUGUSTO. — ¿No más?

GERARDO. — No.

AUGUSTO. — ¿No?

GERARDO. — ¡No!

AUGUSTO. — Bueno, hombre. Pero no te incomodes para demostrar que no te importa.

GERARDO. — Es tu insistencia lo que me mortifica.

AUGUSTO. — *(A* BARCALA.) ¿Tronada, tú?

BARCALA. — *(Sentado a los pies de la cama.)* Tronada parece, sí...

GERARDO. — Este capricho me retenía un poco; pero hoy escribo a mi padre pidiéndole autorización para marchar... y si no me la concede, me marcho sin ella de este pueblo aborrecido.

AUGUSTO. — Y el pueblo, ¿qué te hizo de malo, hombre?

GERARDO. — Ser como es de triste, de agobiador...

AUGUSTO. — ¡Bah, bah! La morriña de ahora te le es de las calabazas...

GERARDO. — ¡No, no! Es de la ciudad, del ambiente...

LA VOZ DEL SERENO. — ¡Ave María Purísima! ¡Las once! Y lloviendo.

GERARDO. — ¿Lo ves?

AUGUSTO. — ¿Y eso qué?... El agua acompaña...

Biblioteca Nacional de España

BARCALA. — ¿Y no ha de acompañar?...

¡Cómo chove, mihudiño;
cómo mihudiño, chove!...
¡Como chove, minudiño,
po-la banda de Laino,
po-la banda de Lestrove!...

GERARDO. — ¡Calla, tú! Aun por el día..., y cuando estoy con vosotros, me parece posible la estancia aquí; pero, al quedarme solo, especialmente de noche, se me cae encima la ciudad, las piedras de las casas, la mole de la catedral, las mil campanas de las quinientas iglesias...

BARCALA. — Ya las recordarás con pena cuando oigas otras...

Campanas de Bastabales...
¡Cuando vos oigo sonar,
muérome de soledades!

GERARDO. — ¡Calla! Es la ciudad triste, la ciudad quejumbrosa y doliente, que nos envuelve en murrias, en nieblas y en el continuo espanto de los muertos y de los aparecidos... ¡No puedo mas! ¡No puedo mas!

AUGUSTO. — ¡No te acongojas tú poco que digamos!...

GERARDO. — ¡Pero si aquí es congoja todo! El ambiente, el silencio, el aire...

BARCALA. — ¡El aire, no, hereje!

Airiños, airiños, aires;
airiños da miña terra...

GERARDO. — ¡Calla!

BARCALA. Airiños, airiños, aires;
¡airiños. levadme a ela!...

GERARDO. — Calla, te lo suplico, que me ponéis desesperado con esas coplas morriñosas que entristecen, que enervan...

LA VOZ EN LA CALLE. — *(Después de oírse la campanilla.)* ¡Hermanos!

GERARDO. — ¡Cerrad!

LA VOZ. — Recen un padrenuestro por el alma de don Alonso de Fonseca, bienhechor de la ciudad.

*(Se aleja el tintineo de la campanilla.)*

GERARDO. — ¡Cerrad la ventana! ¡Por Dios, cerradla! ¿No veis que la ciudad entera se desploma sobre mí? ¿No lo veis?

AUGUSTO. — Vaya, vaya, hay que calmar esos nervios.

Biblioteca Nacional de España

LA TUNA O UN TUNO DE BUENA VOZ. — *(En la calle.)* Unha noite n'a era do trigo...

GERARDO. — ¡Que callen, por Dios! ¡Por caridad, que callen!

*(La tuna sigue la estrofa primera.)*

AUGUSTO. — ¡Nieto! ¡Nietiño!

NIETO. — *(En la calle.)* ¿Qué, hom, qué?

AUGUSTO. — Calládevos un poco.

BARCALA. — Vamos, claros de una vez, Gerardo: ¿la quieres o no la quieres?

GERARDO. — *(Brincando indignado.)* ¿Yo? ¿Enamorado yo de esa cursi y de esa antipática?

BARCALA. — Sí, tu excelencia.

GERARDO. — No, hombre, no. ¡Qué voy a estar!

BARCALA. — Pues entonces asunto concluído.

GERARDO. — De todas maneras...

AUGUSTO. — De todos maneras, no, que a Barcala le sería facilísimo el obligarla a que lea la carta y a que la conteste.

GERARDO. — ¿Facilísimo?

AUGUSTO. — Moncha es prima hermana de Carmen.

BARCALA. — Primiña... Y dándole la carta a ella, no tenía más remedio que contestar la otra.

GERARDO. — ¿Y tú harías eso por mí, Barcala?

BARCALA. — ¡Quiá, hombre! ¿Para tu caprichito y para una antipática? ¡Quiá!

GERARDO. — ¡Habla en serio, Barcala!

BARCALA. — ¿No es en serio lo de la antipatía?

AUGUSTO. — Sírvase vuecencia cantar la gallina...

GERARDO. — ¡Responde, por Dios!

AUGUSTO. — Hocique, hermano, hocique...

BARCALA. — ¿La quieres, o no?

GERARDO. — *(Abrazándose a* BARCALA *y rompiendo ya el claro secreto de su alma.)* ¡Sí la quiero, Barcaliña, sí! La quiero de veras, con toda a miña alma e todo o meu corazón.

AUGUSTO. — ¡Y lo dice en gallego! Está «pirdido» este mozo, Barcala; «pirdido completamente.

GERARDO. — ¡Sí! ¡A quero! ¡E mi vidiña e a luz dos miños ollos!

BARCALA. — Como idioma gallego, estás para que te pegue dos tiros un regionalista...; pero como buen amador, te las puedes poner con el mismo Macías el enamorado. ¡Daca la carta!

GERARDO. — ¡Gracias! ¡Gracias!

AUGUSTO. — ¡Nieto! ¡Nietiño! ¡A una! ¡A dos! ¡A tres! *(Sigue desde el balcón dirigiendo a la tuna.)*

LA TUNA. — Unha noite n'a era do trigo...

GERARDO. — ¿Contestará?

BARCALA. — Y diciéndote que sí... ¡De eso ya sé yo algo por Moncha;



Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — ¡Ay, Barcaliña! *(Abrazándole.)* ¡Viva Galicia!... ¡Viva Santiago!

BARCALA. — ¡Viva, sí; pero no estrujes!

*(El canto sigue hasta después de caer el telón.)*

*(Durante todo el acto, hasta la escena final, los estudiantes harán lo que les dé la gana, brincando, saltando, pintando monos y un* ¡Viva don Servando! *en la pared para dar impresión de gente moza y bullanguera.)*

**Fin del capítulo segundo**

Biblioteca Nacional de España

## CAPITULO TERCERO

La Plaza de Platerías. Al fondo, la Catedral, con el pórtico practicable. Es por la mañanita, en febrero. Durante el acto entrarán y saldrán de la Catedral las personas y en el momento que el director considere oportunos.

### ESCENA PRIMERA

EUDVIGIO, UNA VIEJA, UNA RAPAZA, *en el pórtico.* UNA SEÑORA *viene por izquierda, da limosna a todos y entra.*

EUDVIGIO. — Santos amaneceres tenga...
VIEJA. — *(Alzando el cortinón.)* Y rece por los pobres, doña Manuelita, que las oraciones de usted van muy derechas.
SEÑORA 1.ª — *(Desentendiéndose.)* Buenos días, buenos días. *(Mutis.)*
VIEJA. — Es una santa.
EUDVIGIO. — Es. Pero con cuarenta mil reales de renta también yo era santo.
VIEJA. — Eso aun habería que verlo, que usted siempre fué un langrán.
EUDVIGIO. — Y tú una mujer de bien, eso es... Y Dios me perdone la mentira.
VIEJA. — ¡Mucho le han de quemar en los infiernos!
EUDVIGIO. — Con tal de que me muden la compañía, puede que aun no esté mal del todo.
VIEJA. — ¿Lo dice por mí, señor Eudvigio?
EUDVIGIO. — No, mujer, no. Estoy pensando en otra. De ti no he visto nunca nada malo.
VIEJA. — ¡Y cómo ha de ver sin ojos, ladrón!
EUDVIGIO. — Eso también es verdad. Pero más no digo, y si te basta, bueno va...
RAPAZA. — No disputen, que viene gente.

(SEÑORA 2.ª *y la* HIJA.)

EUDVIGIO. — Santa Lucía las guarde del mal de no ver.
VIEJA. — Por la Virgen de hoy, que la Candelaria es...
HIJA. — Dame unos cuartos, mamá.
RAPAZA. — Y a mí, ¿no me socorre?
SEÑORA 2.ª — No llevo más calderilla.
EUDVIGIO. — Rebusque, señora, rebusque, que si el corazón trae voluntad, las manos siempre topan con algo en los bolsillos. Y bien lo merece esta pobre...
RAPAZA. — Para ayudar de una vela.

Biblioteca Nacional de España

EUDVIGIO. — Es la ofrecida del Castro de Camariñas.
RAPAZA. — Soy, señora, soy, que va para nueve días que me clavó los dientes un can de la rabia.
HIJA. — *(Que iba a darle limosna, retirándose vivamente.)* ¡Ay!...
EUDVIGIO. — No pase miedo, que si tiene ponzoña aun no le brotó para fuera. Pero por si acaso acude en ofrecimiento. Déme a mí la limosna si repara, deme... Gracias.
HIJA. — Vamos, mamá, vamos. *(Mutis las dos.)*
EUDVIGIO. — Y que San Roque la libre, y a los suyos, y más toda la corte celestial las ampare... ¡¡Cochinas, asquerosas, que hasta en la limosna ofenden, como si les diera menos de nuestra honrada pobreza!!
VIEJA. — ¡Esa es la fija!
EUDVIGIO. — Y si a mano viene somos nosotros cien veces más decentes y más generosos que ellos. ¡¡Cochinas, roñicas!!
RAPAZA. — Es verdad, sí, señor. ¿Me da los dineros?
EUDVIGIO. — ¿Qué dineros?
RAPAZA. — ¡Los que dieron para mí!
EUDVIGIO. — Ah, sí. Era olvido natural. Tomá, toma.
RAPAZA. — ¡Ay, no, que dió una pieza de dos cuartos!
EUDVIGIO. — ¿Y yo qué doy?
RAPAZA. — Un ochavo.
EUDVIGIO. — Con no ver se engaña uno mucho. Toma, toma, ¡que somos nosotros más decentes que ellos cien veces!
VIEJA. — ¡Y doscientas también!

## ESCENA II

### LOS MENDIGOS y LA GALANA

LA GALANA. — A los buenos días.
RAPAZA. — Muy buenos, doña Galana.
EUDVIGIO. — Hoy se te pegaron las sábanas, ¿eh?
LA GALANA. — Pues sin acostar le vengo, que estuve de baile.
EUDVIGIO. — ¡Buena sinvergüencería es! ¿Y que lo digas aún? ¡Qué cosas se oyen a tu puerta, santo Apóstol! ¡El fuego del cielo tiene que caer otra vez como en Sodoma y «Seagomorra»!
VIEJA. — ¡Y muy bien ganado lo tiene el mundo!
LA GALANA. — ¿Se puede saber por qué es la letanía, usted, sarnoso?
EUDVIGIO. — Por el antruejo que te sacara a bailar, que debe ser hombre de gusto...
LA GALANA. — Para cuando los quise me sobraron... Pero agora no es del caso la malicia.
EUDVIGIO. — ¿Y entonces a qué fuiste?
LA GALANA. — ¡Fui a la puerta a pedir!
EUDVIGIO. — ¡Arreniégote, mujer! Pero si a eso le llamas ir de baile, a pasar por la pastelería puede que le llames ir de merienda. Aho-

Biblioteca Nacional de España

ra, que después de ese merendar, aun te quedarán ganas muchos días...

LA GALANA. — Burládevos, burládevos...; pero a mí la risa me salta en la faltriquera con mis buenos dineros. ¡Había un señorío!... ¡Todo lo principal! Bueno, el baile de la Calendaria en el Casino es lo mejor de lo mejor. Dicen que después de Madrid son los primeros.

VIEJA. — No sé qué te conteste, Galana. ¡Mira también que los de Ferrol!...

LA GALANA. — Creo que también, sí.

VIEJA. — Y de lujo y de vestir, cuanto te diga es poco. Van hasta señoras sin ropa por arriba.

RAPAZA. — ¡Jesús!

EUDVIGIO. — No hay bien como el de la vista.

RAPAZA. — Y ya hecho el negocio, ¿para qué viene y no duerme, doña Galana?

LA GALANA. — Aun queda por comer lo maduro, que después de la parranda las señoritas cambian de traje y vienen a las misas primeras para dormir luego a su gusto.

EUDVIGIO. — Y así, en paz con Dios y con el diablo. ¡Ha de venir el fuego del cielo, ha de...!

*(Entra un señor.)*

LA GALANA. — *(Plañidera.)* ¿No deja una limosniña, señor?... ¿Qué otra vez será? Bueno... Nuestro Señor le dea con qué para otra vez.

EUDVIGIO. — ¡Lo que había de darles es con un hierro abrasado para quemarles el alma egoísta!

LA GALANA. ¡Vaya, hom..., que todo le enfada!

EUDVIGIO. — Porque niegan la limosna, que es obligación de rico y nos la deben. Y los que son duros de entrañas no encontrarán nunca el camino de su salvarse y andarán errantes como el raposo extraviado cuando no ventea el aire de su tobo. Amén.

LA GALANA. — No maldiga, empecatado.

EUDVIGIO. — ¿Y por qué no? San Pablo maldecía y es santo. San Pedro renegaba y es santo. Y Jesús le negó descanso al judío errante y es Dios Nuestro Señor. Amén.

LA GALANA. — Pues amén diremos para ver si calla dándole la razón.

*(Los mendigos entran en la iglesia después de un rato.)*

## ESCENA III

GERARDO y BARCALA, *de frac y sombrero de copa.* AUGUSTO, *de frac y flexible ancho. Los tres de capa.*

BARCALA. — Señor don Gerardo Roquer, estás en la plaza de Platerías de la insigne Compostela.

GERARDO. — Ya lo sé.

Biblioteca Nacional de España

AUGUSTO. — Y son las siete de la mañana, señor don Gerardo Roquer.
GERARDO. — También lo sé. Pero, ¿queréis decirme de una vez por qué andamos vestidos de mamarrachos en lugar de irnos a dormir o siquiera a cambiarnos de ropa?
BARCALA. — Augusto, tú, que eres un entendimiento claro y fértil, respóndele en nombre de la comunidad.
AUGUSTO. — Gracias, Casimiro; pero mi claro y fértil entendimiento se obscurece ante los fulgores del tuyo.
BARCALA. — Gracias, Armero, don Augusto.
GERARDO. — ¿Queréis dejar las finuras... o las guasas y contestarme?
BARCALA. — Sí. Primero: niego en redondo que vayamos hechos unos mamarrachos.
GERARDO. — No por el traje; por la hora inoportuna de llevarlo.
BARCALA. — Segundo: me parece estulta la idea...
AUGUSTO. — ¡Bien, Barcala! *Suaviter in modo, fortiter in re.* Suave en la forma y fuerte en el fondo. ¡Muy bien!
BARCALA. — ¿Apruebas?
AUGUSTO. — A fin de curso te lo diré.
BARCALA. — ¿La construcción y el léxico de mis párrafos?
AUGUSTO. — En absoluto. Son cervantinos.
BARCALA. — Lo mismo creo. Y sigo. Me parece estulta la idea de irse a dormir cuando Venus se alza rutilante en el firmamento.
AUGUSTO. — Quizá te hubiera salido mejor en aleluyas...
BARCALA. — Por eso no sufras, Augusto.

La idea de irse a dormir
en este preciso instante
en que Venus, rutilante,
se alza en el puro zafir
brillando al amanecer...
nos ha parecido estulta...
u... u... propia de la turbamulta...;
¡pero no de ti, Roquer!

AUGUSTO. — ¡Colosal!
BARCALA. — En rima, lo que quieras. Es la especialidad de la casa.

¡Recuerda tú, Augusto, que no en vano
soy el hombre que ha puesto en verso
siete lecciones del Derecho Romano!

GERARDO. — ¡No seáis plomos!
BARCALA. — Y tercero: nos parece igualmente errada la idea de irse a mudar por si entretanto vinieran aquí los pájaros madrugadores: la golondrina, el ruiseñor, la alondra que terminaba los idilios de Romeo y Julieta... y Partagás.
GERARDO. — Habla en serio. ¿Vendrá alguien?
AUGUSTO. — Moncha divina.

Biblioteca Nacional de España

BARCALA. — Monchiña de mi alma.
AUGUSTO. — Y seguramente la señorita de Castro Retén. ¡Por eso te traemos, mamalón!
BARCALA. — ¿Te enteras ahora?
GERARDO. — Pues aquí me estoy a pie firme todo lo que sea menester, y al que no le guste la indumentaria, que me dé un recibo.
AUGUSTO. — Plomos, ¿eh?
GERARDO. — *(Abrazándoles.)* ¡Los mejores amigos del mundo!

## ESCENA IV

DICHOS. DON SERVANDO, *por derecha, de capa.*

SERVANDO. — Felices, caballeritos...
GERARDO. — ¡Don Servando!
SERVANDO. — Tanto bueno por aquí...
BARCALA. — ¡Viva don Servando!
AUGUSTO. — ¡Viva el mejor catedrático del mundo!
SERVANDO. — Gracias...

BARCALA. Lo mismo en abril que en junio
en menguante o en plenilunio,
con sol, con frío o nevando,
viva siempre don Servando,
que jamás causó infortunio
a ningún examinando.

SERVANDO. — Gracias.... gracias... Pero conviene ir estudiando, por si se pone fiero este año don Servando.
GERARDO. — ¿Quién dice miedo?
SERVANDO. — Pues quien puede decir suspenso.
AUGUSTO. — Usted es muy bondadoso.
SERVANDO. — Fíense, fíense... Un año me voy a incomodar de veras contra tanta holgazanería y no van a ver ustedes un aprobado ni por las nubes. Ustedes se figuran que me tienen engatusado con los saluditos finos y con las dichosas serenatas... ¡Y no, señor: no, señor!
GERARDO. — Usted suspenderá a quien le parezca..., pero nosotros seguiremos respetándolo y queriéndolo.
SERVANDO. — No vengamos con zalamerías, ¿eh?
AUGUSTO. — Y no hay cuidado.
SERVANDO. — ¿Cómo que no hay cuidado?
AUGUSTO. — Usted no puede suspender a nadie.
SERVANDO. — ¿Cómo que no puedo?
AUGUSTO. — ¡Menudo disgusto se llevaba usted!
SERVANDO. — *(Riendo.)* Eso es verdad. ¡Y de eso se prevalen ustedes, granujas! Bueno, bueno. Ya veremos. *(Dándoles la mano.)* Celebro

Biblioteca Nacional de España

mucho este ratito de conversación, que deseo que se repita, porque yo creo que los estudiantes y los profesores deben frecuentar el trato para conocerse y para estimarse.

BARCALA. — Sí, señor.

GERARDO. — Sí, señor.

SERVANDO. — Y yo he tenido sumo gusto en verles a ustedes aquí..., ya que no puedo nunca darme el gusto de verles a ustedes en clase.

BARCALA. — Yo es que he estado enfermo.

AUGUSTO. — Y yo también.

SERVANDO. — *(A* GERARDO.) Y usted también. Ya lo sé. Pero si tuvieran ustedes la bondad de avisarme el día que se ponen ustedes todos enfermos, enfermaría yo también, evitándome el explicar la conferencia a los bancos solamente.

GERARDO. — ¡Mañana vamos!

SERVANDO. — Sí, sí. Hoy deben ustedes ir a la Alameda, que hace un sol muy hermoso.

BARCALA. — Este había pedido el libro de texto a Madrid y hasta ayer no le llegó.

SERVANDO. — Hasta ayer. Me lo dijeron en Correos, sí. ¿Qué texto ha pedido usted, joven?

GERARDO. — ¿Qué texto?

SERVANDO. — Sí.

GERARDO. — ¿Qué libro de texto?

SERVANDO. — Sí, hombre. ¿Todavía no sabe usted cuál? ¡¡Y llevamos cinco meses de curso!!

AUGUSTO. — Aun no lo ha desembalado.

BARCALA. — Porque viene muy atado.

SERVANDO. — Déjelo así. Es igual. Les señalé de texto el Rodríguez y Gómez, porque es el menos peor de cuantos se han escrito..., pero les voy a dar a ustedes un consejo: que no lo estudien. Ustedes, naturalmente, ya están en ello...; pero les explicaré el caso. Entre un alumno que vaya a examinarse y se quede callado y otro que me diga muy bien, muy bien, el Rodríguez y Gómez, suspendo a éste y doy sobresaliente al otro. ¿Decía usted algo?

GERARDO. — ¡No, señor, no!

SERVANDO. — Y es que el que no ha estudiado «eso» está en disposición de aprender la asignatura cuando quiera, mientras que el otro se ha metido en la cabeza tanta broza jurídica, que le imposibilita para saber Derecho mercantil en todos los días de su vida. *(Una risita.)* ¿No es verdad? Bueno, bueno, hasta mañana, caballeritos.

AUGUSTO. — ¿Qué lección llevamos, don Servando?

SERVANDO. — Cualquiera..., cualquiera.

GERARDO. — Bien, pues estudiaremos esa.

AUGUSTO. — Barcala y yo también.

SERVANDO. — ¿Usted es Barcala? ¡Barcala, don Casimiro! Su tío de usted, el cura de San Fiz de Abeleiras, me pidió que le haga a usted estudiar.

BARCALA. — Cosas de mi tío...

Biblioteca Nacional de España

SERVANDO. — Es verdad, sí, señor. *(Una risita.)* Usted ahora es muy joven para eso y el estudio es propio de hombres formales. No se debía ir al Instituto hasta haber cumplido cuarenta y cinco años. Bueno, bueno; le diremos al tío que estudia usted bastante...

BARCALA. — Dígaselo..., a ver si por casualidad se lo cree.

SERVANDO. — Vaya, vaya, queden con Dios. Y cuando pasen muchos años, muchos, ¡muchos!; vamos, cuando alguno de ustedes concluya la carrera... por los rincones del mundo adonde la vida los lleve y los esparza, acuérdense algo de que si no faltan dómines con las disciplinas siempre levantadas, creyendo en el axioma antiguo de que la letra con sangre entra, tampoco faltan los catedráticos sabedores de que la juventud es juventud, de que a los padres les cuestan muchos sacrificios las carreras y de que el hombre, cuando llega a hombre, forzosamente hinca el pico en el trabajo y en el estudio. Recuérdenlo, y queden con Dios. *(Mutis por la Catedral.)*

GERARDO. — ¡Viva don Servando!

AUGUSTO. — ¡Viva el Derecho mer[illegible]!

BARCALA. — ¡Viva!

SERVANDO. — *(Sin volver la cab[illegible])* Recuérdenlo..., recuérdenlo! *(Mutis.)*

## ESCENA V

GERARDO, BARCALA y AUGUSTO; *luego, por izquierda,* DOÑA SEGUNDA y MONCHA

GERARDO. — ¡Eso es un hombre bueno!

BARCALA. — Eso es ser un catedrático y no los que preguntan la asignatura, exponiéndonos a darles una mala contestación, lo que no es correcto.

AUGUSTO. — *(Avisándoles.)* ¡A saludar nosotros a la madre, hala!

*(Vienen* DOÑA SEGUNDA *y* MONCHA, *saludándolas* GERARDO *y* AUGUSTO, *hasta que, hablando con ellas, las acompañan a la Catedral.* BARCALA *tose varias veces.)*

MONCHA. — ¡Jesús, qué catarro tienes!... Debías ir a sudarlo en casa.

BARCALA. — ¿En la tuya?

MONCHA. — En la tuya. Y no salir hasta que yo te avisara..., dentro de dos o tres meses.

BARCALA. — ¡Mismo eres una monada, Monchiña! ¿Y si te morías de pena en tanto tiempo sin verme?

MONCHA. — Mejoraba.

BARCALA. — Imposible, que ya eres lo más bonito del mundo.

MONCHA. — ¡No seas bobo!

BARCALA. — ¿Sabes? Ya tengo el Mercantil aprobado. Don Servando me lo dijo ahora.

Biblioteca Nacional de España

MONCHA. — Falta hace.
BARCALA. — Bien aprobé el año pasado.
MONCHA. — Pero buenos padrenuestros me costó; que estuve un mes rezando todas las tardes y tenía ya las rodillas en carne viva.
BARCALA. — ¡Malpocado! ¿Quedó cicatriz?... A ver... si este año te pones almohadones...
MONCHA. — No lo mereces tú, no.
BARCALA. — ¿Pero de veras me rezas, bonitiña?
MONCHA. — ¿Y cómo aprobabas si no, filliño? Para que luego digas...
BARCALA. — La que luego dices eres tú, que tienes cielos hasta del aire. ¿Pero yo?
MONCHA. — Sí, ya sé. Un angelito del cielo. San Casimiro, sordo. Nunca da nada.
BARCALA. — Todo. En cuanto me piden. San Pedro me está diciendo siempre: «Casimiriño, ¡a modo hom!, que vaste arruinar...»
DOÑA SEGUNDA. — Vamos, niña...
BARCALA. — ¿Me quieres de veras?
MONCHA. — Tonta sería...
BARCALA. — Pero te da esa tontada, ¿verdad?
MONCHA. — ¿Y tú, embustero?
DOÑA SEGUNDA. — Vamos, niña...
MONCHA. — Por la tarde iremos a paseo...; pero no te acerques.
BARCALA. — Descuida, que hasta que vayas no me acerco. ¡Te quiero más, riquiña!
MONCHA. — ¿Mucho?
BARCALA. — ¡Mucho!
MONCHA. — ¿Pero mucho?
BARCALA. — ¡Mucho, «Mocha», mucho!
MONCHA. — ¡Quita de ahí, bobo!
DOÑA SEGUNDA. — Vamos, niña...
MONCHA. — Ya voy, mamá. *(Marcha.)*
BARCALA.

Y mi tío, el señor cura de Fiz,
nos hará la pareja más feliz.

MONCHA. — ¿Pronto?
BARCALA. — En cuanto yo sea abogado.
MONCHA. — ¡Ay, Virgen! ¡Me voy a casar vieja!
BARCALA. — Muy joven, muy preciosísima y muy envidiada.
MONCHA. — Por el figurín que me llevo.
BARCALA. — Por el cariño que le tienen a esta fea.
MONCHA. — ¡Muy fea!
BARCALA. — ¡Muy fea!
DOÑA SEGUNDA. — ¿Pero vamos, niña, o nó vamos?
MONCHA. — Sí, mamá, sí.

*(Corre y entra.* DOÑA SEGUNDA *hace un saludo y entra también. Vuelve a salir* MONCHA *por el otro lado del cortinón, y llama.)*

Biblioteca Nacional de España

MONCHA. — Casi..., Casi... *(Y le da una carta.)*
BARCALA. — *(Dándole otra carta.)* En paz.
MONCHA. — ¿Por qué no me diste la tuya primero?
BARCALA. — Para ver si tú habías escrito.
DOÑA SEGUNDA. — *(Saliendo por el otro lado del cortinón.)* ¿Pero vamos, niña?
MONCHA. — Vamos, sí, vamos.

*(Y, por el otro lado del cortinón, mutis las dos.* BARCALA *aguarda un momento y en seguida entra también.)*

## ESCENA VI

GERARDO *y* AUGUSTO

AUGUSTO. — ¿No te dan envidia?
GERARDO. — Una poca...
AUGUSTO. — Supongo que no tendrás queja de lo tuyo. En el Casino te despachaste a tu gusto. Tres valses con ella no te los quita ya nadie, y además el rigodón, que yo te cedí magnánimamente.
GERARDO. — Sí, estoy muy contento, sí.
AUGUSTO. — ¿Habéis quedado en amores?
GERARDO. — No, no; aún no. En el primer vals no le dije nada ni se podía hablar fácilmente. Era un val corrido...
AUGUSTO. — Bueno: vals perdido. ¡En el segundo!
GERARDO. — Tampoco le dije nada todavía...
AUGUSTO. — Pero en el rigodón, ¡sí hablarías!
GERARDO. — Llevaba ya pensado lo que le iba a decir: «¡Carmen, estoy loco por usted! ¡No vivo, no discurro, no sueño más que con la imagen adorada de usted!... Si alguien pudiera disponer la felicidad lejos y la desgracia al lado de usted, yo no vacilaría para escoyer. ¡Todo: la suerte, la fortuna, la salud, los honores, todo lo del mundo, todo, no significa nada para mí ante el amor de usted, Carmen!»
AUGUSTO. — ¡Pero eso es preciosísimo, Gerardiño!
GERARDO. — *(Algo desconfiado.)* ¿Tú crees?
AUGUSTO. — ¡Precioso! No lo hay mejor en las novelas. Y ella ¿qué te contestó?
GERARDO. — No pudo contestarme nada.
AUGUSTO. — De emoción, claro. ¡Si mismo era para desmayarse!
GERARDO. — No, no es eso. No pudo responderme porque al fin no la dije nada.
AUGUSTO. — ¿Cómo que nada? ¿Y la preciosidad que acabas de contarme?
GERARDO. — La llevaba pensada...; pero al verme a su lado, lo olvidé todo y no supe ya pronunciar palabra.
AUGUSTO. — Comprendo el caso, lo comprendo; pero si continúas con

Biblioteca Nacional de España

esas timideces, impropias y torpes, para declararte, ¡vas a tener que nombrar un apoderado, filliño!

GERARDO. — ¡Y yo qué le voy a hacer si materialmente no podía despegar los labios! Por último..., y reconociendo lo desairado y lo poco galante de aquel silencio, para empezar le dije: «Señorita, baila usted maravillosamente.»

AUGUSTO. — ¡Deplorable!

GERARDO. — «Y yo he tenido mucho gusto en sacarla a usted...»

AUGUSTO. — De un cajón, sí. ¡Deplorable, Gerardo, deplorable! Pero así no acabarás nunca.

GERARDO. — A última hora, ya rabioso conmigo mismo, aproveché el momento de la vuelta de vals, después de la cadena del rigodón, para estrecharla en mis brazos con toda mi alma y decirle: «¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!»

AUGUSTO. — ¡Caray! ¡Caray! ¡Caray! No sé cómo le habrá parecido a esa señorita, pero a mí ese final me parece muy claro.

GERARDO. — Una torpeza más. Se puso furiosa y me costó un trabajo ímprobo el que me perdonara.

AUGUSTO. — Muy incomodada.... pero siguió hablándote. Bueno. Visto para sentencia... ¡Y mi enhorabuena!

GERARDO. — No. De ningún modo quiso acceder a quedar en relaciones conmigo.

AUGUSTO. — Si esperas a que una gallega te conteste categóricamente, ya tienes para rato. Moncha lleva amores con Barcala hace dos años, se escriben todos los días y se arrullan casi todas las noches...; pero aun no le ha dicho que sí. ¿Verdad, tú, Casimiro?

## ESCENA VII

DICHOS, *y* BARCALA, *de la Catedral.*

BARCALA. — Si es como tú lo dices, verdad será.

GERARDO. — ¿Moncha te dijo que sí al pedirla amores?

BARCALA. — Ni yo se lo pregunté, para no perder el tiempo. Aquí nadie contesta concretamente. Nadie. Mira... De la Puebla del Caramiñal se escapó una parejita de novios para América. Cuando volvieron, el padre de la muchacha, que no los perdonaba, le denunció por rapto. Defendíase el muchacho alegando que ella le acompañara por voluntad, que volvían queriéndose como antes y para tener el gusto de casarse en su tierra y en su iglesia. Y el juez le preguntaba a ella si era cierto que marchó por su voluntad. «Será, sí, señor...» «Dígame fijamente sí o no.» «Bueno, entonces...» «¡Tampoco! Diga solamente que sí o que no...» «¿Y no lo saben...?» «Pero usted lo debe decir, que para eso le preguntan.» Y entonces el muchacho, molesto ya por la remolonería de ella y por la insistencia del otro, se le encaró y le dijo: «Mire, señor juez, ésta y yo tenemos tres

Biblioteca Nacional de España

hijos... ¡¡Usted dirá si le parece que eso es prueba de voluntad de ella para mí!!»

GERARDO. — Yo creo que el Juzgado se convencería...

BARCALA. — Es de suponer... Pero si el juez era gallego también, aun puede que pidiera que se lo aclararan un poco más.

GERARDO. — Quizás. ¡Buenos sois cuando no os da la gana de entender!

BARCALA. — Regulares...

## ESCENA VIII

DICHOS, *y* PANDURIÑO, *de la Catedral.*

PANDURIÑO. — *(De capa y con una caja-estuche.)* Gerardo...

BARCALA.

¡Mira quién! Panduriño, Panduriño.
¿Vienes del Sil o del Miño?

PANDURIÑO. — Vengo de casa. Estuve aguardando toda la noche para no molestar llamándote en el Casiño; pero ahora me dijo Madeira que venías con éstos, y como ya pronto es mi hora de clínica, pues aquí me tienes entrando por una puerta y saliendo por otra hasta dar contigo para arrodillarme ante ti, besar tus manos y suplicarte que le digas a tu señor padre que beso humildemente las suyas de gratitud y de alegría.

GERARDO. — *(Impidiéndole la acción.)* No seas chiquillo...

PANDURIÑO. — De gratitud... y de... y de... ¿comprendes, Gerardo? De... de... Vamos, tú ya comprendes.

GERARDO. — Sí, hombre, sí. Bueno, qué... ¿Te ha gustado?

PANDURIÑO. — *(Riendo.)* ¡Qué bromista, qué bromista!... *(Enterneciéndose.)* ¡Qué bromista, Dios mío! Aun pregunta si me gustó un instrumental de cirugía todo en acero... y en... y en acero..., con no sé cuántas piezas..., completo, completísimo..., y que habrá costado... ¡yo no sé lo que habrá costado!... Miles de pesetas... Miles de duros... ¡Yo no sé!... Una fortuna... ¡Y que es una maravilla! ¡Una maravilla! Os lo voy a enseñar. .

GERARDO. — *(Deteniéndole.)* Ya lo veremos en casa.

PANDURIÑO. — Donde quieras. Cuando vi el paquete sobre la cama me figuré que sería un cariñito de la vieja, que siempre manda castañitas... o nueces... o peros de conserva...; pero al ver tu tarjeta, abrir la caja y encontrarme..., ¡sí, sí, castañitas!, con esta magnificencia, de la que no soy digno, empezaron a bailar un vals los martillos, los cinceles, las sondas, los... las... Todos, todos... Y yo me quedé..., ¿comprendes, Gerardo? Yo me quedé...

GERARDO. — Sí, comprendo, sí.

PANDURIÑO. — Vamos, me quedé de una pieza.

GERARDO. — Una más... en el instrumental.

Biblioteca Nacional de España

PANDURIÑO. — *(Riendo.)* Eso es... eso es... Pero desluciéndolo, porque esto es una preciosidad. Os lo voy a enseñar.

GERARDO. — No, Panduriño, no.

PANDURIÑO. — Como quieras. Bien. Cuando pude reponerme un poco me tomé la libertad de entrar en tu cuarto, y allí le escribí a la vieja una carta muy larga dándole el notición. Anoche no estudié nada..., ¡claro, no podía!...; pero es muy gracioso, porque fechéla carta en tu propia habitación: «Casa de la Troya, 2 de febrero, en el cuarto de Gerardo Roquer.» Verás, te la voy a enseñar.

GERARDO. — Si no lo pongo en duda...

PANDURIÑO. — Es únicamente por el gusto de que veas eso.

GERARDO. — Bueno, dámela...

PANDURIÑO. — *(Entregándole la caja.)* Haz favor, Augusto... *(A* GERARDO.*)* Toma... *(A* AUGUSTO, *recogiendo la caja.)* Gracias.

GERARDO. — *(Leyendo.)* Glándulas sinoviales. Lección 21...

PANDURIÑO. — ¡Ay, perdona, perdona! ¡No sé dónde tengo la cabeza!

BARCALA. — Ahí.

PANDURIÑO. — Haz favor, Augusto... *(A* BARCALA, *que se adelanta.)* No; que eres un alocado y la vas a dejar caer.

BARCALA. — ¡Ni que fuera de mantequilla!

PANDURIÑO. — Pero se puede abollar el estuche, que es magnífico. Yo no sé... De cedro..., puede que sea de cedro... o de palo santo...; puede que sea de palo santo...; yo no sé, pero es magnífico. Os lo voy a enseñar.

AUGUSTO. — Éste no se va sin enseñarnos algo.

GERARDO. — No es ocasión ahora.

PANDURIÑO. — Como tú quieras.

GERARDO. — Y conste que si tienes una alegría al recibirlo, yo tengo otra, quizás tan grande como la tuya, al poderte dar esa muestra de mi afecto... y de mi admiración por ti.

PANDURIÑO. — ¿De tu admiración? Búrlate; bueno, búrlate...; pero yo te garantizo que si hubieras estado anoche junto a mí en el momento de abrir el estuche..., o si estuvieras mañana al lado de la vieja en el momento de leerle mi carta el señor cura, no te burlarías, no. ¡Y es lástima que no estés, Gerardo, porque el corazón se echa pocas veces a la calle para que lo vean los demás!

GERARDO. — Eres admirable, Panduriño. Y no lo sospechas siquiera. Más admirable todavía. Anda a tus clases, anda.

PANDURIÑO. — Voy, sí. Oye una cosa, tú. ¿No te parece mal que lleve a clase el estuche? Es por no separarme tan pronto, ¿sabes?

GERARDO. — Haz lo que te dé la gana.

PANDURIÑO. — Pues otra vez muchas gracias, Gerardo. Y que Dios te lo pague Dios, ¿eh? Yo no sé de nadie más que pueda corresponder en la cabal medida a un favor así...

GERARDO. — Anda, vete...

PANDURIÑO. — Dios, ¿eh?... Dios, nada más que Dios. *(Mutis* PANDURIÑO *por foro.)*

Biblioteca Nacional de España

## ESCENA IX

DICHOS, *menos* PANDURIÑO.

GERARDO. — Si algo hice por este hombre, ya voy pagado con creces.
AUGUSTO. — Atención, tú. El encantiño. Y a ver si aprovechas.
GERARDO. — ¡Ahora, imposible! Vendrá con el padre...
BARCALA. — Eso te lo arreglamos nosotros. ¿Para qué estoy yo en el mundo sino para arreglar todo lo que no sea mío?
GERARDO. — No podrás.
AUGUSTO. — Calla; a saludar muy finos...

## ESCENA X

DICHOS, DON LAUREANO *y* CARMIÑA.

BARCALA. — Don Laureano...
GERARDO. — Señor de Castro...
LAUREANO. — Hola, pollería... Ya sé que en el Casino se divirtieron ustedes honestamente.
BARCALA. — No hubo más remedio que extremar la corrección...
GERARDO. — ¿A misa, señor de Castro?
LAUREANO. — ¿Y ustedes también?
GERARDO. — Sí, señor.
AUGUSTO. — Aun no han tocado el último. ¡Si usted supiera lo que celebro encontrarle, don Laureano!
LAUREANO. — Gracias, señor de Armero. Yo lo mismo... Pero aclare la razón especial de hoy, si le place.
AUGUSTO. — Que este ganso de Barcala...
BARCALA. — Servidor de usted...
AUGUSTO. — Me porfía una cosa en que tengo más razón que los santos; pero como es tan terco, no se da a partido jamás.
BARCALA. — *(Indignadísimo, aunque no sabe por qué todavía.)* ¡Porque la razón es mía!
AUGUSTO. — ¡Mía!
BARCALA. — *(Metiéndole los puños en la cara.)* ¡Mía, acebuche!
AUGUSTO. — ¡Mía, ganso!
LAUREANO. — No se alteren de ese modo, señores, no se alteren.
AUGUSTO. — ¡Es que hace falta una paciencia para discutir con éste! Pero acábese la pelea. Yo someto la cuestión a don Laureano.
BARCALA. — Yo también. Reconozco su autoridad y su competencia.
LAUREANO. — Estimo la cortesía, la estimo, y acepto en lo que mi pobre experiencia les sirva. Veamos el punto en litigio.
AUGUSTO. — Dice éste que en Montejurra estuvo el general Córdoba.
BARCALA. — *(Indignándose súbitamente.)* Eso digo. ¡Córdoba! ¡Córdoba! ¡Córdoba! Y este cafre dice que... que...

Biblioteca Nacional de España

AUGUSTO. — *(Rápido y comprendiendo que* BARCALA *no tiene idea ni remota de lo que se habla.)* Que fué Moriones.
BARCALA. — ¿Moriones? ¡Te daba así de Moriones, hombre!
LAUREANO. — Apacíguense, apacígüense... Los dos tienen razón.
AUGUSTO. — *(Cogiendo de un brazo a* DON LAUREANO.*)* ¿Los dos? ¡Imposible!
LAUREANO. — Es que hubo diversas batallas de ese nombre y ocurridas en ese mismo sitio. La del 35, la del 73 y la del 76.
BARCALA. — *(Cogiendo del otro brazo a* DON LAUREANO *y llevándoselo así entre ambos.)* Yo creía que no era más que una.
LAUREANO. — Error de usted, amigo Barcala, error. Entra en la Catedral, Carmiña, que ahora voy yo. En aquellos montes famosos y gloriosos para la causa se celebraron varios encuentros... *(Sigue hablando y marchando; los otros le acosan demostrando un vivísimo interés. Mutis los tres por foro.)*

## ESCENA XI

CARMIÑA, GERARDO *y* LA GALANA.

GERARDO. — *(Siguiéndola; a media voz.)* Carmiña... Carmiña... Carmen...
CARMIÑA. — *(Siguiendo su camino.)* Dispense usted, Gerardo...
GERARDO. — ¡Una palabra, Carmiña!
CARMIÑA. — Ahora no puede ser... *(Queriendo levantar el cortinón; pero* LA GALANA *lo tiene sujeto como sin darse cuenta, en tanto que se dirige a los señores que marchan.)*
LA GALANA. — Una limosna, por las ánimas benditas del Purgatorio...
GERARDO. — ¡Carmen, por caridad!
CARMIÑA. — No insista usted más. Se lo suplico. *(Y como mira a* GERARDO *para responderle, aun sigue intentando levantar el cortinón, creyendo que es torpeza y no una causa ajena la que lo impide.)*
GERARDO. — Pero óigame un minuto, aunque sea para rechazarme...
CARMIÑA. — *(Soltando el cortinón.)* Pues ya lo sabe y ya se lo he dicho. No puede ser, Gerardo, no puede ser.
GERARDO. — ¿Por qué? ¿Por qué no puede ser un amor leal entre dos personas honradas?
CARMIÑA. — *(Avanzando un paso hacia él.)* Mire, Gerardo, yo no me ligo de amor con un estudiante.
GERARDO. — *(Retrocediendo unos pasos, incomodado.)* ¡Eso es un pretexto!
CARMIÑA. — *(Avanzando a él)* No, una grandísima razón.
LA GALANA. — *(Mirándoles y sonriéndoles.)* Ya le pagué al señoritiño la peseta del puente Pedrina... *(Y se sienta medio oculta.)*
GERARDO. — Si usted lo dice, será razón, sí.
CARMIÑA. — Yo lo digo y usted se va a convencer.
GERARDO. — Lo dudo.
CARMIÑA. — ¿Estudiante? Ave de paso, que picotea aquí y allá y de

Biblioteca Nacional de España

pronto levanta el vuelo y desaparece. Y para nosotras, ¿cuál es la suerte? Seguir la carrera con el novio, encariñarse con él y padecer juntos las angustias de los exámenes y de las oposiciones, hartándonos de oír misas y de rezar novenas para que Dios le favorezca... ¿Y después? ¡Ay!, después, en cuanto logran una oposición, nos escriben desde lejos diciéndonos: «¡¡Ahí te quedas, parvuliña!! Serás un buen recuerdo de la vida de estudiante; pero ahora ya necesito pensar en algo más formal...» ¡No, no! Sólo de imaginarme que tal cosa me pueda suceder a mí, como a otras muchas..., ¡me dan unas ganas locas de ir a la Universidad y prenderla fuego por los cuatro costados!

GERARDO. — Eso no es una razón; es una injusticia, porque no tiene usted motivo, ni grande ni pequeño, para esas desconfianzas.

CARMIÑA. — ¿Ni grande ni pequeño?

GERARDO. — Así como suena.

CARMIÑA. — Ay, hombre, usted como tranquilo es bien tranquilo. ¿Y aquello de Madrid?

GERARDO. — En primer lugar, aquéllo fué antes de conocerla a usted, y en segundo lugar, aquéllo está, no digo olvidado..., ¡muerto y en sepultura!

CARMIÑA. — Bueno. Admitamos que murió lo de Madrid. ¿Y lo de Santiago? ¿Las cenas?

GERARDO. — ¿Y eso...? ¿Quería que no cenara?

CARMIÑA. — Ya me comprende de sobra. ¿Y los alborotos callejeros?

GERARDO. — Gana de bulla y de un poco de ruido.

CARMIÑA. — ¿Y las timbas en la posada?

GERARDO. — A perrito. Por ahí no viene la ruina.

CARMIÑA. — ¿Y lo otro? ¿Las modistillas de la rúa de San Pedro?

GERARDO. — ¡Eso es una calumnia!

CARMIÑA. — ¡Pobriño! ¡Cómo lo calumnian!

GERARDO. — Pobrino, no; pero mentira lo que cuenten de mí con ninguna, sí, mentira.

CARMIÑA. — Es un santo, ¿verdad?

GERARDO. — Un enamorado.

CARMIÑA. — O un voluntarioso, que se propuso el reirse de una provinciana.

GERARDO. — ¿Qué es preciso hacer para convencerla? ¿Quiere que me mate? Pues dígalo y me tiro de cabeza desde la torre del reloj.

CARMIÑA. — No desatine.

GERARDO. — ¿Quiere que tome veneno? ¿Quiere que estudie? Ya ve que no propongo más que soluciones trágicas...

CARMIÑA. — Pero ésa no está mal. Estudie, que le dará una alegría a su padre.

GERARDO. — ¿Y a usted no?

CARMIÑA. — Estudie... Y cuando el día de mañana sea usted un hombre de provecho recuerde que una coitadiña señorita de pueblo fué su buena amiga y le dió buenos consejos.



Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — ¿Nada más?

CARMIÑA. — No son para despreciar...

GERARDO. — *(Insinuante.)* ¿Nada más?

CARMIÑA. — Déjeme ya, Gerardo.

GERARDO. — ¿Nada más, Carmiña? ¿Por qué es usted cruel? ¿Por qué no me dice usted, al lado de las palabras de los buenos consejos, alguna palabra también de afecto, de cariño, de esperanza siquiera? ¿Por qué, Carmiña?

CARMIÑA. — Porque no creo en usted...

GERARDO. — *(Dolido.)* ¡Carmen!

CARMIÑA. — Entendámonos, para que no se enfurruñe usted... Creo en la inclinación, en el aprecio..., sí..., quizás sí...; ¡pero en la constancia, no; en la firmeza, no! Y como yo estoy resuelta a no querer más que una vez en la vida, no pongo mis amores en tierra que no sé aún si es muy firme, para no verme obligada mañana a desesperarme por mi candidez... ¡y a salir rabiosa y burlada para prenderle fuego a la Universidad por los cuatro costados!

GERARDO. — Pues yo tendré esa constancia.

CARMIÑA. — Hasta que nos conozcamos bien el uno y el otro, vale más que seamos buenos amigos, que no haya un lazo formal... y doloroso que nos cohiba... y que nos riamos juntos un poco de los que hablan de amores y de la eternidad del amor desde el primer día que se ven, cuando ellos mismos no saben si el afán que los atrae es una simpatía solamente.

GERARDO. — Me parece muy razonable. Riámonos un poco...

CARMIÑA. — *(Dándole la mano, confiada.)* ¿Quiere usted así?

GERARDO. — Quiero. Mas oiga una confesión: antes con la cara grave y ahora riéndome, porque usted lo prefiere, yo le juro a usted que la querré siempre.

CARMIÑA. — *(Riendo.)* No es eso lo prometido.

GERARDO. — Se lo juro a usted, Carmen, por la santa memoria de mi madre.

CARMIÑA. — *(Desprendiéndose bruscamente y espantada.)* ¡No! Ese juro no se lo admito. Es demasiado grande..., y yo no puedo consentir que por un capricho, ni aun por una pasión, quede en prenda y mal quedada la memoria sacrosanta de una madre. ¡No, eso no, Gerardo!

GERARDO. — Entonces por mi palabra leal únicamente. ¿Me quiere usted?

CARMIÑA. — Estudie... Marche a su hora, que ya junio viene pronto, y para el año, cuando vuelva, si no cambió usted el pensamiento... o no se lo prendieron otra vez por aquellos Madriles...

GERARDO. — Nada habrá que lo impida. ¿Quedamos apalabrados para entonces?

CARMIÑA. — Ya veremos lo que se le dice si de aquélla insiste...

GERARDO. — ¿Usted se alegrará de que yo vuelva?

CARMIÑA. — ¿Y por qué lo voy a sentir? Daño no me hizo nunca...

Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — Conteste claramente. ¡No sea gallega!
CARMIÑA. — ¿Y qué voy a ser? ¿China?
GERARDO. — Conteste a eso nada más. ¡Se lo suplico!
CARMIÑA. — Vamos a ver si se...
GERARDO. — ¿Usted se alegrará de que yo vuelva?
CARMIÑA. — Alegraré, sí... *(Marcha.)*
GERARDO. — *(Deteniéndola.)* ¿Me da usted promesa de aguardarme?
CARMIÑA. — Doy.
GERARDO. — ¡Carmen!
CARMIÑA. — Adiós, Gerardo. *(Marcha sin prisa y entra en la Catedral, levantando* LA GALANA *el cortinón.)*

## ESCENA XII

GERARDO, LA GALANA *y* EUDVIGIO.

LA GALANA. — ¿Acerté o no, señorito don Roquer?
EUDVIGIO. — ¿Fué predicción tuya?
LA GALANA. — Sí, señor. Hace ya tiempo que La Galana vió en el aire a los ángeles, que traían una corona blanca para esta novia. ¿Lo ve cómo la traían? ¿Lo ve?
GERARDO. — Parece que sí...
EUDVIGIO. — Yo no veo nada de la tierra, que mi madrastra, la Naturaleza, me robó la luz de los ojos; pero lo del cielo también lo sé comprender, y jamás engaña. Délo ya por seguro, noble caballero.
LA GALANA. — Y llévase un capullo que promete bien ser linda rosa.
EUDVIGIO. — Serálo si Dios quiere, y el amor se gozará de ello. Mis ojos nunca vieron hermosura de moza ni saben cómo es el color de la carne sonrosada; pero mi ánima aun se estremece si llegan a mis oídos esas palabras misteriosas... Por este dolor de no ver dejen una limosna al dolorido, y que Dios les guíe en el camino de los fieles y constantes amadores...
LA GALANA. — Amén.
EUDVIGIO. — Que la Trinidad les acompañe.
LA GALANA. — Amén.
EUDVIGIO. — Y que el Santo Apóstol siempre sea el abogado de sus buenas causas.
LA GALANA. — Amén, señor Eudvigio.
EUDVIGIO. — Amén, señora Galana.
GERARDO. — Sí, hombre, sí, tome... Y toma tú, que fuiste buena agorera. Siguelo siendo. *(Entra en la Catedral.)*
LA GALANA. — ¡¡Un duro!! «¡¡Jasús!!» *(Se persigna.)*
EUDVIGIO. — Y lo mío no es cobre pordiosero...
LA GALANA. — No, plata. ¡Una peseta!
EUDVIGIO. — Por agradecido me tenga el noble caballero, y cada cuarto le sea un año de más en la buena vida que disfrute.

Biblioteca Nacional de España

LA GALANA. — Mucha gente generosa anda por el mundo. Lo que pasa es que a los hombres hay que cogerlos en un momento bueno.
EUDVIGIO. — Y a las mujeres en uno malo. Sabido es el refrán, Galana.
LA GALANA. — Calle, don Sarna, calle...
EUDVIGIO. — ¿Dije falsedad, Galana?
LA GALANA. — Raposo habías de ser en tu envoltura y nadie te notaría la mudanza con lo de hoy...
EUDVIGIO. — Lería, lería... *(ganas de hablar.)*

## ESCENA XIII

DICHOS, *sentándose.* DON LAUREANO, BARCALA *y* AUGUSTO.

BARCALA. — Es usted muy amable, don Laureano...
LAUREANO. — Lo que me congratulo es de haberles servido.
BARCALA. — ¡Admirablemente! ¡Esto nos interesaba de un modo enorme!
AUGUSTO. — Enorme.
BARCALA. — *(Haciéndose señas a espaldas de* DON LAUREANO.*)* ¡Enormísimo!
LAUREANO. — Lo celebro, lo celebro. Y ahora, con su permiso, voy a entrar a misa...
AUGUSTO. — Y dispénsenos...
LAUREANO. — No hay de qué... *(Marcha, y los otros se ríen del pobre viejo, a quien se la jugaron de puño.)* ¡Ah!, y muchas gracias, pollos, muchísimas gracias.
BARCALA. — ¿A nosotros?
LAUREANO. — A ustedes, sí, por haberme facilitado la ocasión de que Carmina hablara con el señor Roquer.
BARCALA. — ¿Eh?
AUGUSTO. — ¿Eh?
LAUREANO. — Ella me pidió permiso, y yo se lo concedí, para cuando hubiera una oportunidad, que por ustedes fue ahora. Gracias, pollos, muchísimas gracias... *(Entra en la Catedral.)*
AUGUSTO. — Al rape. ¡Nos lo ha tomado al rape!

BARCALA. Con esmero y suavidad
nos lo tomó de verdad.

AUGUSTO. — Así no tenía prisa el muy ladino para contarnos minuciosamente las batallas del 73 y del 93 y del 3393...
LA GALANA. — El diablo sabe por viejo mas que por diablo.
EUDVIGIO. — También por diablo sabe bastante...
BARCALA. — En un mes no digo palabra. Me voy a preparar para la procesión d'os caladinos *(de los callados).*
AUGUSTO. — Y yo. Anda, ¿ya salen? *(Extrañado.)*

Biblioteca Nacional de España

## ESCENA XIV

DICHOS. DON LAUREANO *y* CARMIÑA

CARMIÑA. — ¡Venga, papá, venga!
LAUREANO. — Pero, h'ja, ¿por qué no me dejas oír la misa?
CARMIÑA. — Porque estoy sin devoción y no le aprovecharía a mi alma.
LAUREANO. — Bueno, entonces..., ¿qué te pasa, muchacha, qué te pasa?
CARMIÑA. — ¡Que me quiere de veras!
LAUREANO. — *(Sonriendo, como de noticia vieja.)* ¿Gerardo?
CARMIÑA. — ¡Sí, Gerardo!
LAUREANO. — Eso ya me lo has dicho muchas veces.
CARMIÑA. — Como no tengo madre, te lo digo a ti... ¿Te molesta, padre?
LAUREANO. — *(Abrazándola.)* ¡No, boba, no! Y demasiado comprendo que es natural el hablar mucho de lo que constituye un gran recuerdo o una gran esperanza. Te lo disculpo, hija...; y por eso mismo debes tú disculparme a mí cuando te cuente alguna vez más de las necesarias lo de Montejurra... ¡Mi gran recuerdo!
CARMIÑA. — ¡Una acción admirable!
LAUREANO. — Bueno, bueno... Hablemos de ese mozo. ¿Qué te dijo? Vamos a ver, ¿qué te dijo?
CARMIÑA. — Que me quiere, que...

## ESCENA XV

DICHOS *y* GERARDO.

*(GERARDO, que dió tiempo para que se alejaran, sale precipitado para no perderles de vista e irla siguiendo, pero al encontrárselos, quiere disimular y retrocede hacia la Catedral.)*

LAUREANO. — Señor Roquer... Señor Roquer... ¿Nos tiene usted miedo?
GERARDO. — No, señor, no. Al contrario... Pero volvía porque se me olvidó una cosa...
LAUREANO. — ¿En la Catedral?
GERARDO. — Sí, señor.
LAUREANO. — ¿Y qué fué, si no es indiscreto?
GERARDO. — Pues... se me... olvidé el oír la misa.
LAUREANO. — Tiene usted razón para volver, sí...; pero venga acá, venga. Yo quiero lo que Carmiña quiera.
CARMIÑA. — ¡Papá!...
GERARDO. — ¡Don Laureano!
LAUREANO. — Y si la intención de usted es honrada..., ¿por qué no ha de ser franco? ¿Qué necesidad tenemos de que me engañen esos rapaces para que hablen ustedes un ratito?

Biblioteca Nacional de España

BARCALA. — ¡Tiran con piedra, tú!...
AUGUSTO. — Ya noto el chichón, ya...
LAUREANO. — Conformes, ¿eh?
GERARDO. — ¡Gracias, don Laureano, gracias!...
CARMIÑA. — ¡¡Papá!!
EUDVIGIO. — ¡Lo que sabe el abuelo!...
LA GALANA. — Y, ¡claro! Esto de los hombres mozos y de las rapazas trempraneras lo saben muy bien los viejos de cuando fueron jóvenes. Yo también lo sé, del tiempo en que me llamaban con razón «La Galana».
LAUREANO. — Acompáñenos un poquito, si gusta, señor Roquer...
GERARDO. — ¡Ya lo creo! ¿Usted lo permite, Carmiña?
CARMIÑA. — *(Dándole las dos manos.)* ¿Permitirlo?
LAUREANO. — *(Viéndolos embobados, sonríe y se aparta.)* Pollos..., pollos... Hay un detalle interesantísimo en la acción del 73...
BARCALA. — ¡No, no! ¡Otra tomadura pelo arriba, no!
AUGUSTO. — Ya vamos bien servidos con la anterior.
LAUREANO. — Entonces, francamente... ¿Hablamos nosotros para dejarlos hablar a ellos?
BARCALA. — Eso sí.
AUGUSTO. — *(Muy serio.)* ¿Qué detalle es?
LAUREANO. — Pues, verán... *(Hablan saliendo. Llevándoselos del brazo.)*
GERARDO. — Esto es quererme, ¿verdad?
CARMIÑA. — Hombre, Gerardo, parecido sí es...

*(Van saliendo lentamente en grupos,* LAUREANO *explicando muy serio y ellos escuchándole muy atentos, y* CARMIÑA *y* GERARDO *entusiasmados uno en otro.)*

EUDVIGIO. — ¿Vanse...?
LA GALANA. — Van, sí, señor.
EUDVIGIO. — Que el Apóstol les acompañe... y que en ellos sus ojos de enamorados no se cansen nunca de ver lo que mis ojos de ciego nunca vieron...
LA GALANA. — Amén, señor Eudvigio.
EUDVIGIO. — Amén, señora Galana...

**Fin del capítulo tercero**

Biblioteca Nacional de España

## CAPITULO CUARTO

Una sala-despacho en el Pazo del Faramello, con muebles españoles antiguos, cuadros religiosos, retratos de familia y uno de don Carlos, con su clásica boina, en un caballo alazán, cuatralbo, careto. Una chimenea de piedra labrada, con grandes y artísticos morillos. Panoplias, centradas, con una boina. Bargueños, velones de bronce y cacharros de Sagardelos. Por las ventanas, más bien anchas que altas, se divisa la huerta con sus castaños y nogales. Es de día, en junio.

### ESCENA PRIMERA

CARMIÑA, *de luto, pero con flores que* [illegible] *a lo suavizan, llora silenciosamente en un butacón. Pausa.* MONCHA, *por izquierda.*

MONCHA. — *(Trayendo una bandeja con tazas y dejándola sobre la mesa.)* ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Has tenido algún disgusto con tu marido?

CARMIÑA. — ¡No, no!

MONCHA. — Y entonces ¿por qué lloras?

CARMIÑA. — Es la primera vez que entro en el despacho del pobre papá, después de la desgracia, y, sin poderlo remediar, a un tiempo han venido sobre mí los recuerdos y las lágrimas.

MONCHA. — ¿Y para qué escogéis esta habitación sobrando tantas en el Faramello?

CARMIÑA. — Me lo pidió Gerardo..., con el buen deseo de quitarme este miedo supersticioso que le he tomado al Pazo, como si las casas tuvieran la culpa de que se murieran las personas.

MONCHA. — Tú misma lo dices...

CARMIÑA. — Lo reconozco... Era pueril, pero no lo podía vencer. Veníamos en visita piadosa, como a un santuario, y en peregrinación, y aunque más de una vez formamos el propósito de quedarnos y vivirlo..., al llegar la noche era tal la angustia y el temor, que me colgaba del cuello de Gerardo diciéndole: «¡Vámonos!... ¡Vámonos!... ¡Vámonos!...», y nos íbamos.

MONCHA. — Así no lo dominarás nunca.

CARMIÑA. — Por eso dispuso resueltamente que la comida y la fiesta se celebrara en el Pazo y que el café lo sirviéramos aquí, aquí mismo, contando desde luego con que la animación de todos y el deber mío de atenderles contribuiría por fuerza a distraerme y a que olvidara.

MONCHA. — Pues hizo muy bien, que era un crimen tener deshabitado esto. *(Cogiéndola.)* Hale, a cumplir tu deber.

CARMIÑA. — *(Levantándose.)* Muy gustosa, sí... Nunca mejor predispuesta que ahora, cuando todo en mí y alrededor mío empieza tam-

Biblioteca Nacional de España

bién. Para el Pazo es una nueva era; yo estoy empezando mi vida da casada; el pequerrecho, el Laurenín, empieza ahora su vida de angelote; y los grandullones, los que allá, de sobremesa, cantan y alborotan celebrando sus títulos nuevecitos de abogados y de médicos, ésos, que en esta misma semana concluyeron su vida de estudiantes, empiezan ahora su vida de hombres, la que aportará triunfos para unos, desengaños para otros y para todos preocupaciones y responsabilidades.

MONCHA. — Algunos, como tu marido, llegarán seguramente. Otros, como el Barcala ese, por ejemplo, no llegarán a nada.

CARMIÑA. — ¿Quién sabe? Por de pronto, ya es un señor abogado.

MONCHA. — Por recomendciones, por intrigas... y por cansancio de los profesores. Ese es de los que son aprobados, no para aprobarlos, sino para echarlos.

CARMIÑA. — Pues tú bien enamorada estás de Barcala.

MONCHA. — ¿Yo?... A menos tendría yo el mirarle siquiera.

CARMIÑA. — Ya me fijé en lo displicente que has estado durante la comida... ¡Pero habéis sido novios treinta veces!

MONCHA. — Te diré, Carmiña, te diré... Novios, sí; pero un noviazgo muy soso y sin vernos casi nunca... Vamos, fuimos novios de tercera...

CARMIÑA. — De lo que tú digas. Y volveréis a las andadas...

MONCHA. — El, quizás. ¿Yo?... ¿Casarme yo con ése? A menos lo tendría.

CARMIÑA. — ¿De veras?

MONCHA. — De verísimas. No sabes tú lo que soy yo cuando digo que no.

CARMIÑA. — Pero él sabe lo que eres cuando dices que sí.

MONCHA. — ¡Qué ha de saber!

CARMIÑA. — Motivo de más para que insista... ¡Pero cuidado, Moncha! Escarmienta en mí...

MONCHA. — Lo tuyo fueron malas artes de la Maragota madre, que deseaba casarte con el Maragota, hijo.

CARMIÑA. — Eso es, sí; pero el caso fué que yo di crédito a chismes y a insinuaciones malignas, y anduvimos, Gerardo y yo, peleados cerca de un año.... ¡y por poco me juego mi felicidad y su cariño!

MONCHA. — Lo mío es totalmente distinto de lo tuyo. No es que quieran casarme con otro: es que nadie quiere casarse conmigo. Va diferencia, va...

CARMIÑA. — De lo que deseo prevenirte es de tus propios arranques; y si Barcala te habla muy en serio, que no aventures lo que tal vez pueda ser tu suerte por un mal humor o por una genialidad. Piénsalo, Moncha, piénsalo.

MONCHA. — Lo pensaré. ¡¡Tiempo ya me deja ese ladrón!!

CARMIÑA. — *(Advirtiéndola.)* Barcala...

MONCHA. — Sí, Barcala, ese...

CARMIÑA. — ¡Que aquí está Barcala!

MONCHA. — ¡Ah!...

Biblioteca Nacional de España

## ESCENA II

DICHOS. BARCALA, *por derecha.*

BARCALA. — El mismo. ¿Estorbo?
CARMIÑA. — Nunca.
BARCALA. — Vengo escapando de aquella atmósfera. ¡Se corta! Y vengo también a pedirle a usted un favor.
CARMIÑA. — Concedido.
BARCALA. — Que con su autoridad de señora de la casa ordene usted a sus invitados que no vuelvan la espalda.
MONCHA. — *(De espaldas.)* Es para no ver visiones.
BARCALA. — ¿Se refiere usted a mí, señorita?
MONCHA. — A usted, sí, señor.
BARCALA. — Pues disipe usted esa preocupación equivocada. He mejorado mucho desde la última vez que tuvo usted la bondad de mirarme.
MONCHA. — Lo dudo muchísimo.
CARMIÑA. — Mujer, felicítale por su título de abogado.
MONCHA. — Para lo que le va a servir...
BARCALA. — Quizás no me sirva para nada, porque ignoro, claro está, la suerte que Dios me reserva...; pero lo que puedo decirle a usted es que hace cuatro días que soy abogado y ya tengo un pleito.
CARMIÑA. — ¿Ya?
MONCHA. — *(Mirándole intrigada.)* ¿Ya?
BARCALA. — *(Modesto.)* Ya... El sastre, que me reclama una factura...
MONCHA. — *(Echándose a reír a pesar suyo.)* Cuando yo decía...
CARMIÑA. — *(Riéndose indulgente... y marchándose, más indulgente aún.)* Manuela... Manuela... Anda, trae el café... *(Mutis por la izquierda.)*

## ESCENA III

MONCHA *y* BARCALA

BARCALA. — *(Deteniendo a* MONCHA, *que intenta marchar.)* Moncha... Monchiña...
MONCHA. — No quiero conversación con usted...
BARCALA. — Ni yo tampoco. Es un encargo que me dieron para usted y del que no me puedo zafar.
MONCHA. — *(Deteniéndose curiosa.)* ¿Un encargo? ¿De quién?
BARCALA. — Verás qué encarguiño más precioso...
MONCHA. — *(Marchando.)* ¡Que no quiero!
BARCALA. — *(Deteniéndola.)* ¿Y qué es lo que no quieres, si aun no te propuse nada? Pero te lo voy a proponer...
MONCHA. — No...
BARCALA. — Escucha, Moncha, escucha. Con ese título flamante, que aun no me valió de nada, pero que me valdrá en seguida para unas oposiciones; con unas tierras, unas leiras, que dan sus buenas patacas y su buen maíz; con una casita pequeña allá, en Túy, y un

Biblioteca Nacional de España

corazón muy grande aquí, en el pecho, para querer abondo (mucho) a una Monchiña rabiosiña..., ¿escribo a mi tío, el cura de San Fiz de Abeleiras, rogándole que venga a pedirte?

MONCHA. — *(Rendida.)* ¿No me engañas, Casimiriño?

BARCALA. — ¡Non, vidiña, non!

MONCHA. — ¡Mira que si engañas te corto los bigotes nuevos!

BARCALA. — ¡Ay, eso no, bonita, que me favorecen mucho! ¿Verdad?

MONCHA. — Quita de ahí, bobo...

BARCALA. — Conque... ¿escribo o no escribo?

MONCHA. — Lo que tú quieras...; pero certifica la carta.

BARCALA. — Muy riquiña eres...

MONCHA. — Y tú muy trapalón.

BARCALA. — Eso ya terminó. Bueno, qué, ¿te parece bien la boda para noviembre?

MONCHA. — Muy bien para septiembre, sí. Cuando tú digas.

BARCALA. — Cuando yo diga, sí, pero ya me comiste dos meses del primer bocado.

MONCHA. — ¡Y te había de comer a ti!

BARCALA. — ¿Te apetezco, eh? Pues lo mismo digo, señorita.

MONCHA. — Y aun puse tiempo de más... que contigo no tendré reposo hasta que te vea en la iglesia, delante del altar, con el cura, los padrinos, los testigos... y más una pareja de la Guardia Civil, por si acaso todavía...

BARCALA. — Non teñas medo, nena. Ya estamos en Don Formales y hay que marchar seriecitos.

MONCHA. — Ojalá.

BARCALA. — Dalo por hecho. *(Abrazándola.)* ¡Te quiero más, riquitina!...

MONCHA. — ¿De verdad quieres, Casimiriño?...

## ESCENA IV

DICHOS, CARMIÑA, *por izquierda.*

CARMIÑA. — *(Sonriendo.)* Bien, bien...

MONCHA. — No, no creas que...

CARMIÑA. — ¡Qué voy a creer! Nada...

BARCALA. — ¿Nos apadrina, Carmiña?

CARMIÑA. — ¿Para cuándo?

BARCALA. — Para noviembre.

MONCHA. — Para septiembre. ¡No empieces ya a faltar a tu palabra, Casimiro!

BARCALA. — Sí, ahora recuerdo que esa fué mi palabra. Para cuando ella disponga.

Que prevalga su opinión.
Para mí todo es ya igual...
¡¡Que esta águila caudal
cayó como un gorrión!!

Biblioteca Nacional de España

CARMIÑA. — Pues en ello quedamos, y mañana se puntualizará todo. Ahora tú, Moncha, ayuda a servir el café, y usted, gorrión, hágame el obsequio de avisar a esos señores.

BARCALA. — Voy volando. Creo que es el modo que corresponde a mi nueva naturaleza. *(Mutis por foro y* MONCHA *por derecha.)*

## ESCENA V

CARMIÑA, *que dispone las tazas echándoles ya el azúcar en polvo moreno.* GERARDO *por izquierda.*

GERARDO. — ¿Miña?

CARMIÑA. — *(Siguiendo su faena.)* ¿Qué, Gerardiño?

GERARDO. — ¿Podemos venir?

CARMIÑA. — Cuando queráis.

GERARDO. — ¿Te damos mucho trajín?

CARMIÑA. — Poquísimo.

GERARDO. — Temí que te marearan con las voces y las risotadas. Al principio aun estuvieron comedidos por tu presencia y la de Moncha; pero en cuanto llegaron los brindis, se desataron las lenguas y el champagne corrió un poco, se les desbordó la juventud y la alegría.

CARMIÑA. — Es lo natural. Y yo contentísima de veros alegres.

GERARDO. — ¿Te han dicho que en el portón hay lo menos cuarenta pobres? ¡Una romería!

CARMIÑA. — No lo han dicho, pero lo sé. Que los pobres conocen ya de antiguo el camino del Pazo, y noticiosos de que revive, segura estaba yo de que acudirían.

GERARDO. — Habrá que darles algo, ¿eh?

CARMIÑA. — Ya está eso dispuesto, ya. Los potes de caldo gallego que pusimos en la cocina de la otra casa, en la del casero..., ¡espantaban, Gerardo, espantaban! ¡Ocho... y enormes!

GERARDO. — Pues sobrará.

CARMIÑA. — Claro que sobrará... Pero si faltara para uno..., para uno tan siquiera..., dirían de fijo que éste ya no era el Faramello.

GERARDO. — Eres su Providencia.

CARMIÑA. — Baja, baja. No soy más que una mujer con un poquito de caridad, muy poquito... y en cambio, con mucho egoísmo, ya que esto me permite decir: mi felicidad, la inmensa felicidad que disfruto, no la robo del todo, puesto que algo de ella lo reparto.

GERARDO. — No te disculpes por hacer el bien.

CARMIÑA. — Más quisiera poder...

GERARDO. — Te veo complacida, muy animosa y muy resuelta.

CARMIÑA. — ¿Temías que no?

GERARDO. — ¡La verdad..., lo temía! Temblaba por el primer momento de tu entrada en esta habitación, figurándome que no tuvieras serenidad bastante para sobreponerte a los recuerdos tan vivos que, por fuerza, se despertarían en ti.

CARMIÑA. — Te voy a decir una cosa... ¿Pero no te reirás?

Biblioteca Nacional de España

GERARDO. — No, mujer.

CARMIÑA. — ¿De veras me prometes no reírte?

GERARDO. — Basta que sea un sentimiento tuyo para que lo respete.

CARMIÑA. — *(Apoyándose en* GERARDO, *medio abrazándole y confidencial.)* Pues mira... Al entrar, sí, me desconsolé y me recriminaba a mí misma por hallarnos de fiesta en el lugar donde tanto sufrimos y en donde ya no está aquel hombre tan bueno y aquel padre tan cariñoso... Fué un momento de pena grandísima...; pero también fué luego un momento de placidez y de reconciliación definitiva con el pasado, ya inevitable. Desde que entré no podía apartar la mirada del retrato del pobre papá... Y de pronto... ¡No te rías, Gerardo, no te rías!...

GERARDO. — No, Carmen, no.

CARMIÑA. — De pronto me pareció que se animaba, que sonreía, y con aquella bondad de siempre me dijo: «Vuelves por fin a verme. ¿eh, pícara? ¿Cómo has dejado dos años sin venir, más que pícara? ¿Pero tú no comprendías que yo te aguardaba, que te aguardaba la casa, que te aguardaban los prados y los árboles, ansiosos de tu presencia y de tus cuidados? ¿No comprendías que el venir y atendernos era una prueba de cariño? ¡Que nunca fué señal de amor para los muertos ni para los que viven el desatender y arrinconar lo que ellos cuidaron y han querido! ¿Cómo no lo comprendías, pícara, más que pícara?...» *(Y al terminar de decir esto dulcemente se echa a llorar desconsolada.)*

GERARDO. — *(Severo.)* ¡No llores, Carmen!

CARMIÑA. — *(Sonriendo.)* Tendrías razón para reprenderme si fuera de amargura; pero no, es de tranquilidad, de sosiego y hasta de satisfacción... Es como si ahora hubiera sabido que en este viaje tan temeroso llegó por fin el pobre a puerto de refugio y a lugar de descanso y de recompensa .. ¡Ya ves si es satisfacción!

GERARDO. — ¿Te das cuenta de que esas palabras te marcan un camino?

CARMIÑA. — Y lo seguiré. Te lo prometo.

GERARDO. — No le digas a nadie lo que has oído..., ¡a nadie!..., porque todos te contestarán que fué una alucinación...; pero créeme a mí, que fué verdad, que lo oíste y que te lo han dicho. Todo lo que es justo y razonable es verdad siempre, aunque nos lo diga quien no tiene voz ni tiene vida...

CARMIÑA. — Ya puedes suponer lo dulce que será para mí el pensar que fué cierto y verdadero...

GERARDO. — Pues piénsalo..., alégrate... y empieza a demostrarlo con tu conducta: ríe, Carmiña.

CARMIÑA. — *(Sonriendo.)* Ya río, Gerardiño.

GERARDO. — Así se empieza.

CARMIÑA. — *(Abrazándole.)* ¿Y así?

GERARDO. — *(Estrechándola honestamente.)* Así se continúa nuestra paz y nuestro amor. *(Después de un instante, cogiéndola por las dos manos.)* Anda a tus quehaceres.

Biblioteca Nacional de España

## ESCENA VI

DICHOS. PANDURIÑO, *por foro.*

CARMIÑA. — *(Separándose sin precipitación.)* Panduriño... Señor doctor.
PANDURIÑO. — No se aparten, no se aparten... Yo no soy nadie.
GERARDO. — ¿Qué hay?
PANDURIÑO. — Vengo a despedirme.
GERARDO. — ¿Te marchas ahora?
PANDURIÑO. — No, cuando todos... Pero quisiera darte un apretón de manos muy largo y muy fuerte... Y como eso, delante de todos, pudiera ser..., vamos..., ¿comprendes? Pudiera ser...
GERARDO. — Vengan los brazos con alma y vida.
PANDURIÑO. — ¡Pues allá van! *(Se abrazan.)* Me quedará un recuerdo inefable de este día, señora; inefable...: ¡haber comido en su casa!
CARMIÑA. — Y yo muy honrada en ello.
PANDURIÑO. — ¡Qué comidita, cielo santo! ¿La hizo usted, señora?
CARMIÑA. — La muchacha.
PANDURIÑO. — Pues mis respetos a la muchacha. *(A* GERARDO.) Y luego el champagne... ¡Caramba! ¿Sabes que me sorprendió? Porque pica, ¿sabes?
GERARDO. — ¿No lo probaras nunca?
PANDURIÑO. — Nunca. Había oído hablar de él, como del imperio del Gran Mogol y de las victorias de Julio César... Vamos, como cosas verídicas, pero muy lejanas.
GERARDO. — Pues de mi parte le vas a llevar a tu vieja una botella.
PANDURIÑO. — ¡Hombre! *(Riéndose de buena gana.)* No te la rechazo ni por cumplido siquiera..., ¡porque va a ser muy gracioso! Primero tendré que prevenirla para el susto del taponazo; después lo beberemos en cuncas, en tazas, porque de copas no hay ni idea..., y después, la vieja y yo, achispados, diciendo bobadas y más bobadas. ¡Van a ir a vernos de diez leguas a la redonda!
CARMIÑA. — Un día es un día.
PANDURIÑO. — Y ese lo va a ser mañana. Tengo ya mis bártulos liados, y de madrugada, a caballo, cuatro leguas monte arriba para descansar y reponerme un poco en la aldea. ¡Dios y la Virgen saben cuándo nos volveremos a ver ni qué rumbo tomaré!
GERARDO. — ¿Qué rumbo tomarás? Pero tú estás en Belén, Panduriño, ¿Verdad, Carmen?
CARMIÑA. — *(Sonriendo.)* En Belén, Panduriño.
PANDURIÑO. — No lo sospechaba, no, señora; pero cuando ustedes lo afirman es evidente. Sin embargo, yo no creía descarrilar mucho diciendo que me voy a la aldea mientras no salga un puesto o un concursito rural.
GERARDO. — ¡Qué ambicioso eres! No te conformas con nada. ¿Verdad, Carmen?
CARMIÑA. — *(Sonriendo.)* Terriblemente ambicioso, Panduriño.

Biblioteca Nacional de España

PANDURIÑO. — ¿Yo, señora? ¿Yo? Pues mire usted, tampoco lo sabía.
GERARDO. — Y cuando un hombre consigue un puesto no lo oculta a sus buenos amigos.
PANDURIÑO. — ¡Válgame la Puerta Santa! ¿Pero qué puesto tengo yo? Como no sea uno en el Limbo, que ése si me corresponde por derecho propio...
CARMIÑA. — No le hagas penar más. Díselo de una vez.
PANDURIÑO. — ¡No me lo digas, por Dios! Déjame prepararme.
GERARDO. — Tú, que eres quien lo ha logrado.
CARMIÑA. — Hace ya tres días que mandó el padre de Gerardo la credencial...
PANDURIÑO. — ¡Ay, ay!...
CARMIÑA. — Y es usted médico de la Compañía del Norte, en La Coruña.
PANDURIÑO. — ¡No me lo diga, por Dios, señora!
GERARDO. — De entrada son tres mil pesetillas nada más.
PANDURIÑO. — Nada más. Digo... ¡Cuánto, cuánto! ¡Ay, ay!...
GERARDO. — Y luego los ascensos. ¿Supongo que aceptarás?
PANDURIÑO. — No, no...
GERARDO. — ¿Cómo que no?
PANDURIÑO. — ¡Que sí, que sí! Pero es que no..., que no puedo hablar de emoción y de... y de... y de emoción..., ¿comprendes? De emoción.
CARMIÑA. — *(Dándole una palmada afectuosa.)* No llore, Panduriño.
PANDURIÑO. — Si no lloro, no, señora. Es el champagne, que me pica. Por lo visto pica varias veces...
GERARDO. — No lo niegues.
PANDURIÑO. — Bueno..., y si lloro, ¿qué? ¿No es muy legítimo? ¿Muy, muy... muy legítimo? ¿Comprendes, Gerardo? ¿No es muy...?
GERARDO. — Ea, se acabaron los pucheros. Otro abrazo y que sea para bien.
CARMIÑA. — Cálmese, que no le vean así...
PANDURIÑO. — ¿Me dejan esconderme un instante? Llorar a solas no es tan ridículo... Y un doctor... Porque ya soy el doctor Panduriño... Digo, no, el doctor don Adolfo Pulleiro... ¡Miento, miento! El doctor Panduriño soy... ¡Eso es, el doctor Panduriño! Que yo no renegaré jamás del cornetín y de la murga, que me dieron el pan y la carrera... ¡Eso es, el pan y la carrera! Y si llego a la fortuna, a la celebridad, a la Academia..., ¡al cielo que llegue!, en la celebridad, en la Academia y en el cielo estará el cornetín del murguista, donde todos lo vean y en donde alguno se burle; pero donde muchos lo respetarán como escudo nobiliario de un hombre que luchó de frente contra la ignorancia y contra la miseria. ¡Eso es, contra la ignorancia y contra la miseria!
CARMIÑA. — Y eso debe ser.
PANDURIÑO. — ¡Y a usted, mi ángel bueno! ¡Y a ti, Gerardo! ¿Cómo os pagaré? ¿Cómo os pagaré?
GERARDO. — Con un poco de cariño.
PANDURIÑO. — Con la gratitud más..., más...
CARMIÑA. — ¡Que vienen!

Biblioteca Nacional de España

PANDURIÑO. — ¡Pues escapo, escapo! Los que no han sufrido nada de jóvenes no se explican nunca que una buena noticia haga llorar. ¡Escapo, escapo, escapo! *(Mutis por derecha.)*

## ESCENA VII

CARMIÑA *y* GERARDO. *Por foro, los estudiantes, de quienes ya se oyó el rumor lejano.*

*(Ahora, dentro:* UNOS, ¡Que hable! OTROS, ¡Que se calle! NIETIÑO, *dentro:* ¡Haré lo que me parezca! UNOS, ¡Que hable, que hable! OTROS, ¡Que se calle! *Y así, dando voces y en tropel, entran en escena. Luego,* MONCHA, *por derecha, trayendo unas botellas.)*

NIETIÑO. — He dicho que haré lo que me parezca..., y lo que me permita esta señora.

CARMIÑA. — Lo que usted quiera.

NIETIÑO. — Pues entonces digo y repito: ¡Viva la casa de la Troya! ¡Vivan los Troyanos! ¡Viva la estudiantina! ¡Y abajo los Consumos!

GERARDO. — No tiene nada que ver una cosa con otra.

NIETIÑO. — Ya lo sé... Pero hoy no es día de callar.

GERARDO. — Bueno...

CARMIÑA. — Augusto... ¿Coñac, curasao, tostado del Rivero?

AUGUSTO. — El del país.

NIETIÑO. — ¡Viva el país! ¡Viva la Universidad! ¡Viva Santiago! ¡Y abajo los Consumos!

BARCALA. — ¿Callarás, Nietiño?

CARMIÑA. — Servid tostado... *(Sirven* CARMIÑA, MONCHA *y* GERARDO.) Y beberemos a la suerte de los señores abogados y de ustedes todos, que lo serán también muy pronto, si Dios quiere.

MADEIRA. — Agradecidísimos, Carmiña; pero nos parece que Dios no quiere para tan pronto... Y no alcanzo la razón. ¿A El que le importará que haya unos abogados más?

CARMIÑA. — No sé...

AUGUSTO. — ¿Me dejas echar un brindis, Gerardo?

GERARDO. — Y mil.

AUGUSTO. — Pues arriba las copas, que va a ser de canela fina. ¿Estamos? ¡Por el encantiño del Preguntoiro!

TODOS. — ¡¡Por el encantiño del Preguntoiro!!

CARMIÑA. — Muchas gracias.

NIETIÑO. — ¡Viva el encantiño! ¡Viva Carmiña! ¡Y abajo los Con...! *(No puede terminar porque* BARCALA *le tapa la boca.)*

GERARDO. — Pues vaya mi brindis, que si el de éste fué canela, el mío es espuma... ¡Arriba las copas! ¡Por Moncha divina!

MONCHA. — No, no...

TODOS. — ¡Por Moncha divina!

MONCHA. — Muchas gracias... ¿Pero no sería mejor que todos brindáramos por lo que a todos nos une con el lazo más fuerte y más constante: por la tierra meiga?

Biblioteca Nacional de España

TODOS.— ¡Eso, eso, eso!
MONCHA. — ¿Va por la terriña?
GERARDO. — Va.
CARMINA. — ¡Pues por la tierra meiga!
TODOS. — ¡Por la tierra meiga!

## ESCENA VIII

DICHOS. PANDURIÑO, *por derecha.*

PANDURIÑO. — ¡Venga una copita, venga, que por la tierra no quiero yo que falte mi brindis!
CARMINA. — *(Sirviéndole.)* Y colmada.
PANDURIÑO. — Colmada. ¡Arriba!
MADEIRA. — Señores abogados, futuras lumbreras del foro... Señor doctor, futuro Hipócrates... Claro que os envidiamos y que nos gustaría a todos el tener ya nuestro título en el bolsillo; pero eso no quita para que celebremos como propio vuestro triunfo. ¡¡Estudiantes!! ¡Un abrazo apretadísimo a los señores licenciados! *(Abrazos.)*
BARCALA. — ¡No nos felicitéis, amigos! Al contrario, ¡¡compadecednos!! Los dichosos sois vosotros, que todavía continuaréis aquí libres de cuidados y de preocupaciones... Como los discípulos de Cristo, vamos a repartirnos por el haz del mundo, aunque no para predicar la buena nueva... Al separarnos, ruego fervorosamente a la diosa voluble que preside los destinos de los hombres que nos conceda a todos su favor; pero por mucho que quiera protegernos, nunca nos dará tanto como ya hemos tenido, como perdemos ahora. Podrá subirnos a lo que llaman cumbres de la vida, pero nunca volverá a ponernos tan alto como hemos estado, porque nunca más..., ¡ay!, ¡¡nunca más seremos estudiantes!!
MONCHA. — ¡Habla en serio! ¡Este no es Barcala!
CARMINA. — Es cierto.
MONCHA. — Es cierto.
MANOLO. — Es cierto.
AUGUSTO. — Es cierto.

*(Todos asienten con un poco de tristeza.)*

PANDURIÑO. — No es cierto, ¡caray!; no es cierto. Y usted, perdone el caray, doña Carmen, que es ofender a Dios el mostrar desánimo cuando se nos abren de par en par las puertas de la vida para que aspiremos a todo: a la ambición, el que la tenga; a la gloria, el que la suene; al amor, con la tranquilidad de poder sostener una casa. ¡A todo! He llegado yo..., ¡cuánto más fácil no os será a vosotros, que para ir adonde queráis no habéis tenido que pasar primero por la mala senda del hambre... ¡Que esa sí que es mala senda de verdad!
GERARDO. — Tienes tú razón. ¡Viva el doctor Pulleiro!
TODOS. — ¡Viva!...

Biblioteca Nacional de España

PANDURIÑO. — ¡Quietos todos! ¡Viva el doctor Panduriño!
CARMIÑA. — Eso es. ¡Viva el doctor Panduriño!
TODOS. — ¡Viva! ¡Viva!
PANDURIÑO. — Y cuando alguno sienta desmayo, que se acuerde de mí... De mí..., que muchas veces, muchas, al hincar los codos en la mesa obligándome al estudio, la imaginación se rebelaba y me decía: «¿Sabes si podrás pagar la posada, Panduriño? ¿Sabes si podrás pagar las matrículas? ¿Sabes que la vieja no come más que pan de borona?» ¡Ay!... Te juro que para estudiar con esa congoja..., y esa..., y esa..., ¿comprendes, Gerardo?
GERARDO. — *(Abrazándole.)* ¡Viva Panduriño!
TODOS. — ¡Viva!...
PANDURIÑO. — Vivamos todos, todos, ¿eh?
TODOS. — ¡Viva! ¡Viva!
BARCALA.

Y en prueba de admiración y de cariño,
llevemos en triunfo a Panduriño.

¡Arriba con él!
TODOS. — ¡Arriba! ¡Arriba!

(NIETO, *que se acerca a la lateral derecha donde se supone están los otros estudiantes, les hace señas para que canten, y empieza, dentro, el Airiños, que dirige desde la puerta* NIETO.)

PANDURIÑO. — No, no...
TODOS. — ¡Viva Panduriño!
OTROS. — ¡Viva Santiago!
OTRO. — ¡Vivan los estudiantes!

(CARMIÑA, *sonriente, se apoya en* GERARDO. *Todos prestan atención a lo que cantan.)*

CARMIÑA. — *(Recitando, mientras cantan.)*

Airiños, airiños, aires;
airiños da miña terra;
airiños, airiños, aires;
airiños, deixadme en ela.

*(El telón va cayendo lentamente para terminar con el canto.)*

**FIN DE LA OBRA**

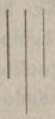


Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

# CURRITO DE LA CRUZ

Adaptación escénica de la novela del mismo título, de D. Alejandro Pérez Lugín, en tres actos, el primero dividido en dos cuadros y un epílogo



Biblioteca Nacional de España

ESTRENADA EN EL TEATRO LARA, DE MADRID, EL 19 DE DICIEMBRE DE 1923

## PERSONAJES

| | |
|---|---|
| Rocío | Un cuartillero |
| Manuela | Manuel Carmona |
| Teresa | Traguete |
| María Jesús | Copita |
| Amparo | Gazuza |
| Pepa | Un viejo |
| Rosa | Rafael Luque |
| Juana | Un hombre |
| Soledad | Portero |
| | Un maletilla |
| | El padre Almanzor |
| | Romerita |
| | Chopera |
| | Marqués de Zahira |
| | Gabriel |
| | El Sr. Manolo |
| | El Templao |
| | Miguelito |
| | Vendedor de bocas |
| | Cayetano (Niño de Chopera) |
| | Currito de la Cruz |
| | Mozo de estoques (no habla) |
| | Varios capitalistas |

Epoca actual. La acción en Sevilla, menos en el acto tercero, en Madrid. Derecha e izquierda, la del actor.

Biblioteca Nacional de España

# ACTO PRIMERO

## CUADRO PRIMERO: «¡¡OOO...LE!»

A la derecha, una puerta de la Plaza de Toros de Sevilla. A izquierda, la entrada de un ventorro con un par de mesas. Foro, árboles y campo.

### ESCENA CONJUNTADA

*(Antes de alzarse el telón se oye una gran bronca:* «¡A la cárcel! ¡A la «jorca»!» *Y coreado:* «¡Que se vaya! ¡Que se vaya!...»

VENDEDOR. — ¡Andá, broncaso!
PORTERO. — ¡Y así cinco todos seguíos!
VENDEDOR. — ¡Y todavía farta uno!
TRAGUETE. — *(Saliendo por derecha.)* ¡Osú!, y cómo están poniendo a Manuel Carmona. ¿Y esto es una corría de feria en Seviya? ¡Qué ha de ser! Esto es una pantomima na más. Títeres na más. A mí que no me digan.
GAZUZA. — *(Que ha estado toreando a un amigo.)* Digasté, guardia: ¿s'ha tirao a la plaza un chavaliyo?
TRAGUETE. — ¿Al redondel?
GAZUZA. — ¡Claro! Uno que le llaman Curro.
TRAGUETE. — Que le llamen Curro... pue ser, pero que se echara al reondel no pue ser. Hay mucho miedo con los miuras. niño. *(Mutis.)*
GAZUZA. — Lo que yo decía. Ese no baja. ¡Mardita sea el cobardón ese!

*(Bronca dentro.)*

PORTERO. — ¿Qué pasará ahora?
TRAGUETE. — Vi a ver. *(Entra.)*
GAZUZA. — ¡Ajolá y s'ajogaran!
PORTERO. — ¿Pero de qué tendrán forrá la garganta esos condenaos? ¡Toda la tarde en un chillío!...
VENDEDOR. — ¡Que m'alegro de haber vendía la papeleta que me dió er Lunares!
VIEJO. — Antes no fartaba yo una tarde. Primero me quedaba sin comía... o sin bebía, que es peor..., pero desde que murió aquel torero tan grande... *(Se descubre con respeto)* ya no he vuelto a la Plaza.
HOMBRE. — ¡Pa lo qu'hay que ver!...
VENDEDOR. — En cuantito que filé los toros en Tablaiya me lo dije: hay toros, no hay toreros.
VIEJO. — ¿Qué quieren que les suelten, yemas de las monjitas de San Leandro? Er malaje lo tienen esos tíos de ahora, que salen vestíos

Biblioteca Nacional de España

de toreros y no son na ni na. ¿Quién es ese Romerita, y ese Lunares, y ese Carmonilla? ¿Es que son personas ésas?

VENDEDOR. — Pare usté la jaca, ¡eh! Con Carmona no se meta usté, compare, que Manué Carmona es er Papa.

VIEJO. — ¿Er Papa? Como ustedes no habéis visto a aqué... *(Se descubre)* no sabéis lo que era un torero.

GAZUZA. — Pero ahora va a salir uno que se trae el Banco de España en el bolsillo.

VIEJO. — ¿Quién é?

GAZUZA. — Er Curro. *(Imitando los lances con la blusa.)* Da los naturales así... Los reondos así..., sin mover los pies... ¡¡Huy, qué torerazo!!

VIEJO. — ¿Pero aonde da los pases así?

GAZUZA. — Con nosotros.

VIEJO. — ¡Mia qué salero! Sin toro los doy también yo.

GAZUZA. — Y con toro igual. ¡Hoy m'ha jurao a mí y a éste que s'echa a la plaza. ¿Verdá, tú?

MALETILLA. — Más verdá no cabe.

GAZUZA. — Y en cuanto dé el natural... así..., se lo comen. ¡Le digo a usté que se lo comen!

VIEJO — ¡Qué fantasioso eres, niño!...

*(Clarín dentro.)*

HOMBRE. — ¡¡Osú!!

GAZUZA. — ¡Otro aviso! ¡L'han dao otro aviso a Manué Carmona!

VIEJO. — *(Riendo.)* ¡Ar Papa!... Er otro no los ha oío nunca.

GAZUZA. — Sería sordo.

VIEJO. — Muy hombre era... ¡¡Que lo sepas, eh!!

TRAGUETE. — *(Saliendo.)* ¡Ay! ¡Qué corría mas preciosa! Cinco toros, cinco broncas. Cinco toros, veinte y cinco pinchazos gorviendo la jeta. Cinco toros, y cinco mil cincocientas espantás. ¡Ay! ¡Qué preciosidá de corría!

VENDEDOR. — ¡Para qué pedirá el público esos toracos, hombre!

PORTERO. — Pa ver a los toreros de cabeza.

GAZUZA. — Y pa verles la sangre. Cuando yo sea mataor va a torear miuras el arcarde.

TRAGUETE. — *(Agarrándole.)* ¡Al señor arcarde no le fartas tú, macaco, por qu'es fartarme a mí!

GAZUZA. — Dispense usted, que no hubo intención, señor Traguete.

TRAGUETE. — Ni a mí me llames Traguete, que yo me llamo García, ¿sabes?

GAZUZA. — Bueno. Dispense usted, señor García.

CUARTILLERO. — *(Saliendo.)* ¡Ya lo mató!... ¡Ya lo mató! ¡Po así!... *(Apoyando los dedos en la garganta.)*

PORTERO. — Trae las cuartillas, tú, a ver cómo lo pone don Criterio.

CUARTILLERO. — ¡Como nuevo!...

PORTERO. — *(Leyendo.)* «Tila pa el señor Carmona!... ¡Más tila y azahar!...» ¡Huy!...

Biblioteca Nacional de España

TRAGUETE. — ¡Ni eso merecen!... ¡Es un asco hoy la torería!... *(Y se entra despreciativo.)*

CUARTILLERO. — Traiga usted, que corren mucha prisa, y hay que echar el número a la calle en seguidita. Al público le gusta mucho que peguen una miaja... Y cuando hay corná... ¡cuando hay corná se vende todo, y más que nos dieran!... Al público le gustan las cornás... *(Escapa.)*

GAZUZA. — Es una lástima que los toreros no complazcan más al público en ese gusto!...

LUQUE. — *(Saliendo.)* ¡Yo me voy ahora mismo!... ¡Que Rafael Luque no está en la plaza con esos aficionaitos de a ochavo! ¡Tratar así a Carmona!... ¡No hay derecho!...

VIEJO. — Es que su torero de usted dicen que ha estao fatá.

LUQUE. — ¡Para, para!... El mejor aficionado yo; el mejor torero, el mío.

HOMBRE. — Será pa otro día.

LUQUE. — Pero ¿qué van a hacer con estos animalitos, que saben latín y tienen unas patas como rayos?

VIEJO. — ¡Arrimarse, y no pasa na!...

LUQUE. — ¡Usted no sabe de eso!... ¡Y que le conste, eh, Manuel Carmona es el amo!... ¡Y tú, Gazuza, arza a buscar mi coche!

GAZUZA. — ¿Cuál e?...

LUQUE. — El mejor que veas.

*(Clarines, dentro.)*

GAZUZA. — El sexto. El Chorreao.

LUQUE. — ¡Vas tú a ver al Romerita con ése!.. ¡Vivo se le quea!

HOMBRE. — ¡Pue ser!

GAZUZA. — ¡Déjeme usté colá ahora!

PORTERO. — ¡Anda de ahí, permazo!

GAZUZA. — ¡Qué no lo vi a ve!

PORTERO. — ¡Claro que no!

GAZUZA. — ¡Por su salú de usté!...

*(Dentro, voces:* «¡Cogerle! ¡Cogerle!»)

LUQUE. — ¿Cogerle dicen?

PORTERO. — Sí, señor...

GAZUZA. *(Brincando.)* ¡Que s'ha echao!... ¡Que s'ha echao! *(Empujando al portero.)* ¡Déjeme usté pasá!...

LUQUE. — *(Cogiéndole.)* Pero, ¿quién se ha echao?

GAZUZA. — ¡Currito!

LUQUE. — ¿Con el Chorreao?

GAZUZA. — ¡Con el Chorreao! ¡Con ése, me lo juró!...

MALETILLA. — ¡Y a mí!

VENDEDOR. — ¡Quiá!

LUQUE. — ¡Estaría loco!

*(Dentro:* «¡¡Ooo...lé!!»)

Biblioteca Nacional de España

GAZUZA. — ¡El natural! ¡Lo estoy viendo! Ha dao el natural... así... ¡Ya tengo cuadrilla!

*(Dentro:* «¡¡Ooo...lé...!!»)

GAZUZA. — ¡El de pecho! ¡Ha dao el de pecho!... ¡Viva tu cuerpo, Curro!

*(Dentro:* «¡¡Ooo...lé!!»)

GAZUZA. — ¡El reondo! ¡Ha dao el reondo!...

*(Dentro:* «¡¡Ooo...lé...!!»)

GAZUZA. — ¡Ése ha sío el molinete!... ¡Júy, mi torero!... ¡Tú, Giralda, baja a verlo, preciosa!

LUQUE. — Pero, ¿quién e ese niño?

TRAGUETE. — *(Saliendo.)* ¡Un tirrimoto!... ¡Ha sío un tirrimoto!...

TODOS. — ¿Qué? ¿Qué?

TRAGUETE. — ¡Un chavea que s'ha echao a la plaza y les ha dao un baño a toos los toreros!

GAZUZA. — ¡Júy, el mío! Cuente usté qué ha pasao.

TRAGUETE. — Vereis ustedes: s'ha tirao igual que un rayo. Los toreros hacían como que corrían; pero sin arrimarse, por si acaso. Los guardias, desde la barrera, le decíamos: «¡Salte, salte de ahí, niño!», y movíamos los brazos, pero sin movernos de la barrera, por si acaso también. Y el niño, alante pa el toro. Y el toro que lo ve, y se le encampana. «¡Lo mata, lo mata!» Y viéndole ya muerto, se quea la plaza sin respiro... De pronto, s'arranca el Chorreao..., y el niño aun se va derecho cara al toro... Y la plaza entera dijo: «¡Ay!» ¡Sí, ¡ay!, ¡sí!... ¡Clava los pies juntos en el suelo, endereza la figurilla, que se le hizo de pronto una arrogantísima figura, y con la mano de mandar se hace el amo del toro, el amo de la plaza, y mañana, el amo de Seviya y de todo el dinero que ruede por el mundo!

GAZUZA. — Pero, ¿qué hizo?

TRAGUETE. — ¿Qué hizo? ¡Casi na! *(Imitando con el espadín.)* ¡Primero, el naturá!

GAZUZA. — ¡Júy!

TRAGUETE. — ¡En seguía, el reondo!

GAZUZA. — ¡Júy!

TRAGUETE. — ¡Y aluego, el molinete!

GAZUZA. — ¡Júy, mi torero!

TRAGUETE. — Y ahora, escucha, que viene lo mejó. Carmona, el señor Manué Carmona, s'ha quitao la montera delante suyo y ha querío darle allí mismo la alternativa.

GAZUZA. — ¡El domingo que viene será!

MALETILLA. — ¡Eso carculo yo también!

VIEJO. — ¿Y de ónde sale ese chaval?

Biblioteca Nacional de España

PORTERO. — ¿De dónde ha de ser? ¡De Triana!
VENDEDOR. — ¿De Triana ese torerazo? ¡Quite usted, hombre!
VIEJO. — ¡Ese es de l'Alamea, como los Gallos, Carita Ancha, Antoñito Fuentes y aqué torero tan grande... *(Se descubre.)*
HOMBRE. — ¿De l'Alamea? ¡Gaanas! Ese es del barrio de la Carne.
LUQUE. — ¡De Triana!
VENDEDOR. — ¡De l'Alamea!
HOMBRE. — ¡De la Carne!
VENDEDOR. — ¿Me lo vas a decir a mí?
HOMBRE. — ¡A ti y a tu padre, si anda cerca!
GAZUZA. — ¡Que sale Currito y lo sacan por la puerta grande! ¡Júy, los toreros! ¡Viva el fenómeno!

*(Sale* CURRITO *rodeado y sobado por unos cuantos capitalistas.)*

CUARTILLERO. — ¡Viva el chavaliyo!
PORTERO. — ¡Vivan los hombres con reaños!
CURRITO. — ¡Déjame, déjame!...
CUARTILLERO. — ¡Noragüena, tú!...
CURRITO. — Muchas gracias.
GAZUZA. — Tu banderiyero, ¿eh? ¡De eso ni que hablar!
CURRITO. — Bueno, hombre.
HOMBRE. — *(Abrazándole.)* ¡Viva el chavaliyo!
TODOS. — ¡¡Viva!!
GAZUZA. — Y de condiciones, las que tú quieras, que entre nosotros no hay interés, sino amistá...
CURRITO. — Bueno, hombre.
COPITA. — *(Saliendo atropellado.)* ¡Dejármelo a mí, dejármelo! *(Lo estruja.)* ¡Torerazo! ¡Torerazo!
CURRITO. — *(Siempre modesto.)* Se m'ha dao bien, ¿verdad, señor Joaquín?
COPITA. — ¡Superió, chiquillo! ¡Colosalísimo! ¿Ha visto usté, don Rafael?
LUQUE. — ¿No lo había de ver? ¡Fenomenal, Copita, fenomenal!
COPITA. — ¡Qué torerazo ha salío hoy! ¡S'acabaron las fatigas, Curro!
CURRITO. — ¡Ya era hora!...
LUQUE. — ¡Y viva Triana! ¡Porque tú eres de Triana!...
CURRITO. — No, señó.
VIEJO. — ¡De l'Alamea!
CURRITO. — No, señó.
HOMBRE. — ¡¡De la Carne!!
CURRITO. — ¡Eso!
HOMBRE. — ¿Li veis ustedes?
CURRITO. — Pero no del barrio de la Carne, sino de la carne dejada y abandonada...
VIEJO. — ¿Eh?
COPITA. — *(A media voz.)* ¡De la Inclusa!
VIEJO. — ¡¡Ah!!...
CURRITO. — Sí, señó; de ahí...

Biblioteca Nacional de España

COPITA. — Deja eso a un lao, que hoy salió too como las propias rosas. ¿Y el brindi? ¿Le oyó usté el brindi, cuando estaba tan tranquilísimo delante aquél torazo?
LUQUE. — ¿No lo había de oír? ¡Mejor que nadie!
COPITA. — ¡Y que no resonó en aquél silencio! «¡Vaya por el señó Manué Carmona, que es er mejó torero der mundo y de Seviya!»
LUQUE. — ¡Eso estuvo superior!
CURRITO. — La verdá na más. El señó Manué, el amo.
COPITA. — Y Carmona diciéndole: «Vete aluego por casa, que t'he de agradecer el brindi...»
GAZUZA. — ¡Superió también!
LUQUE. — Y que todo te lo ganaste, que los pitones del Chorreao te pasaron cerca...
CURRITO. — Un poco cerca, sí, señó.
LUQUE. — Esa blusa destrozada me la quedo yo. Pide por ella.
COPITA. — No pue ser. La pidieron ya para el museo.
GAZUZA. — No importa. Al museo se la compra éste.
COPITA. — ¡Bien dicho! Y vamos a llegarnos al nueve, que le secaremos toos los barriles de manzanilla a Antoñito Reyes.
LUQUE. — Por mi cuenta todo, y ya sabeis que las convidadas mías son las mejores.
COPITA. — ¡Ni que decir!... ¡Pero no estés hoy tristón, esaborío!
CURRITO. — ¡M'acuerdo de la madre... de la Madre del Amor Hermoso, que es como mi madre!...
COPITA. — ¡Pa too hay lugar! ¡Andando ahora!
GAZUZA. — ¿Andando? ¡Nosotros! ¡El mataor va en arto! ¡Arza con él!
CURRITO. — ¡No, no!...
GAZUZA. — ¡Arza, gandules!

*(Lo sacan en hombros.)*

CUARTILLERO. — ¡Viva el chavaliyo!
MALETILLA. — ¡Viva el fenómeno!
TODOS. — ¡Viva! ¡Viva!
TRAGUETE. — ¡M'alegro la mar de esto! ¡En España hacía farta un hombre.
VIEJO. — ¡Pues ya lo tienes!
TRAGUETE. — ¡Viva er torerazo!
TODOS. — ¡Viva! ¡Viva!

*(Dentro, el clarín da un aviso.)*

VIEJO. — ¡Unos suben y otros bajan! ¡La vida es eso!... ¡Vivan los que suben!
TODOS. — ¡¡Viva!!

*(Y entre vivas y voces, telón.)*

FIN DEL CUADRO PRIMERO

Biblioteca Nacional de España

## CUADRO SEGUNDO: LA MUÑEQUIYA

El patio de la casa de Manuel Carmona. Muebles de junco. Oleografías taurinas y algún cuadro religioso. Un altarcito con luces encendidas. Es al caer de la tarde.

### ESCENA PRIMERA

TERESA, JUANA *y* ROSA, *arrodilladas.* Rocío, *sentada. Luego* ALMANZOR, *de hábitos*

*(Una pausa.)*

TERESA. — Tarda hoy mucho Manué, hija...
Rocío. — Era una corría mu dura...
TERESA. — ¡Ojalá y no sea más que por eso!
Rocío. — ¿Por qué ha de ser?
TERESA. — ¡Ojalá! Reza, hija, reza. ¡O mejó todavía, dile a los santos una de esas cosas tuyas!...
Rocío. — Como quieras tú.
TERESA. — Pues háblales.
Rocío. — Bueno. *(Se levanta.)*

Tú que lo puedes todo
Cristo del Gran Poder,
tiende tu santa mano
hacia el señor Manuel.
De la tremenda lucha
hazlo salir con bien,
y ensalzaré tu gloria,
Cristo del Gran Poder.

TERESA — Y ensalzaré tu gloria
siempre jamás, amén...

ROSA Y JUANA. — Amén...

*(Entra* DON ALMANZOR, *saluda con una sonrisa a* Rocío *y se arrodilla al lado de las otras.)*

Rocío. — *(Después de una pausa.)*

Virgencita del Rocío,
de Ti viene el nombre mío
y todas mis ilusiones
las he puesto siempre en Ti.
Y ahora que sufro y ansío,
en tu protección confío
para que Tú no abandones
a quien peligra por mí.

Biblioteca Nacional de España

Y si oís el ruego mío
yo vuestra esclava he de ser.
Virgencita del Rocío
y Señor del Gran Poder.

TERESA. — Amén...

ROCÍO. — *(Arrodillándose.)* Amén.

*(Una pausa breve.)*

## ESCENA II

DICHOS *y* COPITA

COPITA. — *(Entrando rápido.)* ¡Sin noveá!

*(Todos se levantan y* ROSA *apaga las luces.)*

TERESA. — ¡Gracias a Dios! ¡Creí que no acababa nunca la corría!
COPITA. — ¡Era mucho toro ca toro!...
ROCÍO. — ¿Y cómo es que no viene papá?
COPITA. — Ahorita mismo va a veni; pero yo adelanté con la buena noticia.
TERESA. — Muchas gracias. ¿Y usted quien es amigo?
COPITA. — Yo, Copita, para servir a usted. El peón de confianza de Currito de la Cruz.
ROCÍO. — Y Currito, ¿quién e?
COPITA. — ¡Osú! ¿Quién e Currito? Pue... na más que un fenómeno. El as de la torería. Después del señó Manué, ¡el as!, y los otros toreros, toos juntos, sotas... ¡y me corro!
ROCÍO. — Yo no lo oí de nombrar nunca.
COPITA. — Pues abra usted los oídos, que el trueno ha empezao hoy.
ROCÍO. — Mejó pa él.
ALMANZOR. — ¡Vamos, ya estaréis tranquilas!
TERESA. — ¡Gracias a Dios! ¿Le traemos su chocolatito, don Almanzor?
ALMANZOR. — Traigalo, sí, señora; que de sus manos sabe más sabroso.
TERESA. — Pues anda, Rocío.

*(Mutis las dos izquierda.)*

## ESCENA III

ALMANZOR, *sentado aparte.* ROSA, JUANA *y* COPITA, *de pie.*

ROSA. — ¿Y la corría.... qué ha sío?
COPITA. — Pues la corría, como he dicho, sin noveá. S'han jugao seis bichos muy grandes... como catedrales poco más o menos. Muy finos, con mucho poder y con muchas patas, se hicieron los amos del rue-

Biblioteca Nacional de España

do en seguidita. En cada metido, un caballo a tierra, y en cada viaje, un torero de cabeza al callejón.

ROSA. — ¡Lo que habrán sudado los pobrecitos!

COPITA. — ¿Sudar? Como esponjas. El «Ostión», que era gordo al hacer el paseo, estaba ya flaco en el quinto toro, y el «Llaverito», que era flaco, al final se transparentaba. Se ponía delante de cualquiera, y no le mandaban quitar porque se veía lo mismo...

ROSA. — ¿No sagera usted ni una miaja?

COPITA. — Ni media. ¿Y correr? ¡Lo que han corrío, Madre de Dios! Si hubieran tenido que pagarles como a los automóviles, a peseta por kilómetro, sale hoy cada torero por cuarenta mil pesetas de sueldo.

ALMANZOR. — Y a retirarse después.

COPITA. — Sí, señor. Yo les echao la cuenta: tres corrías así, ¡y a casa, millonarios! Pasaron tantos sustos, que se iban ciegos contra la barrera, y hasta hubo quien le dijo a un burladero: «¡¡Quítate, quítate!!»

ALMANZOR. — Ya sé lo que es eso, ya.

COPITA. — Por lo demás, sin noveá. Bueno... Broncas, unas seiscientas... Botellas y almohadillas al redondel, unas seiscientas mil...

JUANA. — ¡Jesú!

ROSA. — ¡Vaya una tarde!

COPITA. — Al puntillero del Romerita se lo han llevao a la cárcel porque le dió el alivio al mataor con un puntillazo al toro...

ROSA. — ¡Bueno va!

COPITA. — Un banderillero queda en la enfermería, pisoteao y magullao por el segundo miura.

JUANA. — ¡Jesú!

COPITA. — Y cuando yo salí, aun había dos picadores sin sentío, de las costaladas.

JUANA. — ¡Jesú!

ROSA. — ¡Jesú y la Virgen!

COPITA. — Por lo demás, sin noveá.

ALMANZOR. — ¡Hombre, sin novedad es mucho decir!

COPITA. — No, señó, es lo firme. Que no habiendo corná, más que haiga lo que haiga, el torero dice siempre muy a gusto: «¡Sin noveá!»

ALMANZOR. — Tienes razón.

ROSA. — Y el mataor de aquí, ¿cómo ha quedao?

COPITA. — ¿De salú? Superió.

ROSA. — ¡Atoreando, hombre!

COPITA. — Pues atoreando ha queao..., ha queao..., ¿me llama usted, don Almanzor? *(Yendo a él.)*

ALMANZOR. — Sí...; para que no tengas que explicarlo.

COPITA. — Pues muchísimas gracias, porque el cuento se las traía. Fuera de aquí dice uno que ha queao como un maleta, y sansacabó en un minuto. Pero aquí, pa decir algo hace falta hablar dos horas... y mentir las dos.

ALMANZOR. — También tienes razón.

Biblioteca Nacional de España

## ESCENA IV

DICHOS, TERESA *y* ROCÍO.

ROCÍO. — Ya está el chocolatito de su eminencia el señó canónigo, con su picatoste tielno y su racimito de uvas de cuelga. ¡Mirusté que tomá er chocolate con uvas!
ALMANZOR. — ¡Y mire usté que una señorita diciendo picatoste tielno!
ROCÍO. — Digo tielno, pero en cambio digo barcon..., y estamos en pa.
ALMANZOR. — En paz.
ROCÍO. — Bueno. En «pazzz»... ¡Jesú y qué recargantísimo viene hoy el «señorrr cardenalll»!...
ALMANZOR. — Eres muy mala, muñequilla.
ROCÍO. — Eso de la maldá lo arriegla usted cor un garabato en el aire, echándome la solución, ¡y pagristi!
ALMANZOR. — ¡Atiza! ¡Pagristi!
ROCÍO. — ¿Pero usted se ha creío que la hija de un torero ha de saber ayudar a misa?
TERESA. — ¡Que siempre habéis de estar ustedes como perro y gato! No le haga caso, y a merendar.
ROCÍO. — Hoy no merienda. ¡Se la quito!
TERESA. — ¡Rocío!
ROCÍO. — ¡Vaya, que sí...! *(Deteniéndose, escucha y corre hacia foro.)* ¡Ahí está mi pare de mi alma!

*(Mutis* ROCÍO, TERESA, ROSA *y* JUANA.)

ALMANZOR. — ¿Mi pare?... ¿No sería mejor decir padre, en buen castellano?
COPITA. — Es verdad que sí, señó. Que una mujer de nuestra clase diga pare... bien está; pero pare una señorita... no está bien eso.
ALMANZOR. — Claro que no.

## ESCENA V

DICHOS, TERESA, ROCÍO, CARMONA *y* EL MOZO DE ESTOQUES, *que atraviesa con la cabeza baja y como abroncado él también.*

ROCÍO. — *(Abrazada a Carmona.)* No tengas mal humor...
CARMONA. — *(De traje de luces, tirando la montera y el capote sobre una silla.)* Es que tú no sabes lo qu'ha sío aquello.
COPITA. — Los toros dan y quitan, señó Manué.
CARMONA. — ¿Y a usted quién le da aquí vela?
COPITA. — Vengo de parte de Curro..., el que s'ha echao hoy... para traerle aquí cuando usté dé licencia.
CARMONA. — Cuando quiera.
COPITA. — Pues voy por él. *(Mutis rápido.)*

Biblioteca Nacional de España

## ESCENA VI

DICHOS, *menos* COPITA.

TERESA. — ¿No hubo suerte, Manué?...

CARMONA. — Yo no digo que me tengan que tocá siempre las parmas, pero cuando uno sale a complacer y quea uno más veces bien que mal..., ¡que l'abronquen a uno porque un roío toro puea más que uno..., eso no es ley!

ROCÍO. — Ya sabes lo que son los públicos.

CARMONA. — Cambiaizos y vilubles.

ALMANZOR. — Vo... volubles.

CARMONA. — No me zurzas hoy las palabrejas, cura, porque vengo de perros y te voy a fartar a la sotana y a la coronilla. Y aluego lo sentiría de verdá.

TERESA. — No rabies, Manué.

CARMONA. — ¿Y qué quieren esos sinvergüenzas? ¿Verme colgao de un pitón? Pues eso no va a ser, que no es de buen torero; y yo salgo a matar el toro, no a que el toro me cale.

ALMANZOR. — Otros días te aplauden con locura.

CARMONA. — Otros días, pero hoy, no. Y lo que me da más coraje es que mientras a mí— a Manué Carmona—me tratan de ese modo, en cambio se lo pasan too a esa visión de Romerita que sale pa hacer el pelele todas las tardes.

TERESA. — Pero tiene muy buena figura y un partío loco con las mujeres.

CARMONA. — ¿Ése? Ése, en la plaza no es más que una bailarina, y como persona es un charrán y una mala persona. ¡Si a Rocío la pretendiera un granuja así, primero la mataba!

TERESA. — Ni le conoce.

CARMONA. — Mejó.

## ESCENA VII

DICHOS, CURRITO, COPITA *y* GAZUZA.

COPITA. — Aquí está el chavaliyo.

GAZUZA. — ¡El torerazo!

CARMONA. — Bien venío. Pasá.

COPITA. — Saúa, tú.

CURRITO. — Buenas tardes, usté y la compañía.

ROCÍO. — *(Aparte, a* TERESA.*)* ¿Este e Currito? ¿Y éste va a ser un mataor de tronío? ¡Pero si es un sinificante!

TERESA. — Poquiya cosa e...

ROCÍO. — Na.

CURRITO. — *(Aparte, a* COPITA.*)* ¡Mírala, mírala! ¡Es preciosa!

COPITA. — Lo e.

CURRITO. — ¡Mismo preciosa!

Biblioteca Nacional de España

COPITA. — Ya tengo ojos, hombre, y ya la veo
CURRITO. — ¡Y por esta mujé quiero yo ser persona!
CARMONA. — *(Que fué a buscar a* ALMANZOR.*)* Fíjate bien en este chavea, Almanzor. ¿Lo ves encogío y desgarbaote? Pues delante del toro se crece y es una línea de hombre cabal y bien plantao.
CURRITO. — Favó, señó Manué.
COPITA. — *(Aparte, a* CURRO.*)* ¡Cállate! Cuando t'alaben, cállate, para que sigan.
CARMONA. — Y esta tarde ha hecho dos cosas mu finas. Una, de torero cuajao y mu cuajao.
GAZUZA. — ¿Verdad?
CARMONA. — Verdá. Lo digo yo.
COPITA. — ¡Te lo dice er Papa. *(Abrazándole.)* ¡Huy, qué torero vas a ser!
GAZUZA. — *(Abrazándole.)* ¡Torerazo!
ALMANZOR. — ¿Ha hecho cosas?
CARMONA. — Lo que oyes. A un toro de respeto lo atoreó de salida como los propios ángeles.
ALMANZOR. — *(Consternado.)* ¡Manuel..., que los ángeles no torean!
CARMONA. — ¿Estás seguro?
ALMANZOR. — ¡No lo he de estar!
CARMONA. — Bueno; entonces... atoreó como el mejó. Eso de torero; y de hombre, ha hecho una cosa de muy hombre de riñones y de corazón. Cuando toa la plaza me chillaba, cuando too eran insultos y toos estaban contra mí, ha tenío arranque el chavea este para decir a gritos: «¡Vaya por er señó Manué, que es er torero más grande del mundo!»
COPITA. — Y de Seviya. También ha dicho Seviya.
CARMONA. — También. *(Dándole la mano, solemne.)* Y eso Manué Carmona te lo agradece.
COPITA. — ¡Como que este niño es muy hombre!
GAZUZA. — ¿Muy hombre na más? *(Abrazándole.)* ¡Huy, qué hombrazo!
ROCÍO. — *(Aparte a* TERESA.*)* ¿Este hizo eso? ¡Quién lo diría, madre!
TERESA. — Las fachás engañan, hija...
ALMANZOR. — Celebro las dos cosas, Currito. Torear bien será tu fortuna, y empezar no despreciando a los de arriba te honra a ti aun más que a ellos. Dame esa mano, Curro.
COPITA. — ¡Anda suerte! Después del Papa te felicita el canónigo. Eres el amo de los curas, chaval.
ALMANZOR. — Y también celebro que salga uno de Sevilla a ponerle los machos en su punto a ese niño bonito y a ese mal hombre de Romerita. Porque tú eres de Sevilla, ¿verdad?
CURRITO. — De ninguna parte soy... Ni familia, ni nombre, ni casa, ni pueblo siquiera. El que nace en el Alcázar es sevillano, ¿verdá usté?
ALMANZOR. — ¿Quién lo duda?
CURRITO. — Yo. Lo dudo yo. El que nace en el Hospicio de Seviya no es de Seviya, ¡no! ¡¡Es del Hospicio!!
ROCÍO. — ¡Ay, pobrecito!...

Biblioteca Nacional de España

TERESA. — ¡Ay, qué dolor!...
ALMANZOR. — ¡Válgame Dios!...
CARMONA. — A orviar eso, Curro... y a toreá. Si vestío de torero no te afliges, camino tienes pa andar. El domingo hay una novillá... ¿quieres?
CURRITO. — ¡Que si quiero!
COPITA. — ¿Cuántos toros?
CARMONA. — Seis.
COPITA. — Se come los seis.
CARMONA. — El matará dos.
COPITA. — ¿Na más? Aceituniyas le van a parecer.
CURRITO. — S'hará lo que se puea para quedar bien.
GAZUZA. — ¿Lo que pueas? *(Abrazándole.)* ¡Torerazo!
CARMONA. — Decirle al empresario ahora mismo que se vea conmigo.
GAZUZA. — Como rayos. Arrea, Copita. ¿Tienes el coche abajo?
COPITA. — No. La única vez que lo tuve fué encima... y me costó dos meses de cama el atropello. Pero hay piernas.
GAZUZA. — Pues a moverlas. De aquí aluego... ¡Torerazo! *(Abrazándole.)*

*(Mutis* COPITA *y* GAZUZA.)

## ESCENA VIII

DICHOS, *menos* COPITA *y* GAZUZA

CARMONA. — Contigo aun me quea una palabra, que he de correspondé al brindi.
CURRITO. — No lo hice pa eso.
CARMONA. — Pero quiero yo. Teresa..., escógele un capote de paseo.
ROCÍO. — *(Rápida a* TERESA, *aparte.)* ¡Y un vestío!
TERESA. — *(Sonríe a* ROCÍO, *y se acerca a* CARMONA, *aparte.)* ¿Y vestido? ¿No le vas a dar un vestido, Manueliyo?
CARMONA. — Eso ya es mucho.
TERESA. — Anda, Manué...
CARMONA. — No, no...
TERESA. — *(A* ROCÍO.) ¡Que no!...
ROCÍO. — ¿Que no? *(Yendo rápida.)* Pero oiga usted, señor Carmona..., ¿va a salir con un capote muy majo y en camiseta de raya? ¿Va a salir así, hombre, hecho un mamarracho?
CARMONA. — ¡¡Muñequiya!!
ROCÍO. — Pues pa que Gazuza le dijera: ¡¡mamarrachazo!! ¡Eso no pue ser!
CARMONA. — No abuséis...
TERESA. — ¡Que le hace falta y a ti te sobra! ¡Anda, Manué!...
CARMONA. — Andá vosotras y escogedlo...; ¡pero cuidado con lo que traéis!
ROCÍO. — *(Indignada.)* Un guiñapo, ¿verdá? ¿Un guiñapo le va a traé, para que digan que el señó Carmona es un roñoso? *(Empujándole.)* ¡Quita de ahí, señó Carmona!



Biblioteca Nacional de España

CARMONA. — *(Riéndose.)* Bueno... pues hacéis ustedes lo que os dé la gana, que de toas maneras eso había de ser.
ROCÍO. — *(Abrazándole y besándole.)* ¡Huy, qué pare más guapo y más bueno!
TERESA. — Vamos, Rocío.
ROCÍO. — Vamos, sí.

*(Mutis* ROCÍO *y* TERESA.)

## ESCENA IX

CURRITO, CARMONA *y* ALMANZOR

ALMANZOR. — ¡Vale un mundo esa chiquilla!
CURRITO. — ¿Uno sólo?
ALMANZOR. — Pon más si quieres, pero me parece que ya no la despreciaba.
CARMONA. — Es una personita de una vez. Y ésa, de mi casa, no se la lleva más que un rey... o un torero muy grande.
CURRITO. — *(Aparte, a* ALMANZOR.) ¡Yo quisiera ser un torero muy grande, don Almanzor!
ALMANZOR. — Pues en tu corazón está el ganarlo. Y tú, Manuel, a cambiar de ropa antes de que se llene la casa de gente.
CARMONA. — ¿Hoy? ¿Un día de malas? Los cuatro amigos leales, que los demás ni por la calle s'acercan. No hay prisa, cura, no hay prisa... Y ascucha tú, chavea. En la carretera real te voy a poné... y tú verás dónde te queas.
CURRITO. — A muy lejos quiero ir...
CARMONA. — Pues en er morriyo der toro está el mundo entero.
CURRITO. — A cogerlo voy.
CARMONA. — Entra por derecho... y too es tuyo. Dinero, parmas, amigos, mujeres... too es tuyo.
CURRITO. — Lo será.
CARMONA. — Pues a ello... y cuenta conmigo.
ALMANZOR. — *(Que ha recogido el capote y la montera.)* Si es lo que vosotros referís, échalo a pelear con Romerita.
CARMONA. — Pudiera ser...
ALMANZOR. — Uno contra otro... y tú fuera de cacho, indiscutible. Ellos la novedad y las locuras: tú, lo serio y lo clásico...
CARMONA. — Pudiera ser... *(A* CURRO.) Aguarda por tus recaos... *(A* ALMANZOR.) No es mala tu idea, Almansó...

*(Mutis* CARMONA *y* ALMANZOR.)

## ESCENA X

CURRITO; *después,* ROCÍO

CURRITO. — ¡Qué preciosa es!... Y de casa no se la lleva más que un rey... *(Irguiéndose cuanto puede.)* o un torero mu grande... *(A me-*

Biblioteca Nacional de España

*dia voz e imitando la suerte de matar, pero caso sin moverse.)* ¡Júy, toro! *(Hablando consigo mismo.)* Curro, si te matan, na... Si no te matan, hay que ser un torero muy grande, Curro, muy grande...

ROCÍO. — *(Entrando.)* Ahí tienes lo que mis padres te regalan.

CURRITO. — Dios les pague... que yo no tengo con qué pagar.

ROCÍO. — Y he añadido los cabos, para que lleves también recuerdo de mí.

CURRITO. — Pa que m'acuerde yo de usté no hay que dar na, señita Rocío.

ROCÍO. — ¿Quieres algo más?

CURRITO. — Quiero.

ROCÍO. — ¿Eres ambicioso?

CURRITO. — Soy.

ROCÍO. — Pide; a ver.

CURRITO. — Estoy loco de alegría; sé que voy colmado de favores como no pude nunca ni soñarlo, pero aun quiero más.

ROCÍO. — ¿Más?

CURRITO. — ¡Mucho más!

ROCÍO. — ¿Otro vestío por si acaso éste se rompiera en alguna mala faena?

CURRITO. — No es vestío, no. ¡Es más!

ROCÍO. — ¿Quieres que mi padre te adelante algunos dineros mientras vienen tiempos mejores?

CURRITO. — No es dinero, no. ¡Es más!

ROCÍO. — ¿Más?

CURRITO. — ¡Mucho más;

ROCÍO. — Pues arráncate de una vez, niño.

CURRITO. — Quisiera esa flor que se ha prendío ella en usted...

ROCÍO. — Eso, eso no es nada para pedirlo con tantos afanes...

CURRITO. — Si las cosas valen mucho o valen poco lo sabe más bien el que las pide que el que las da.

ROCÍO. — No sé por qué.

CURRITO. — Porque son mu distintas las cosas para cada mirar. Cuando usted sale de paseo, la gente dice: «Ahí va la muñequiya del señó Manué...» Y yo me digo siempre: «Ahí pasa la mismísima Virgen del Rocío.»

ROCÍO. — *(Riendo.)* ¡Qué disparate!

CURRITO. — Cuando usted va con sus amiguitas por la calle se ve de seguía que no están ustedes hechas del mismo modo, que son ustedes de sitios muy diferentes..., y sabiendo de fijo que las otras son de aquí abajo, de la tierra, se comprende muy bien que usté es de arriba.

ROCÍO. — No xageres, Curro.

CURRITO. — Es Dios quien ha xagerao con usté.

ROCÍO. — Pa que te calles, ¡toma la flor, hombre!

CURRITO. — ¡Muchísimas gracias!

ROCÍO. — Anda en pa..., y buena suerte.

Biblioteca Nacional de España

CURRITO. — De usté vendrá... *(Aparte.)* ¡¡Qué preciosa es... qué preciosa!!
ROCÍO. — *(Aparte.)* ¡Lástima que sea tan poquiya cosa y tan sinificante!
CURRITO. — Buenas tardes...
ROCÍO. — Buenas tardes... ¡Curro... Curriyo!
CURRITO. — ¿Qué manda usté?
ROCÍO. — ¿Te dejas los recaos?
CURRITO. — ¡Ay, perdone! *(Por la flor.)* ¡Como me llevaba tanto, creí que me lo llevaba too!
ROCÍO. — No xageres, niño...
CURRITO. — *(Recogiendo las ropas.)* Disimule, señita Rocío... y hasta más ver.
ROCÍO. — Hasta más ver, Curro.
CURRITO. — *(Aparte.)* ¡Qué preciosa es, Dios, qué preciosa! ¡¡Júy, toro!!
ROCÍO. — *(Aparte.)* Bueno parece, pero tan sinificante, Dios, tan sinificante...
CURRITO. — ¡Salú! *(Mutis despacio, como si le doliera arrancar de allí.)*
ROCÍO. — ¡Salú!

## ESCENA XI

ROMERITA. — *(Por la reja.)* Rocío...
ROCÍO. — ¡Romerita!

**Fin del acto primero**

Biblioteca Nacional de España

## ACTO SEGUNDO

El cortijo de Torrebella; en su aspecto exterior, con una puerta practicable. Es de día, a fines de abril.

### ESCENA PRIMERA

CHOPERA y MARÍA JESÚS

CHOPERA. — *(Llamando.)* ¡María Jesú!... ¡María Jesú!...
MARÍA JESÚS. — *(Saliendo.)* ¿Qué quieres, Chopera?
CHOPERA. — ¿Está dentro mi niño?
MARÍA JESÚS. — No está dentro tu niño.
CHOPERA. — Es que andan ya en toreá las becerras y m'ha prometío de que tirará él también su capotiyo.
MARÍA JESÚS. — ¿Cayetano?... ¡Como no tire piedras!
CHOPERA. — Anoche l'he convencío yo.
MARÍA JESÚS. — Con verlo basta.
CHOPERA. — Y ahora que atorean en el corraliyo el Romerita y el Currito de la Cru, es er momento de codearse con ellos, de que le vean hechuras y de que se lo lleven pa la cuadriya de uno de ellos.
MARÍA JESÚS. — ¡Pero si Cayetano no le tiene afición a los cuernos!
CHOPERA. — Pa eso estoy yo, pa que la tenga..., o pa abrirle en canal.
MARÍA JESÚS. — Así pue que s'aficione.
CHOPERA. — Vi a ve si le pesco en argún burlaero. *(Marcha a derecha.)*

### ESCENA II

DICHOS: *el* MARQUÉS y CARMONA, *por derecha.*

MARQUÉS. — ¿Adónde vas con esas prisas?
CHOPERA. — Perdone vuecencia, señó marqué. Voy tras de mi niño pa qu'atoree.
MARQUÉS. — ¿A la fuerza ha de ser torero?
CHOPERA. — Que pruebe, señó, que pruebe, y aluego hablaremo.
MARQUÉS. — Pues anda, y que pruebe.
CHOPERA. — Con su permiso de vuecencia. *(Mutis por derecha.)*
MARÍA JESÚS. — Los güerve locos el ver a los toreros de postín, y en el campo no hay hombre que no sueñe con ser un gran mataor.
MARQUÉS. — Los ven demasiado cerca... y les ciega, les alucina.
MARÍA JESÚS. — Eso e. Alucinaos toos... y toas. Y después, muchos, como si s'hubieran ajogao en el Guadarquiví.
CARMONA. — Dice bien la mocita.
MARQUÉS. — Es la hija del conocedor de mi ganadería.
CARMONA. — ¿De Grabiel?

Biblioteca Nacional de España

MARÍA JESÚS. — Pa servir a usté, sí, señó.
MARQUÉS. — ¿Y tu padre?
MARÍA JESÚS. — Merendando acá.
MARQUÉS. — Pues dile que se acerque cuando concluya.
MARÍA JESÚS. — Sí, señó.
MARQUÉS. — Y no descuidéis el gazpacho para los maletillas.
MARÍA JESÚS. — En ese avío se anda. *(Mutis por la casa.)*
MARQUÉS. — ¡Lástima de chiquilla! Tan guapa, tan buena... y con la vida truncada por una mala acción de ese Romerita del demonio.
CARMONA. — Una más.
MARQUÉS. — Una más. Y por eso precisamente he llamado al padre. Me consta que se las tiene juradas, y no quiero que en mi casa pase algo sonado.
CARMONA. — Hace usted bien... ¡Pero cuidao que es mal'ange el presentarse aquí mismo!
MARQUÉS. — Yo no le puedo decir nada a un torero de su categoría porque venga a mi cortijo.
CARMONA. — Eso, claro. Como torero está aquí igual que yo y que el Curro y que otro cualquiera qu'haya querío venir. Lo que digo es que él, de suyo, no ha debío de veni.
MARQUÉS. — Conformes, Manuel.
CARMONA. — ¡Y que ese hombre, esa visión de hombre, s'atreva a poner los ojos en mi muñequiya! Dos días m'han dicho que rondó la calle... ¡Al tercero, rondé yo, y si lo veo no lo cuenta!
MARQUÉS. — Algo más merece tu Rocío...
CARMONA. — Argo má, sí, señó.

## ESCENA III

DICHOS. *De la casa*, GABRIEL, MARÍA JESÚS, PEPA *y* AMPARILLO. *Estas, con bandejas y jarros, hacen mutis por derecha.*

GABRIEL. — A su disposición, señó marqué y la compañía.
CARMONA. — Que sea norabuena, Grabiel, por el apartao de esas dos corrías.
GABRIEL. — Ha salío, sí, señó.
CARMONA. — Esa faena de hoy no la mejora nadie.
GABRIEL. — Muchas gracias, que usté entiende de eso, y una felicitación de usté hay que estimarla.
MARQUÉS. — Otra cosa. Pudiera ser que entre la gente que ha venido, alguno no sea de buen mirar para alguno.
GABRIEL. — Pudiera ser, sí, señó.
MARQUÉS. — Pero en mi casa no quiero jaleos, y el que tenga algo que pedir, lo pide fuera.
GABRIEL. — Comprendido.
MARQUÉS. — Y tú me haces el favor de advertírselo... a quien te parezca a ti que lo necesite. ¿Favor, Gabriel?
GABRIEL. — Favó...; pero creo que no hará farta decírselo a naide.

Biblioteca Nacional de España

Estando vuecencia los que vienen son sagraos... y por eso, porque saben eso pue que vengan argunos... que no estando vuecencia no s'atreverían a dar la cara de vení.

MARQUÉS. — Puede ser, sí...

GABRIEL. — ¿Argo ma hay que mandá?

MARQUÉS. — No.

GABRIEL. — Pues salú, señó marqué y la compañía. *(Pausa.)* ¿Afuera del cortijo no hay na que decí por na que pase... si es que pasa?

MARQUÉS. — Nada.

GABRIEL. — S'agradece el saberlo. Salú. *(Mutis por la casa.)*

## ESCENA IV

CARMONA *y el* MARQUÉS; *luego, por derecha,* CHOPERA

CARMONA. — Habrá qu'echarle agua a ese vino.

MARQUÉS. — Se echará. El peligro grande era el de ahora.

CHOPERA. — *(Entrando.)* No encuentro a ese condenao niño por ninguna parte. ¡Y me lo vi a comé donde lo vea! ¡Me lo vi a comé!... *(Mutis por izquierda.)*

MARQUÉS. — Bien hecho. Cómetelo.

CARMONA. — *(Riendo.)* Otro vino que hay qu'aguá.

MARQUÉS. — Este se disuelve solo.

## ESCENA V

CARMONA *y el* MARQUÉS; *por derecha,* ROMERITA.

ROMERITA. — Buscándole a usté vengo, señó marqués.

MARQUÉS. — Pues tú dirás, Romerita.

ROMERITA. — Anoche firmó el apoderao las dos corridas de Jerez, y yo he pedío que una sea del marqués de Zahira.

MARQUÉS. — Muchas gracias.

ROMERITA. — Por la mañana fuí a su casa de usté en Sevilla: me dijeron que estaba aquí, y le dije ar chofer: «Pues arrea pa el cortijo». Me encontré amistades aquí... ¡Mejó! Se pasa el día de broma, que eso no estorba pa lo nuestro, y cuando usté disponga escogemos la corrida.

MARQUÉS. — Mañana.

ROMERITA. — Pues mañana.

## ESCENA VI

DICHOS; *por derecha,* MARÍA JESÚS.

(MARÍA JESÚS, *que trae unos jarros vacíos, al ver a* ROMERITA *se estremece y los jarros suenan.*)

MARQUÉS. — ¿Qué es?

MARÍA JESÚS. — Na. Los jarros qu'han chocao..., pero na.

Biblioteca Nacional de España

MARQUÉS. — Mejor.
ROMERITA. — ¡Hola, María Jesú!...
MARÍA JESÚS. — ¡Hola! *(Mutis por la casa.* CARMONA *y el* MARQUÉS *se miran.)*
MARQUÉS. — Querrás una corrida terciada, ¿eh?
ROMERITA. — De amigo, sí, señó. El ganao de respeto pa los principiantes, que han de hacerse el cartel, y pa los locos perdíos, como el Curro ése, qu'hasta en los cerraos quiere que no haiga parmas sino pa él.
CARMONA. — Pues muchas lleva oídas.
ROMERITA. — ¿Ése? Ése no e ma que un noviyero adelantao qu'anda a trompicones con los toros.
CARMONA. — Tú lo dirás; pero Manué Carmona dice que cuando el Curro se abre de capa y cuando pasa de muleta no hay ninguno... ¿te enteras Romerita?, ninguno que mande más ni que temple más.
ROMERITA. — Eso a veces le sale regulá, pero matando no es nadie. Un tranquillero.
MARQUÉS. — Un poquito más, que acercarse no es tranquillo cuando se va despacio y por derecho.
ROMERITA. — Que ustedes le protegen y le ven cosas que no se trae.
CARMONA. — ¿Protegerle? ¡Pues así que lo necesita hoy el chaval! Yo le di la primera corría, es verdá, pero desde ésa s'ha metío en el bolsillo a los públicos y a las empresas, y es el amo del toreo.
ROMERITA. — *(Riendo.)* ¿El amo? ¿Y yo?
CARMONA. — Tú eres un suicida; pero ni al lao de Curro ni al lao mío eres tú torero entoavía.
ROMERITA. — *(Riéndose.)* Bueno...
CARMONA. — Mataor, sí; torero, no. Que lo sepas, Romerita.
MARQUÉS. — Y el hacer bien una cosa, ya es un mérito muy grande.

## ESCENA VII

DICHOS; *por derecha,* CURRITO. COPITA *y* GAZUZA. *Tras ellos, y mirándole embobadas,* PEPA *y* AMPARILLO, *que se quedan alejadas.*

AMPARILLO. — Ese e el Currito de la Cru, ése. ¡Mira qué ropa lleva, mira!
PEPA. — ¡Vaya traje!
MARQUÉS. — ¿Ya no se torea más?
CURRITO. — No, señó.
CARMONA. — Los chavales tienen pa toa la tarde, pero nosotros nos entregamos antes.
CURRITO. — Bien lo han sentío por usté, señó Manué, que ca consejo d'usté les aprende ma que un año de capeas.
CARMONA. — Ya puedes también tú enseñarles.
CURRITO. — Al lao de usté, jamá.
COPITA. — Claro que éste es un torero.
GAZUZA. — *(Abrazándole.)* ¡¡Un torerazo!!

Biblioteca Nacional de España

COPITA. — Pero aonde está usté, éste y nosotros y toos nos quitamos el sombrero. Ahora, onde están otros nos ponemos el sombrero hasta las orejas y una manta encima de la cabeza pa no ver visiones.
CURRITO. — *(Riendo.)* Con argunos, sí, señó.
AMPARILLO. — ¡Mira cómo se ríe, mira!
PEPA. — ¡Es gracioso!
AMPARILLO. — ¡¡La mar de gracioso!!
ROMERITA. — Pa vosotros no hay más que una persona en el toreo...; pero es que miráis con el hambre qu'os ha quitao.
COPITA. — Argún día pudo ser, ¿pero hoy? Hoy no s'habla más que con la verdá..., que por otra cosa no hay que hablá. ¡Digo! En mi casa, y yo soy un pobrecito al lao del mataor, almorzamos dos veces cada día y aun queda la mesa puesta por si queremos almorzar la tercera.
MARQUÉS. — Bueno es...
GAZUZA. — ¡Y qué almuerzos! ¡¡Almuerzazos!! Cuando yo voy, Copita le dice a la parienta: «Anda, tú, pon nueve o diez platos más».
MARQUÉS. — Uno ya sé de qué es: de bicarbonato.
GAZUZA. — De too lo que pide el cuerpo.
COPITA. — Es decirle a ustedes, señó Marqué, que hoy, gracias a Dios y a Currito, nos sobra de too.
CURRITO. — Pero que too se lo debemos al señó Carmona, porqu'el m'arrempujó para empezar, y el arrempujón d'abajo es el que uno tiene que recordarse cuando está arriba. Antes una pesetilla era delirá, y ahora pío mil duros a cualquiera... y ahí están, Curro.
COPITA. — ¿Mil duros tú, hoy? Vamos, hombre, no hables de miserias.
GAZUZA. — Tú, lo menos, pides millones.
COPITA. — ¡Naturalmente! Otra cosa no vale la pena para ti.
AMPARILLO. — ¡Jesú! ¡Cuentan por millones! ¡Ay, Pepa! ¡Mira tú que si se fijara en una de nosotras el Currito!...
PEPA. — ¡Con lo simpático que es...!
AMPARILLO. — ¡Y lo salao! ¿Qué te comprabas tú primero?
PEPA. — Así, de pronto, no sé. ¿Y tú, Ampariyo?
AMPARILLO. — ¿Yo...?

## ESCENA VIII

DICHOS; ROCÍO *y* SOLEDAD, *por derecha.*

ROCÍO. — ¿Pero es que no valemo ni na pa dar conversación, qu'habéis escapao ustedes de nosotras?
SOLEDAD. — Eso es hacernos de menos.
ROMERITA. — Pues que no lo digan otra vez. ¡Arza, Curro! *(Dándole el brazo.)* ¿M'hace usté la mercé, reina de Seviya?
ROCÍO. — ¡No, no!
SOLEDAD. — Se va a bailar y a cantar una miaja.
ROMERITA. — Pues cantaremos.
CARMONA. — *(Al* MARQUÉS.) ¡Rocío no canta!

Biblioteca Nacional de España

MARQUÉS. — *(Templándole.)* ¡Manuel, Manuel!

*(Van saliendo todos por la derecha.)*

AMPARILLO. — *(Al pasar* CURRO.) ¡Buenas tardes, señor Curro!
CURRITO. — Buenas tardes, niñas. *(Sigue.)*
AMPARILLO. — ¿S'habrá fijao?
PEPA. — Pue ser...
AMPARILLO. — ¡Ay! ¡Ya lo he pensao! Lo primero que compraba, una hacienda. Y en seguía cuatro jacas alazanas pa un tiro a la calesera... ¡Ay, qué preciosa iría yo! ¡¡Hazlo, Virgen de la Esperancita, hazlo...!! *(Mutis por derecha.)*
ROCÍO. — *(Volviendo, a* SOLEDAD.) ¿Tenéis una guitarra?
SOLEDAD. — ¿En el cortijo? Docenas de ellas.
ROCÍO. — Pues vamo a llevarla.
SOLEDAD. — Ven.

*(Van las dos a la casa, entrando* SOLEDAD.)

COPITA. — *(Empujando a* CURRO.) Aprovecha ahora...
CURRITO. — ¡Ahora no!
COPITA. — ¡¡Cómo que no!! *(Llamando.)* Señita Rocío...
ROCÍO. — *(Volviéndose.)* ¿Qué?
COPITA. — *(Aparte, a* CURRO.) Ya está cuadrá. ¡Por derecho, Curro!
ROCÍO. — ¿Queréis algo?
COPITA. — El mataor, que le pide a usté una palabra.
ROCÍO. — Con mucho gusto.
COPITA. — *(Aparte, a* CURRO.) ¡Con mucho gusto! ¿Eh? Anda, y a ver si aseguras a la primera. *(Le empuja un poco y él hace mutis por izquierda.)*

## ESCENA IX

ROCÍO *y* CURRITO

ROCÍO. — Has estao güeno esta tarde, Currito.
CURRITO. — Con becerretes...; ¡vaya una cosa!
ROCÍO. — Y al arrancarte por verónicas t'has puesto bonito y elegante, Curro.
CURRITO. — Favó de usté.
ROCÍO. — ¿Quién había de decir que aquí chavea con la blusiya rota s'iba a hacé el amo de las plazas en na de na? ¿En dos años?
CURRITO. — Pa la Virgen, dos años. ¡Me trajo usté la suerte!
ROCÍO. — ¿Yo?
CURRITO. — ¡A ve! Me tropezaron los toros muchas veces, ¡y arguna han pegao fuerte los marditos!... Bien, pues cuando saco er capote y er traje de luces que usté m'ha regalao, ni por casualiá un arañazo ni un achuchón, ni na... ¿Ezo qué e?
ROCÍO. — Tú lo has dicho: casualiá.

Biblioteca Nacional de España

CURRITO. — No, señora; ezo e qu'er traje tiene una bendición. Con esa taleguilla no hay toro que me puea..., y estando usté en la plaza a mí no me pasa na malo nunca jamá...; y barbariá que se m'ocurra, me digo a mí mismo: ¿A que te sale bien, Curro?, y voy y me sale superió de bien.

ROCÍO. — M'alegro, hombre. Pero vamo a ve la verdá, Curriyo. ¿Cómo eres tan desiguá, que unas tardes te comes er mundo y otras tardes te come a ti un caracó? ¿Es que le tienes asco a los toros?

CURRITO. — Según...

ROCÍO. — ¡Claro! A los marrajos y a los pregonaos...

CURRITO. — No, señora; no es según los toros, sino según los días, que el mieo no lo dan ellos. Lo lleva uno mismo desde casa o... no lo lleva... ¡según! Hay días que me digo: «¡Curro, si te lo ganas, too es pa ti!» Y esos días, más que me suerten los seis toros emparmaos, me los como a mordiscos, pue no sale uno siquiera bastante bravo pa mí. Pero hay otros días en que me digo: «¡Curro, más que t'afanes y te güervas loco, no va a ser nunca pa ti lo que tú quieres con toda tu alma!...». y esos días sale un toro que no pue ni con el rabo y m'hace andar de cabeza. Días que pienso: «Hoy vale la pena de too. ¡Anda, Curro!» Y días que pienso: «¿Pa qué, Curro, pa qué? ¿No ha de ser tuyo lo único que tú sueñas? Pue lo demá... ¿pa qué, Curro, pa qué?»

ROCÍO. — ¿Y qué sueño es ese tan grande que vale él solo por toos los demá juntos?

CURRITO. — Se m'ha antojao una estreyita...

ROCÍO. — Altas van.

CURRITO. — Muy altas... ¡No le voy a llegar nunca junto de ella! Y cuando lo discurro así... ¡esas son las tardes en que los públicos m'abroncan y en que yo me digo descorazonao: «¿Pa qué, Currito, pa qué?»

ROCÍO. — Dificiliyo e, pero tú le pones más distancia aún, acobardándote.

CURRITO. — E verdá. Usté m'aconseja bien, y yo le juro a usté que desde hoy no habrá en las plazas más torero que yo ni más hombre que yo....

ROCÍO. — Esa es la fija pa ganar.

CURRITO. — Yo soy ya un buen torero. ¿A qué decir que no? Pero aun me farta mucho para ser lo que me dijo er señó Manué Carmona.

ROCÍO. — ¿Qué te dijo?

CURRITO. — Que pa llevarse estreyitas había que ser un torero muy grande. ¡Y a eso voy yo! Y cuando lo sea, cuando el mismo señó Manué me diga: «Eres un torero muy grande, Curro...», ese día me voy subío en mi nombre y en mi fama y en mis dineros a decir: «¡Aquí estoy! Fuí un inclusero..., es verdá, pero me hice un hombre. M'ha costao más, pero me hice. Y vengo a ver si por too lo que soy ahora por mí mismo me quieren perdonar lo que por culpa de otros no fuí antes».

ROCÍO. — ¡Ojalá y llegues a too lo que tú quieres!

Biblioteca Nacional de España

CURRITO. — ¡Ojalá!
ROCÍO. — Con Dios, Curro. *(Mutis por la casa.)*
CURRITO. — Con Dios, señita Rocío... ¡¡Júy, toro!! ¡Esta es la mía! ¡A comerme er mundo voy yo! *(Y marcha decidido.)* ¡¡Anda Curro!! *(Mutis por izquierda.)*

## ESCENA X

CURRITO *y* COPITA, *por izquierda*

COPITA. — *(Trayendo a* CURRO.) Cuéntame, cuéntame. ¿Has entrao corto a matá?
CURRITO. — No le he dicho na suyo, de ella misma.
COPITA. — ¡Pue nos hemos lucío!
CURRITO. — Aun no soy too lo que quisiera pa llegarle a esa mujer, Copita.
COPITA. — ¿Pero qué más vas a ser, chalao?
CURRITO. — ¿Y si hoy me dice que no?
COPITA. — Es una cogía, claro; pero más vale que te diga dos veces que no, que perder la ocasión de que te diga una vez que sí.
CURRITO. — ¿Y si a ella le parece mal?... Entonces, ¿qué?
COPITA. — ¡Por vida de los Santos, hombre! A ti te va a pasá lo que al cazaor aquél: salía la perdiz, se echaba la escopeta a la cara... y no disparaba cavilando: «¿Le parecerá mal a la perdiz que le tire el tiro?...»
CURRITO. — Deja ar tiempo lo suyo. Tú vas a ve ahora lo que es Currito de la Cruz. ¡El torero más grande que ha pisao el redondel!..., ¡¡y cuando lo sea... júy, cuando lo sea!!
COPITA. — *(A media voz.)* Cuando lo sea... veremos aónde está la perdí...
CURRITO. — Hasta ahora no han visto torear... ¡Ahora, ahora! *(Mutis los dos por derecha.)*

## ESCENA XI

CHOPERA *y* CAYETANO, *de la casa.*

CHOPERA. — *(Trayéndole a empujones y a moquetes.)* ¡Ven aquí, arrastrao, que te vi a matá!
CAYETANO. — *(Defendiéndose con los brazos de la lluvia de morradas que le cae encima.)* ¡No pegue usté, padre!
CHOPERA. — Pegarte... y desollarte vivo, sinvergonzón. ¿Qu'hacía usté en la cocina?
CAYETANO. — Pelá patata.
CHOPERA. — *(Indignado.)* ¿Pelá patata? ¿Y eso es un oficio con la guayabera nueva que t'he mercao antiayer? ¡Mardita sea tu asaúra, hombre!
CAYETANO. — Es que me lo mandaron.

Biblioteca Nacional de España

CHOPERA. — ¿Y yo? ¿No soy naide mandando?
CAYETANO. — El primero pa mí.
CHOPERA. — Y entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué no ha obedecío usté a su padre de usté? ¿Por qué no s'ha echao usté al corraliyo a toreá?
CAYETANO. — Porque le tengo mieo a los toros.
CHOPERA. — ¡Si son unas becerritas!
CAYETANO. — Sí, señó; unas becerritas..., pero le tengo mieo a las becerritas también.
CHOPERA. — *(Desesperado.)* ¡¡No me lo digas, no me lo digas, que te vi a matá!! ¡Sinvergüenza! ¡Descastao! ¡Mal hijo!
CAYETANO. — ¿Pero qué curpa tengo yo de que me den reparo?
CHOPERA. — ¿Cómo que no tienes curpa, ladrón? ¿Es que tú puees confundir un utrero con un cuatreño?
CAYETANO. — ¡Qué voy a confundir!
CHOPERA. — ¿No conoces tú al segundo capotazo si un toro es reparao o no es reparao de la vista? ¿No sabes tú de qué lao s'acuestan ni por qué le toman querencia a un sitio?
CAYETANO. — ¡No he de saber! Too lo que se traen los toros me lo sé yo de memoria.
CHOPERA. — ¿Y quién te lo ha aprendío? ¿Quién?
CAYETANO. — Usté, padre, qu'es el primer enterao der mundo en esas cosas. Y cuando usté dice: «Ese toro va a hacer eso...», y er toro no hace eso, pa mí no hay duda, es que er toro s'ha equivocao.
CHOPERA. — ¡Naturalmente! Y cuando er toro s'equivoca, ¿qué se dise?
CAYETANO. —Que hace un extraño.
CHOPERA. — *(Desesperado.)* ¡¡Too lo sabes, too!! Y ahora pregunto yo: ¿hay derecho pa no adorá a un padre y pa desobedecerle cuando el padre s'afanó pa darle al hijo una instrucción como la que tú tienes, Cayetano?
CAYETANO. — *(Abrazándole.)* Si yo le estoy a usté muy agradecío y le quiero a usté mucho, padre.
CHOPERA. — ¡¡Quita d'ahí!!
CAYETANO. — Pero hágase usté cargo, señó, de que lo mío en esta cuestión no es desobediencia...: es mieo naturá..., como tené los ojos azules o tené un lunar en cualquier sitio de uno.
CHOPERA. — Pero ven a razones, niño. ¿Tú no ves a Manué Carmona? Pues era un criao d'acá como acá somos nosotros ahora. ¿Y hoy lo ves? Mano a mano con el señó marqués de Zahira..., y hablando la mar de veces con su real majestá. ¡Y le tutea!
CAYETANO. — Ezo...
CHOPERA. — *(Jurándolo.)* ¡Ezo! Alante de mí mismo, aquí una ve le dijo: «M'ha gustao mucho toa tu faena de campo y de buen caballista, Manué.»
CAYETANO. — ¡Ah!... ¿El Rey a Manué?
CHOPERA. — ¿Qu'iba a ser, lila? ¿T'has fijao en los dos brillantes que trae Romerita en la pechera? Pue son los pequeños. Tiene otro que no lo lleva más que cuando sale en coche, porqu'a pie no pue andar con el peso.

Biblioteca Nacional de España

CAYETANO. — ¡Ya e brillante!...

CHOPERA. — Regulá. ¿Tú has visto al Currito? Hace na era naide... y este año ya l'ha suplicao la Fábrica de la Monea que no torease en un par de semanas para darle tiempo a tirar billetes de a mil.

CAYETANO. — Ya sé yo cosas de ésas.

CHOPERA. — Y yo pregunto: ¿es que a ti no te gustan los cortijos y los coches y las jacas?

CAYETANO. — ¡Vaya!

CHOPERA. — ¿No te gusta la buena vida, las parmas, los amigos que te festejen y las mujeres que se güervan loquitas por tu persona?

CAYETANO. — Too, too... ¡ya lo creo! Lo único que no me gusta son las cornás.

CHOPERA. — ¡Pero si es mentira! ¡Si los toros no dan cornás!

CAYETANO. — ¿No?

CHOPERA. — ¡No! Son los toreros fachosos y atontaos que no se quitan cuando viene el toro; y no es que los cojan, es que los tropiezan; y no es que los corneen, es que los apartan, diciendoles los toros a su manera: «¡¡Quitese usté d'ahí, pasmao, que ése no es su sitio d'usté, sino el mío!!»

CAYETANO. — Eso e verdá, que los hay qu'están siempre mal colocaos.

CHOPERA. — Malísimamente. De inorantes que son.

CAYETANO. — Eso e.

CHOPERA. — ¿Estás convencío?

CAYETANO. — Sí, señó.

CHOPERA. — ¡¡Gracias a Dió!!

CAYETANO. — Y ahora sólo farta que se convenza usté del mieo que yo tengo.

CHOPERA. — *(Indignado.)* ¿Y no atoreas?

CAYETANO. — No atoreo.

CHOPERA. — Pue güervete a pelá patata, ¡¡ladrón!!

CAYETANO. — No tendré jacas ni cortijos, ni na..., ¡ya lo sé! Pero quea toavía por saber si los hubiera tenío del otro modo, que cuando se mete uno en las cosas pa que uno no sirve, las cosas no le dan lo bueno suyo, sino lo malo de ellas na más.

CHOPERA. — A veces, a veces...

CAYETANO. — Usté me nombró tres qu'han llegao. ¿Quiere usté de corrío trescientos que se quedaron en pasá los sustos y en no ver una peseta?

CHOPERA. — *(Triste.)* Ties razón.

CAYETANO. — Usté me arrempuja pa hacerme un torero de tronío..., ¡pero hay que nacer pa eso!..., y yo no sé qué gusto le daría a usté el hacerme un maleta, sin un ochavo siempre... y alguna tarde desnuao por los toros y viéndoseme la corná por lo desnudao...

CHOPERA. — Hablas tú bien, niño..., y ya que no sirves pa torero vi a ve si te saco diputao. ¡Pero lástima de instrucción que te dí!

CAYETANO. — Pue que en eso l'aproveche. ¡A pelá voy, padre!

CHOPERA. — Aguarda, que se m'ocurre una idea. Mientras no llegan las elecciones pelaremos las papas los dos juntos.

Biblioteca Nacional de España

CAYETANO. — *(Riéndose y abrazándole.)* ¡Pue andando!
CHOPERA. — Andando.

*(Mutis los dos por izquierda.)*

## ESCENA XII

Rocío y ROMERITA, *de la casa.*

ROCÍO. — ¡Vete, por Dios, que nos pue ve mi padre!
ROMERITA. — Que nos vea. Lo que no pue ser ya es que no salgas un día ni t'asomes una noche a la reja de palique.
ROCÍO. — ¿Pero no has visto cómo nos mira cuando t'acercas a darme conversación?
ROMERITA. — De sobra lo he reparao yo. Yo y toos.
ROCÍO. — ¡Si tú supieras el infierno de mi casa en cuantito y que s'habla de ti!
ROMERITA. — ¿Dicen malo?
ROCÍO. — ¡¡Jesú!!
ROMERITA. — ¿Y te sorprende? ¿Van a decir na bueno de mí tratando de quitarte el queré de la imaginación? Eso no es discurrí, tonta.
ROCÍO. — Alguna razón tendrán pa que m'aparten...
ROMERITA. — ¿Toavía estás en saberlo? Pues te la diré yo, aunque a mí no me vaya bien el mentar esas cosas contigo. La mala voluntá no es por ti, Rocío, sino entre él y yo, y ha empezao la tarde misma en que tomé la alternativa y le quité las parmas con mi trabajo.
ROCÍO. — ¿Por eso na má?
ROMERITA. — ¿Na má? ¡Pues menúa razón es en mitá de una plaza y delante de un público! Las parmas emborrachan, y no hay vino que se suba má pronto a la cabeza. Y en cuanto que se oyen sonar las primeras se orvía uno inmediatamente de too lo demás...; y en aquel momento ya no hay amistades, ni familia, ni amores, ni ambiciones... ¡ni cornás siquiera! ¡No hay ma que parmas en el mundo! Por ganárselas uno ¡se hace too!, y por quitárselas a otro, ¡huy, por quitárselas a otro, hasta la vida se juega uno muy a gusto! Y al perderla, al caer muerto en el reondel, si entonces sonaran también los aplausos, ¡el buen torero aun se levantaría sonriendo pa saluar una vez ma con la montera!
ROCÍO. — Eso lo comprendo muy bien.
ROMERITA. — Pues comprende lo demá, que con ello va junto... Yo tengo las contratas que me da la gana, los públicos son míos y oigo las parmas, qu'echan humo. Bueno, pues yo, pa el señó Manué, soy un pelele, que no hice jamá una suerte bien hecha, ni he tirao jamá un capotazo bien tirao. Y ahora, añade tú este poquito: ¡yo, el pelele, se le va a llevar la hija, la muñequiya adorada! Aun pasa porque l'haiga quitao los públicos..., ¿pero la hija? ¡Ay! ¡Eso, no! Y ya tienes explicao por qué el señó Manué dice que no.
ROCÍO. — Pue que lleves argo de razón.... pero hay que disculparle, Romerita.

Biblioteca Nacional de España

ROMERITA. — Por mí, discurpao.
ROCÍO. — ¿Tú me dejas tiempo pa que yo le gane la voluntá?
ROMERITA. — El que tú quieras. Y mientras haiga una esperanza, tú mandas y yo obedezco. Pero en no habiéndola mando yo, ¿eh? Que por na der mundo dejo de llevarme lo que pa mí vale ma que er mundo entero.
ROCÍO. — *(Cariñosa.)* ¿De verdá?
ROMERITA. — ¡Que no respire si miento!

## ESCENA XIII

DICHOS; *por derecha,* CARMONA.

CARMONA. — ¡Ojalá y no respiraras, granuja!
ROMERITA. — *(Bravo.)* ¡¡Señó Manué!! *(Humillándose.)* No es de hombres el insurtar a quien no s'ha de regorver.
CARMONA. — Tómalo como quieras, pero yo como hombre te lo digo.
ROCÍO. — Papá, tú le juzgas mal porque...
CARMONA. — *(Asombrado.)* ¿Va defendé tú a ese pregonao y a ese mal hombre? ¿Va defenderlo tú, Rocío? Pues escúchame antes. En jamá t'he tocao: si hablas por él te desnuco a palos, y a patás, y a como sea. ¡Te quiero ma que a mi vida! Bueno, pue te quiero muerta primero que con él.
ROCÍO. — *(Echándose a él.)* ¡Papá!
CARMONA. — Y pa querer eso contigo ve pensando en si tendré razones pa no querer nada con él. Pero las mocitas no sabéis, y cuando os lo dicen..., cuando os lo dicen, no creéis. Y escucha tú también. La muñequiya no será nunca pa ti, Romera. Si la buscas de frente, de frente estaré yo, y si la buscas traicionero, ya veré yo lo que hago...
ROMERITA. — Prevenío estoy. Lo dema..., lo demá ya lo iremo viendo, señó Manué. *(Mutis por derecha.)*

## ESCENA XIV

ROCÍO *y* CARMONA.

CARMONA. — Parece imposible que no m'atiendas, muñequiya... ¿Qué pretenderé yo más que tu feliciá?
ROCÍO. — Pero tú no le perdonas vuestras competencias...
CARMONA. — Eso no tiene sentío ninguno, criatura. Mientras fuéramos na más que de torero a torero, bien estaban nuestras peleas; pero tratándose ya de casarse contigo, ¿cómo no habría d'alegrarme yo de que fuera el mejó y más ganancioso y el más honrao de toos los hombres? Luego si lo rechazo no es por buen torero, sino por mala persona. *(Abrazándola.)* Créeme, muñequiya, créeme, que te hablo con toa mi alma.

Biblioteca Nacional de España

Rocío. — ¡Y con toa mi alma también le quiero yo!

CARMONA. — *(Separándola bruscamente.)* T'ha sorbío el seso y mis palabras ya no s'atienden. Bueno está... Pero óyelo: ¡jamá, jamá y jamá! Ahora mismo nos volveremos a Seviya y pa ti s'acabó el pisar la calle.

Rocío. — ¡Papá!...

CARMONA. — S'acabó. Y óyeme a mí otra ve, que es la úrtima. En jamá t'he tocao: si hablas con él, te desnuco a palos, y a patás, y a como sea. ¡Te quiero ma que a mi vida! Y te quiero muerta primero que con él. Ya lo sabes, ¡¡y mardita sea la hora en que ese mal hombre t'ha mirao por primera vez!! *(Mutis por izquierda.)*

## ESCENA XV

Rocío, *por derecha* ROMERITA

ROMERITA. — Lo h'escuchao too. Supongo que ahora no pensarás ya en ganarle las voluntaes, ¿eh? Yo tengo ahí el automóvil; en cinco minutos estamo saliendo; nos casamo en la primera iglesia del camino, y después no tendrá más remedio que apencar con lo hecho.

Rocío. — ¡No, escaparme, no!

ROMERITA. — Yo no he buscao esto... Pero ahora se va a ve si tú me quieres o no me quieres.

Rocío. — ¡Sí, te quiero!

ROMERITA. — ¡Pues ven!

Rocío. — ¡No!

ROMERITA. — Yo saco el coche a la verea. Si estás, subes conmigo; si no estás, sigo alante y s'ha rematao too entre nosotros.

Rocío. — Eso, no.

ROMERITA. — Pue otro avío no hay. O too conmigo o na. Resuelve tú.

Rocío. — No puedo, no puedo.

ROMERITA. — Pues no. Me marcho yo solo..., y queda ya jurao, ¿lo oyes, Rocío?, jurao, que er domingo, al primer toro roío que sarga del chiquero, lo llamo sobre mí y me dejo corneá sin defenderme.

Rocío. — ¡¡Romerita!!

ROMERITA. — Jurao.

Rocío. — ¡Me pides más que la vida!

ROMERITA. — Tú resolverá.

Rocío. — ¡Me pides la honra!

ROMERITA. — Si no la valgo, con no darla... *(Marcha hacia derecha.)*

Rocío. — ¡¡Romerita!!

ROMERITA. — ¡Resuelve!

Rocío. — Iré... ¡¡Virgen del Rocío!!

ROMERITA. — En la verea dentro de cinco minutos...

Rocío. — ¡Virgencita! ¡¡Virgencita mía!! *(Mutis por izquierda.* ROMERITA *va tras ella, pero despacio, dejándola alejarse.)*



Biblioteca Nacional de España

## ESCENA XVI

ROMERITA; *de la casa*, MARÍA JESÚS.

MARÍA JESÚS. — Charrán... Debe irte bien el nombre... Sl te llamo Romerita no güerves ma pronto la cabeza.

ROMERITA. — Tú a callá, ¿eh?

MARÍA JESÚS. — Eso no. T'he prometío no abroncarte jamá habiendo quien lo oiga, pero a solas tú y yo, hoy, mañana y siempre te llamaré lo que eres: charrán, charrán y charrán. Es mi promesa, y la cumplo, que no soy como tú en lo de no cumplir las palabras.

ROMERITA. — Pues una vez me cogerás con el humor destemplao y habrá un desavío.

MARÍA JESÚS. — Una ve será.

ROMERITA. — ¡Mira no sea ahora mismo!

MARÍA JESÚS. — Ahora no te conviene a ti.

ROMERITA. — De eso te vales. Y acabemos. ¿Qué quies tú de mí?

MARÍA JESÚS. — Na. Hubo un día en que lo quise too...; pero me despreciaste tú, y desde entonces sé mu bien qu'habré de quedarme pa siempre ya sin na.

ROMERITA. — No fué desprecio, María Jesú. Fueron las cosas de la vida, que me llevaron más por alto.

MARÍA JESÚS. — Y a la de abajo una patá. No valía ma la María Jesú. Pa quien tú eres. ¿la hija de un conoceor? ¡Quita d'ahí, miseria! Y la miseria lo comprendió al vuelo, y cuando te quitaste tú un poco de mi vera yo me quité de la tuya por completo.

ROMERITA. — Si tú quisiste...

MARÍA JESÚS. — Ezo. ¿Buscá por fuerza tus quereres? No. Ya sé que a la fuerza no quiere naide. ¿Pedirte que me devuervas mi honra de mocita? No. Ya sé que eso no se devuerve en jamá. ¿Obligarte a casá? No. Porque no pude cuando me golví como loca de pena y de ira..., y ahora porque no pueo tampoco, y ademá porque no quiero.

ROMERITA. — Entonces no conduce a na esta conversación.

MARÍA JESÚS. — *(Cogiéndole.)* Aguarda, que no viene naide.

ROMERITA. — Y aunque viniera, ¿qué?

MARÍA JESÚS. — Ya sé que tú no le tienes mieo a na... ma que a los toros.

ROMERITA. — ¡¡María Jesú!!

MARÍA JESÚS. — ¿Pero a las mujeres? A ésas las pegas tú en seguía. ¡Pega, hombre!

ROMERITA. — Di que no quiero.

MARÍA JESÚS. — Pue lo diré en cuantito que me lo pregunten. Romerita m'ha cortejao, m'ha prometío casorio y despué m'ha dejao corgá..., pero entoavía no me pegó nunca. ¡Vas a cobrá fama de muy bueno, Romerita!

ROMERITA. — Pue a mi cuenta irá. *(Marcha.)* Salú, niña.

Biblioteca Nacional de España

MARÍA JESÚS. — *(Cogiéndole.)* ¿Ties prisa?
ROMERITA. — Es que se m'acaba la amabiliá.
MARÍA JESÚS. — Pue si la acabas antes de que yo concluya mis mandaos... ¡tú verá! Lo que oyes a solas te lo vas a oír delante de muchos.
ROMERITA. — Bueno... aguantaremos. No quiero que digas que ni te escucho.
MARÍA JESÚS. — *(Burlona.)* Grasias..., y mejó te irá. No pensé yo que t'atrevieras a comparecé por el cortijo de acá sabiendo qu'habías de tropezarme.
ROMERITA. — Arguna ve nos habíamos de encontrá.
MARÍA JESÚS. — Pues ésta es la mía. Buscao, no; encontrao, sí. ¡¡Y encontrao aquí, donde too me recuerda tantas alegrías... y tantas lágrimas!! Cuando supe que te ibas prendío en los volantes d'otras faldas... me di una de llorá, que hasta los ojos me quemaban. Pero cuando supe luego la faena que te gastas con toas las mujeres... me di una de reí..., de reí..., qu'hasta la pobre de mi madre se reía creyéndome ya curada de las penas.
ROMERITA. — Ya me contarás tú en qué soy tan chistoso.
MARÍA JESÚS. — En la faena, hombre, en la faena, que de igualita que es parece como si enamoraras con la lección aprendía.
ROMERITA. — ¿Tú crees eso?
MARÍA JESÚS. — Lo dicen otras... y lo sé de mí. Carcula si hay para creérselo una miaja. Buscarlas, perseguirlas, ofrecé la Tierra, y la Luna, y el Sol, jurar y desesperarse...
ROMERITA. — Como toos.
MARÍA JESÚS. — Como toos..., y aluego, como tú solo, cuando las pobrecitas están ya creídas y atontás con tus palabras, pa rematá la faena, las dices: «¡¡Si no eres mía, si no te fías de mí... la primera tarde me dejo empitoná del primer toro marrajo que pise el reondel!!»
ROMERITA. — Hay momentos en que eso se piensa de verdá.
MARÍA JESÚS. — ¿Por toas? ¿Morir por toas? ¡¡Charrán!!
ROMERITA. — ¡Basta ya!
MARÍA JESÚS. — Pues basta.
ROMERITA. — *(Marchando.)* Buenas tardes...
MARÍA JESÚS. — *(Cogiéndole.)* Vete, sí, pero despacio..., despacito, para que yo tenga tiempo, antes de encontrarnos gente, de irte llamando a mi gusto: charrán, charrán, charrán...
ROMERITA. — ¡Deja ya d'una ve!
MARÍA JESÚS. — *(Riendo.)* Despacio, hombre. *(Seria otra vez.)* Charrán, charrán, charrán.

*(Y así, mutis los dos por izquierda.)*

## ESCENA XVII

CARMONA *y* GABRIEL, *por derecha.*

GABRIEL. — El señó marqué me dice que l'aguarde usté aquí, que de se guidita viene.

Biblioteca Nacional de España

CARMONA. — Bien.
GABRIEL. — Le vemo a usté con mucha alegría...! pero arma usté una jarana entre los chavales, ¡regulá!
CARMONA. — ¿Y eso?
GABRIEL. — S'acuerdan de que ha sío usté un zagalete en este mismo cortijo, y el que ma y el que meno de los que están hoy, echa a volá la imaginación y se ve igualito qu'usté pa el día de mañana.
CARMONA. — ¿Por qué no?
GABRIEL. — Y pensando en ese por qué no, se recalientan de cascos y se meten a torearme el ganao en los praos por la noche.
CARMONA. — Así empecé yo.
GABRIEL. — Pero no pue ser, que aluego se le nota a los toros y no los queréis ustedes pa las corrías.
CARMONA. — Claro que no.

## ESCENA XVIII

DICHOS; *por derecha el* MARQUÉS. *Luego, por izquierda,* MARÍA JESÚS, *que atraviesa, y mutis por la casa.*

MARQUÉS. — ¿Quieres algo, Manuel?
CARMONA. — Pedirle a usté licencia pa volverm ea Seviya ahora mismo.
MARQUÉS. — ¿Tuviste alguna noticia mala?
CARMONA. — Eso.
MARQUÉS. — ¿De tu casa?
CARMONA. — Sí, señó. De la mujer que ha sentío un pronto...
MARQUÉS. — Tus motivos tendrás para marchar.

*(Atraviesa* MARÍA JESÚS.)

CARMONA. — Sí, señó. Es que uno no manda en uno...
MARQUÉS. — Mandan las cosas, ¿verdad?
CARMONA. — Eso. Las marditas cosas de la vida.

## ESCENA XIX

DICHOS; GAZUZA, *por izquierda, con* COPITA, *y* CURRITO, *luego*

GAZUZA. — *(Llamándole.)* ¡Señó Manué!... ¡Señó Manué!...
CARMONA. — *(Yendo a* GAZUZA.) ¿Qué e?
COPITA. — ¿Dió usté permiso a su niña pa un paseo con el Romerita?
CARMONA. — ¿Yo?
COPITA. — Pue en el automóvi se van.
CARMONA. — ¡No!
GAZUZA. — ¡¡Que lo hemos visto!!
COPITA. — Sí, señó.
CURRITO. — *(Entrando rápido e indignado. Dentro.)* ¡Señó Manué!... ¡Señó Manué! ¿Usté ha dejao?... ¿Usté?...
CARMONA. — ¿Yo?... ¡Ay! ¡¡S'ha escapao!! ¡¡Mi jaca, mi jaca en seguía!!

Biblioteca Nacional de España

GAZUZA. — *(Deteniéndole.)* La va usté a reventá.
CARMONA. — ¡¡Que reviente, pero que corra!! ¡Yo tengo que matá a ese hombre ahora mismo!
MARQUÉS. — ¿Qué pasa, Manuel?
CARMONA. — Que m'han dao una corná en mitá del corazón... ¡Mi jaca, pronto!
MARQUÉS. — No des más escándalo.
CARMONA. — ¡Qué me importa! Lo que yo quiero es matarlo aunque sea delante der mundo entero.
MARQUÉS. — *(Deteniéndole.)* Aguarda. *(A* GABRIEL.*)* El auto mío inmediatamente. *(Mutis* GABRIEL *por derecha.)* Y vamos a ver lo que es...
CARMONA. — No, no voy a ver na, voy a matarlo no más, como a un perro rabioso.
MARQUÉS. — ¿Es algo del Romerita?
CARMONA. — Sí.
MARQUÉS. — Y de tu muñequilla, ¿verdad?
CARMONA. — ¡¡No!! Debe usté estar equivocao, señó marqué. Manué Carmona no s'acuerda d'haber conocío en su casa a naide a quien yamaran la muñequiya.
MARQUÉS. — ¡¡Manuel!!...
CARMONA. — A naide... ¡¡A naide!!
CURRITO. — ¡M'han quitao la estreyita der cielo!...
COPITA. — ¿Va tú también a afligirte, hombre? Se fué con otro... ¡Vaya con Dio! Y tú a lo tuyo, a toreá.
CURRITO. — Yo no atoreo ma...
GAZUZA. — ¡¡No seas animá!!
CURRITO. — ¿Pa qué ya? ¿Pa qué...?
COPITA. — ¡Pa ganar miles!
CURRITO. — ¿Y yo pa qué los quiero? Pa na... ¡¡S'acabó Curro!!
GAZUZA. — ¡Animá! ¡Más que animá!
CURRITO. — Yo no quiero más que morí...
CARMONA. — *(A quien hablaba el* MARQUÉS.*)* ¡¡No señó, yo no quiero más que matar!!...
MARQUÉS. — ¡Manuel!...
CARMONA. — ¡¡Matarlo!!

*(*CARMONA, *erguido y fiero;* CURRITO, *como desmayado y sin ánimo para nada.)*

CURRITO. — ¡Morí, morí!...
CARMONA. — ¡¡Matá, matá!!...
COPITA *y* GAZUZA. — *(Sacudiéndole a un tiempo.)* ¡Bestia! ¡Animá! ¡Animá!

**Fin del acto segundo**

Biblioteca Nacional de España

## ACTO TERCERO

La taberna de la Manuela. Es de día, en abril, y en Madrid.

### ESCENA PRIMERA

CURRITO, *de americanilla y pañuelo al cuello, sentado a una mesa.* MIGUELITO, *el echador, barre..., o debía barrer, pero prefiere el palique.*

MIGUELITO. — ¿Quiere usted desayunar, señor Curro?
CURRITO. — Grasias. Hoy no tengo gana.
MIGUELITO. — Ni ayer.
CURRITO. — Ni ayé. Casi nunca.
MIGUELITO. — Porque es usted muy sufrido y teme de abusar... ¡Pero debe usted pasarse cada crujía!
CURRITO. — Arguna, Miguelito.
MIGUELITO. — ¿Y cómo es que no torea usted nunca?
CURRITO. — No tengo impresarios...
MIGUELITO. — Pues aquí cuentan que ha sido usted un torero de los de ole.
CURRITO. —Muchas parmas he oío y muchos dineros he ganao...; pero ya no hay ni zombra de eso, que en tres años hasta el nombre se me perdió. ¿Quién se recuerda hoy del chavaliyo?
MIGUELITO. — Siempre le quedarán buenas amistades.
CURRITO. — Ni una. Los amigos del tiempo bueno se juyeron en los tiempos malos. ¡Eza e la vida!... A mí me parece que así no debía ser la vida... pero e... y no hay que hablá ma.
MIGUELITO. — Es bien perra.
CURRITO. — Y gracias a esta buena señora de la señora Manuela que m'aguanta aquí las horas, que cuando ella se canse de la pelma que le doy... pue... a la calle... o a no sé.
MIGUELITO. — ¿Y cómo ha pegado ese bajón tan grande?
CURRITO. — Muy fácil. ¿Has visto esos juguetes que andan y mueven los brazos..., y un día se les rompe la cuerda y ya no se mueven ni na? Pue lo mismito yo... Se m'ha roto la cuerda...
MIGUELITO. — ¿Alguna cornada muy grave que le ha quitado del oficio?...
CURRITO. — Me pegaron los toros, sí...; pero no fué eso. Yo atoreaba pa hacerme un hombre... y pa ganarme una mujé. La mujé se largó con otro hombre... Y na ma.
MIGUELITO. — ¡Mujeres hay de sobra, señor Curro!
CURRITO. — Dicen que hay, pero yo no he tropezao entoavía con ninguna como aquélla.

Biblioteca Nacional de España

MIGUELITO. — ¡Pues a usted le hizo una mala jugada!
CURRITO. — A mí no. Se la hizo a sí misma la pobresita.
MIGUELITO. — ¿Y qué es de ella ahora?
CURRITO. — En Méjico anduvo, que allá se la llevó ese granuja... escapándose del primer encuentro con el señó Carmona.
MIGUELITO. — ¿Y qué va usted a hacer para usted?
CURRITO. — Na...; no sé hacer na... ¡Morirme e lo que debía, pero tampoco sé!
MIGUELITO. — ¡Vamos! ¿Le traigo el desayuno?
CURRITO. — Grasias. De veras que no apetese.

## ESCENA II

DICHOS; *por foro*, GAZUZA.

GAZUZA. — *(También de americanilla, y no muy flamante.)* ¿Y eze hombre?
MIGUELITO. — Ahí está.
GAZUZA. — He visto al impresario de Cáceres..., ¡que ya tiene apalabrao otro mataor!
CURRITO. — Güeno.
GAZUZA. — Y lo de Madrí... que no pue ser, que toas las fechas están comprometías.
CURRITO. — *(Resignado.)* Güeno.
GAZUZA. — Y no e lo peó el que digan que no: es que s'han reío cuando menté tu nombre, y señó Manolo, el amigo de la Impresa, el que lo hace too, aunque él diga que no hace na, me preguntó con una miajita de chunga que si no querrías atoreá los veraguas del primer domingo.
CURRITO. — ¿Los veraguas? Pero si estoy desatoreao d'hace mucho, ¿cómo voy a ir con ese ganao tan fuerte? ¡Pa que m'echen mano a la primera!
GAZUZA. — Echarte mano, no, porque tú corres más qu'ellos.
CURRITO. — ¿Y pa qué ofrese esa guasa?
GAZUZA. — Porque no tiene quien le despache la corría, que toos los de postín le hacen fu... ¡¡Si tuviera, en seguía te nombraba!!
CURRITO. — Pue que l'atoree él.
GAZUZA. — ¿Y entonces por onde arrancas? ¿Empeñamo argo?
CURRITO. — Está too ya...
GAZUZA. — Pues si no tienes na, ven conmigo de una vez, y vamo a llevá cigarros de contrabando por las casas, qu'eso deja unas pesetillas, y a cualquier cosa hay que agarrarse pa comé.
CURRITO. — Déjame tú en pa...
GAZUZA. — ¿Usté ha visto, hombre? ¡¡Y que por su curpa, por sus espantás marditas y por lo cobardón que s'ha güerto, se vea un banderillero como yo agarrao a la picaúra y a liar emboquillaos!!... ¡Eso no te lo perdono, Curro!

Biblioteca Nacional de España

CURRITO. — Nadie perdona a los caíos... ¿Por qué habías de se diferente, Gazuza?

GAZUZA. — ¡Anda y púdrete d'una ve, saborío! Que me voy na ma que por no verte... ¡Un banderiyero como yo! ¡Mardita sea la mardita suerte!

CURRITO. — Pue salú..., y vender bien la picaúra.

GAZUZA. — Grasias. ¡Un tiro t'habían de sortar, malange! *(Mutis por foro.)*

CURRITO. — Cuando yo daba corrías a los banderiyeros era la mar de güeno y de simpático... ¡y hasta zalao era yo!... Ahora soy saborío y malange... Cosas, Miguelito, cosas. Naturales, ¿zabes? Pero que le ponen a uno el corasón ma negro que la pe. Güeno..., en el suelo estoy, y hasta sin queré me pisan toos.

MIGUELITO. — Un poco de razón tiene en decirle a usted que hay que resolverse a algo.

CURRITO. — ¿Pa qué?

MIGUELITO. — ¡Para vivir, caramba!

CURRITO. — ¿Y te maginas tú que yo lo dezeo?... Pue no lo dezeo, Miguelito.

## ESCENA III

CURRITO y MIGUELITO; *por derecha*, MANUELA

MANUELA. — *(Entra tranquila, pero de pronto aligera y se indigna.)* ¿Es así como va a estar limpia la taberna? *(Dándole un empujón.)* ¿Así?

MIGUELITO. — Pegar no, ¿eh?

MANUELA. — ¿Que no? Contesta, y te largo otra. *(Quitándole la escoba.)* ¡Traiga usted acá, so gandul, que tenerle a usted es no tener a nadie!

MIGUELITO. — Es que descansaba un momento.

MANUELA. — Te levantaste a las seis, a fuerza de gritos y a las once, ¿ya tienes la poquísima vergüenza de replicarme que estás cansado? ¡Ay, filliño, tú no sirves para casa de la Manuela, que aquí no se «ajuantan» los durmientes!

MIGUELITO. — Todos no somos de hierro, como usted.

MANUELA. — ¿Y la leche? ¿Aun no has traído la jarra?

MIGUELITO. — Pensé que la trajeran.

MANUELA. — ¡Me valga Dios con los pensés! ¡Ya estás saliendo a buscarla si no quieres que te espabile yo, holjazán!

MIGUELITO. — Voy, voy. *(Mutis por izquierda.)*

MANUELA. — *(Pescándolo al pasar. Aparte.)* Y éste, ¿qué ha desayunado?

MIGUELITO. — No quiso.

MANUELA. — Tráele café.

MIGUELITO. — Si es que no lo quiere.

MANUELA. — ¡¡¡Tráele café!!! ¿Cuántas veces te lo voy a decir?

MIGUELITO. — Voy, voy. *(Mutis por izquierda.)*

Biblioteca Nacional de España

MANUELA. — A todo tengo que dar abasto yo misma que si no, se me quedan las cosas por cumplir. ¡¡Jasús, qué gente! *(Se pone a barrer con brío. Parándose.)* Y usted, ¿qué hace ahí, pasmón?

CURRITO. — Na.

MANUELA. — *(Imitándole.)* Na... ¡Para no fatigarse ni las palabras dice completas esta ave fría!

CURRITO. — Si molesto me iré...

MANUELA. — No. Te voy a largar todo el polvo encima. Pero me alegro...; ¡a ver si para quitártelo te mueves una vez siquiera, hombre!

CURRITO. — ¿Y pa qué voy a moverme? Andá por andá no me lo pide el cuerpo.

MANUELA. — Ve un rato a la tertulia de los toreros.

CURRITO. — ¿Destrozao de ropa y sin tener pa mandá por un mal café? ¡Pue así que tardan los compañeros en burlarse de uno y en despreciarle a uno! No, zeñora, no. ¡Prefiero irme de cabeza al río!

MANUELA. — Aquí no importa, porque como no lleva agua...

CURRITO. — Pue al tren, debajo de las rueda. Usté no los conoce. En seguidita sueltan cosas de mala zombra pa mortificá. ¿Y qué va a hacer uno? Repudrirse na ma.

MANUELA. — ¿Qué va a hacer uno? ¡¡Me valga Dios!! Pues al primero que se ría, meterle los puños en la cara.

CURRITO. — *(Desalentado.)* ¿Y después...?

MANUELA. — Después le tiras una botella.

CURRITO. — Digo después de pegarle.

MANUELA. — Que se vaya a curar los chichones.

CURRITO. — Y yo... ¿me queo allí alternando? ¿Van a tomá mi partío los demás? ¡El del otro!, que yo voy pa abajo..., y cuando uno cae, se cae uno de toos laos.

MANUELA. — Eso sí que le es verdad. *(Entra* MIGUELITO *con el servicio.)* Anda, desayuna.

CURRITO. — Estoy desganao.

MANUELA. — Pues bebido sólo.

CURRITO. — Dispénseme...

MANUELA. — ¿Cómo que dispense? A mí no me desaira ningún andaluz, y si no lo tomas por las buenas, lo tomas por las malas; que te aprieto las narices, te abro la boca igual que a un rapaz con las medicinas, y te lo tragas. ¡¡Vaya si te lo tragas!!

CURRITO. — Pues la obeezco... No se enfae...

MANUELA. — Eso es otra cosa. ¡Verás qué rico está y qué bueno!... *(Se sienta y le prepara el café.)*

## ESCENA IV

DICHOS; *por foro, el* TEMPLAO.

TEMPLAO. — Saluz todos. Una de ojén.

MIGUELITO. — *(Sirviéndole.)* Una de ojén.

Biblioteca Nacional de España

TEMPLAO. — *(Bebe de un sorbo y paladea después.)* Regular..., ¡nada más...!

MANUELA. — *(Revolviéndose como si le hubieran desacreditado la taberna.)* ¿Regular?

TEMPLAO. — Sí, señora.

MANUELA. — Si lo fuera usted, ya se podía dar por contento.

TEMPLAO. — En otros lados me dicen otras cosas.

MANUELA. — Pues aquí ya ha oído usted lo que le dicen.

TEMPLAO. — No tiene importancia. Otra de ojén. Y cobra.

MIGUELITO. — Otra.

TEMPLAO. — ¿Qué has cobrado?

MIGUELITO. — Las dos que se tomó.

TEMPLAO. — Yo no pago más que una, que la otra es de convite para mí en todos los establecimientos que se estiman.

MIGUELITO. — ¿Y eso por qué?

TEMPLAO. — ¿Tú no me conoces? Yo soy el Templao.

MIGUELITO. — Por muchos años..., pero aquí se cobra lo que se sirve.

TEMPLAO. — *(Engallándose.)* ¡Te digo que a mí no!

MIGUELITO. — A usted igual que a todos.

TEMPLAO. — Pues yo no me voy de aquí sin que me devuelvas lo de la convidada.

MANUELA. — ¿Qué pasa, Miguel?

MIGUELITO. — Que ha tomado dos copas, le cobro dos..., y quiere que le devuelva lo de una.

TEMPLAO. — ¡Eso!

MANUELA. — *(Levantándose.)* ¿E por qué vai ser eso na miña casa, ti?

TEMPLAO. — Soy el Templao, maestra.

MANUELA. — ¡Ay! ¿Es usted el Templao?

TEMPLAO. — Sí, señora.

MANUELA. — Pues entonces va usted a ver ahora a la Templada. *(Llevándoselo a empujones.)* ¡Arza para la calle!

TEMPLAO. — ¡Maestra!

MANUELA. — ¡A la calle, borracho!

TEMPLAO. — A mí nadie...

MANUELA. — ¡Andando a la calle!

TEMPLAO. — Mire usted que yo soy capaz...

MANUELA. — De marcharse, ya lo veo... ¡¡Hala!! *(Cuando ya está fuera.)* Y que aproveche el ojén. ¡¡Jasús qué gente!!

MIGUELITO. — Buenos puños maestra...

MANUELA. — ¡Pues sí que el oficio es para alfeñiques! Taberna en Madrid, y en los barrios bajos...; ¡si no sacudiera ya me habían comido la casa y más a mí también!

MIGUELITO. — No hay cuidado.

MANUELA. — Claro que no. ¡Cuesta mucho el «janarlo», caramba! Recoge el servicio. ¡¡Recoge el servicio!!

MIGUELITO. — ¡¡Voy, voy!! *(Mutis* MIGUELITO *por izquierda.)*

Biblioteca Nacional de España

## ESCENA V

MANUELA *y* CURRITO

CURRITO — Yo no valía pa esto...
MANUELA. — Ni para nada. Ya lo sé.
CURRITO. — Es que ahora toos me güerven la espalda.
MANUELA. — Tú habrás ayudado a muchos...; ¡pídele ahora a ésos!
CURRITO. — No se recordarán ellos... y yo tampoco sé pedí.
MANUELA. — Muy pobriño eres, Curro.
CURRITO. — Corteá que l'ha puesto a uno su propia sangre... y no hay modo de cambiarla. A mí me preguntan y no sé replicá.
MANUELA. — Y yo replico aunque no vaya conmigo la pregunta. Cuestión de genios...; y tú eres un malpocado.
CURRITO. — No sé lo que e, que en Seviya no se dice.
MANUELA. — Un humildito, un desgraciadiño...
CURRITO. Entonces, sí, señora; un marpocao soy.
MANUELA. — Y con esas cortedades de niño pequeño, ¿cómo te las arreglaste para pedirle amores a la rapaza aquella, a la Rocío?
CURRITO. — No le dije nunca na de su querer de ella.
MANUELA. — Y luego, ¿qué hacías?
CURRITO. — Queré... y queré...
MANUELA. — *(Imitándole.)* Y callá... y callá...
CURRITO. — Ezo.
MANUELA. — Pues así no me sorprende que se fuera con otro. ¡Lo raro es que no se te marchara ella sola también!... Que no decirles nada es muy poco decir. ¿No lo comprendes, Curro?
CURRITO. — Muy poco es, verdá...; pero la Rosío era para mí como una estreyita, y yo vengo de la Inclusa... ¡Era muy poco también pa hablarla así, de pronto!... ¿Eso no lo comprende usté, zeñora Manuela?
MANUELA. — Sí, de sobra...; pero no gusta a nadie tanta flojera y tanto mansito...
CURRITO. — Ahí s'engaña usté por mitá, que mientras tuve esperanza de llegarla, ¡¡me comía yo er mundo, que era yo más bravo que un jabato y alante de mí no se puso en jamá ningún torero!!; pero dende que se fué ya no soy na. Ni zombra de torero, ni zombra de perzona tan siquiera.
MANUELA. — ¡Y todo por una mujer!
CURRITO. — ¡Too!
MANUELA. — No lo valen...
CURRITO. — Eso e naturá que usté lo piense. Pa una mujé es poquiya cosa una mujé...; ¡pa un hombre es mucho! ¡Tan mucho, que argunos no las alcanzan!
MANUELA. — ¡Sabes querer bien, Curriño!
CURRITO. — En cambio otros saben lograrlas.... y les va mejó.
MANUELA. — Bueno que la hayas sentido, aunque ella no se lo merece...;

Biblioteca Nacional de España

pero todo eso ya pasó hace mucho, y ahora no tienes disculpa para abandonarte así.

CURRITO. — Me farta deseo.

MANUELA. — Lo que te falta es coraje, que eres un miedoso y un cobardiñas... ¡que mismo da vergüenza el mirarte!

CURRITO. — *(Dejándose caer de bruces sobre la mesa.)* ¡Lo que soy es un desgraciao!

MANUELA. — A mí no me cuentes penas que te las buscas tú mismo..., y yo no aguanto pasmones en mi casa. O te pones a trabajar, aunque sea en llevar piedras, o ya te estás largando de aquí, ¡¡cobardón, langrán, flojo!! *(Pausa. Al verle acongojado se le funde la ira en una inmensa piedad.)* Pero no te apures, hombre, que te lo dije nada más que para crecerte la voluntad... No seas bobo, tontiño..., que tú vas a ver cómo todo se arregla muy bien... *(Acariciándole maternalmente.)* Vamos, vamos...; no chores..., Curro, Curriño...; no chores, neno, non chores, que ainda has de ter unha rapaza muy juapa e que te queira moito... E ti has de ser otra ves un torero muy bueno y muy majo... ¡Créeme a mí, Curriño!

CURRITO. — *(Cogiéndole las manos.)* Usté sí que es buena y zanta...

MANUELA. — Pasouche, ¿verdad?

CURRITO. — Sí, señora, sí...

MANUELA. — ¡E nunca mais!

CURRITO. — Nunca.

MANUELA. — Pues ven, filliño... *(Abriendo los brazos, pero cuando empieza a abrazarle le da un empellón.)* ¡¡Quita de ahí, pasmón!! Que van a saltárseme las lágrimas a mí también, y yo no soy una cobardona como tú. ¿Llorar yo? ¡¡Me valga Dios!! ¡¡Aun se ha de ver eso en la Manuela!! ¡¡Aun se ha de ver!! *(Mutis, airada, por derecha.)*

## ESCENA VI

CURRITO; *por foro,* COPITA

CURRITO. — E una zanta de altar...

COPITA. — *(De americana y un gran sombrero flexible.)* Ven acá. Curro. Si quea por ti argo de digniá y de hombre, te vi a dar la ocasión pa echarte arriba otra ve.

CURRITO. — ¿Qué ocasión, Copita?

COPITA. — El señor Manolo tiene que hablar con Romerita de cosas suyas de ellos; pero ni uno ni otro quieren dar la cara donde los vean, y yo, que me gano lo mío en que se entiendan, los he citao aquí.

CURRITO. — ¿Tú tratas con Romerita?

COPITA. — Con Romerita y con el sursuncorda. Donde haiga una peseta a ganá.

CURRITO. — Es mi enemigo.

COPITA. — Pero mío, no. Yo soy amigo de los dineros de toos.

Biblioteca Nacional de España

CURRITO. — Güeno.... ¿Y a mí qué se me importa que vengan ellos?
COPITA. — ¡No t'ha de importar, sosera! Es pa que te hagas el encontradizo con el señó Manolo y le pías que te saque.
CURRITO. — Yo no quiero corrías en Madrí, que son muy duras.
COPITA. — Tú las tomas aonde te las den, y las pides sombrerito en mano, que s'acabó de mucho el escogé.
CURRITO. — Es sierto.
COPITA. — Pues si es la chipén, no te pongas moños y ya le estás diciendo: «Cuando usté quiera, con lo que usté quiera..., y San Isidro se lo pague».
CURRITO. — ¿San Isidro?
COPITA. — Por si t'echa bueyes..., como acostumbra. Hay que apencar con too, Curro; pue pa vivir del aire s'ha menesté una harbiliá que tú no tienes.
CURRITO. — Yo vivo de casi na, y con un par de corrías cualquiera por ahí... saco el año.
COPITA. — ¿Y eres tú el que traía la gente de cabeza con poné na ma que tu nombre en el cartel? ¿Eres tú el que valía dinero verle jasé el paseíyo? Y es una condenasión, Curro, que te perjudiques tu vida por una mala mujé, falsa y arrancá.
CURRITO. — A esa mujé no tienes tú que mentarla. Ni tú ni nadie, que caía y too es más grande ella que nosotros.
COPITA. — Bueno; pue cuéntale eso a Romerita, que l'ha echao por tierra... y aluego la dejó plantá.
CURRITO. — ¿Plantá?
COPITA. — ¿Ahora amaneses? ¡¡Pue no eres tú lila que digamos!!...
CURRITO. — *(Desconsolado.)* ¡¡Plantá!! *(Y lentamente va a sentarse.)*

## ESCENA VII

DICHOS; *por derecha*, MANUELA.

MANUELA. — ¿Ya está usted ahí, andaluz?
COPITA. — Aquí estoy, gallega. ¡¡Osú!! ¡¡Y cómo se presenta usté hoy de frescachona y de superió!! El día que no me dé usté mas fatigas le vi a echar al cura un viva en mitá de la bendisión, que va a retemblá la iglesia.
MANUELA. — Saque de ahí, baralleiro.
COPITA. — ¿Y el colmao?
MANUELA. — ¿Qué colmao?
COPITA. — El que vamo a poné usté y yo en Seviya. No va a ser na...; ¡canela!
MANUELA. — ¿Con usted?... Son muy embusteros los andaluces.
COPITA. — ¿Embusteros? Ni pizca de así... *(Haciendo sonar la uña con los dientes.)* Lo que somo es xageraos, pero con la verdá por delante. ¡Yo digo que la quiero a usté más que a mi vida! ¿La verdá cuál e? Que la quiero. ¿Y la xageración? Decir más que a mi vida..., porque sin vida, ¿pa qué la quiero a usté yo, comare? Pa na.

Biblioteca Nacional de España

MANUELA. — Pa na..., comare..., xageración... Pero ¿por qué no falarán ustedes un castellano ben falado e non ese quirigay de andaluz do demo?

COPITA. — Ten razón, miña comadre... Oyéndola a usté le da a uno vergüensa de no hablá bien el castellano.

MANUELA. — Quite de ahí, falangueiro.

COPITA. — ¿Es de veras eso de quitarme. cuando usté y yo nos entendemos al pelo? ¡Pero qu'ar pelo! ¡Viva Santiago Apóstol!

MANUELA. — Pue a correspondé... ¡Viva también nuestro Padre Jasús del Gran Poer!

COPITA. — ¡Olé! ¡Eso es sentir Andalusía! ¡Ni mansaniya vamo a necesitá en el colmao!... Se nos llena de gente na ma que pa oír el andalú de usté. ¡El gran negosio, gallega!

MANUELA. — Usted ya le es listo, ya.

COPITA. — Y puesto que estamos casi arreglaítos..., ¿vamos a ver si le echamos un remiendo a este Curro de mis pecados?

MANUELA. — ¿Qué le pasa ahora?

COPITA. — Lo de siempre: flojeá. En cuanto le dejé un minuto, ya se m'ha caío en una siya. Y ahí clavao. Y si arguna vez se cae en un pozo, aunque lo saquen, como no haya sol, ya no ze me seca este hombre hasta el verano.

MANUELA. — ¡Xagerao!

COPITA. — Pero con la verdá. Es que no tiene afán ni gana siquiera de cosa ninguna. ¿Usté le ha visto comé?

MANUELA. — Poquito. Siempre desganado.

COPITA. — Pue así atorea, desganao, también; sin dársele na de que aplaudan o que chillen. Y pa too lo mismo. Curro, vamo a dar un paseo..., ¡desganao! Pasa una güena moza..., ¡desganao! ¡Una calamiá de hombre, comare!

MANUELA. — Pero nosotros no podemos dejar que se pierda.

COPITA. — Ahora va a vení quien le pue empujá, y estoy viendo que le juye de hablarle. Dígale usté argo, galleguita.

MANUELA. — Curro.

CURRITO. — ¿Qué manda usté?

MANUELA. — Que te levantes, si puedes; y si no, te ayudaremos. Hay que echar las meigas fuera, Curriño.

CURRITO. — Si pudiera...

MANUELA. — Y ya que viene la ocasión, ¡aprovéchala!

CURRITO. — ¿Pa qué?...

MANUELA. — *(Indignada.)* ¡¡Para bailar la muiñeira!! ¡Jasús, qué durmiente! *(Sacudiéndole.)* ¡¡Despiértate, hombre!! ¡Había de venir para mí una ocasión de rumbo como la tuya! ¡La tierra y el cielo movía yo para ganarla! Pero las pobres mujeres trabajamos para dos cochinas pesetas, que los millones se quedan para vosotros. ¡¡Ay, si yo fuera hombre!!

COPITA. — A ratos ya lo es usté, zeñora Manuela.

MANUELA. — *(Riendo.)* ¡Ojalá no mintieras!

COPITA. — Pero a mí no me tenía cuenta... ¡Compréndalo!

Biblioteca Nacional de España

MANUELA. — ¡Andaluz!
COPITA. — ¡Maruxa!...

## ESCENA VIII

DICHOS; MANOLO, *por foro.*

MANOLO. — ¿Es aquí?
COPITA. — Pase, pase.
MANOLO. — Pues..., ¡unga!, a doscientos kilómetros.
COPITA. — Que los da usté por bien empleaos en cuanto la Manuela saque el caldo de pote, el cordero asao y el viniyo del Rivero. ¡A chuparse los deos, señó Manolo!
MANUELA. — ¡Y cubiertos de plata que le voy a poner!
MANOLO. — Echa lujo, Araújo.
MANUELA. — Y usted, ¿qué pensaba?
MANOLO. — Que si es verdad todo lo bueno que dice de usted el amigo Copita, ya es usted buena de veras.
MANUELA. — Non lle faga caso, que éste es un falangueiro.
MANOLO. — Lo será...; pero dudo que le llamen así en Seviya.
COPITA. — Aquí..., y me basta.
MANUELA. — *(Empujando a* CURRO.) ¡Aprovecha!
CURRITO. — ¡Buenos días!...
MANOLO. — Creí que no querías saludarme.
CURRITO. — Saludá... y pedí un favó. Que me ponga usté en una corría...
MANOLO. — Por un amigo se puede hablar..., y tú lo eres mío. Sin prometer en firme, porque yo no mando..., ¿te convendría el domingo?
CURRITO. — *(Echándose para atrás.)* ¿Con los veraguas? ¡Esos que los atoree la Impresa!
MANOLO. — Se lo diré de tu parte... ¡Y que te enciendan un brasero, niño!
CURRITO. — ¿No podía ser otra fecha y otros toros?...
MANOLO. — ¡Para ti van a estar las peritas en dulce!...
CURRITO. — *(Resignado.)* Güeno...

## ESCENA IX

DICHOS; *por foro,* ROMERITA.

ROMERITA. — ¿Hice esperá?
MANOLO. — No.
CURRITO. — *(Sombrío.)* ¡Buenos días, hombre!...
ROMERITA. — *(Mirándole de arriba abajo.)* Pensé que te habías muerto, Curro...
CURRITO. — Entoavía no, Ange.
ROMERITA. — Pue ¡buenos días!...

*(Sigue.* CURRO *le mira marchar, baja la cabeza y mutis lento por foro.)*

Biblioteca Nacional de España

MANOLO. — Avisar para el almuerzo.
MANUELA. — Ya voy a prepararlo. *(Aparte, a* COPITA.) ¿Y Curro se marcha?
COPITA. — Déjelo ir... Éze es cosa perdía... ¡Perdía del too!

*(Mutis* MANUELA *y* COPITA *por izquierda.)*

## ESCENA X

ROMERITA *y* MANOLO.

ROMERITA. — Bueno..., vamo a ve qué queréis la Empresa.
MANOLO. — A mí no me metas en ese saco..., ¡que yo soy sastre!
ROMERITA. — Conmigo no, ¿eh? Te guardas el cuentecito pa otros, pero a mí ya me estás hablando tú con poer de la Empresa..., o lo dejamos aquí, que pa conversación de Puerta Tierra no he venío yo tan lejos.
MANOLO. — No seas fuguillas, que aquí estamos todos para servirte.
ROMERITA. — Pue a verlo.
MANOLO. — ¿Quieres el abono de Madrid?
ROMERITA. — ¿Que dáis?
MANOLO. — ¿Qué pides?
ROMERITA. — Allá va lo mío. Yo gano mil pesetas más que el mataor que gane más.
MANOLO. — ¡Unga!
ROMERITA. — Pa algo soy el Romerita.
MANOLO. — Bueno...; subiremos los precios.
ROMERITA. — Cobrando yo, lo demá... allá ustedes. ¿Con quien voy a toreá?
MANOLO. — Con todos los del cartel.
ROMERITA. — ¡Quia, hombre! Yo no alterno con chalaos que salen a tonterías y a que los cojan..., y luego tiene uno que matá cuatro toros o sinco... ¡Quiá!
MANOLO. — Bueno. Suprimidos los chalaos.
ROMERITA. — Y los niños pintureros que vengan a competencias y a cosas que le hacen a uno apretarse luego.
MANOLO. — Bueno... No habrá niños en la plaza. Torearás con los ases nada más.
ROMERITA. — Eso. Menos con el Mojito..., que se m'atraganta.
MANOLO. — Conformes. Dame las fechas para el contrato.
ROMERITA. — Espera. ¿Quién hace los carteles?
MANOLO. — El de costumbre.
ROMERITA. — No sirve, que ése me pone con letras pequeñitas, y a mí hay que ponerme que se vea el nombre muy claro y desde lejos. Y, además, tengo compromiso cerrao con la imprenta de Salvador Anaya, que es admirador mío.
MANOLO. — Bueno...
ROMERITA. — El cosío de los capotes y de las muletas, míos y de la cuadriya, es de cuenta de la Empresa. Pa eso eres sastre.

Biblioteca Nacional de España

MANOLO. — No, para eso soy Empresa.
ROMERITA. — O me dais cincuenta duros.
MANOLO. — Bueno. ¿Las fechas?
ROMERITA. — Aun no las sé. Cuando no tenga contrato de provincias, que son más cómodos.
MANOLO. — Pero así no sabemos nunca nada fijo para formar un cartel.
ROMERITA. — Pues así hay que tomarlo, que yo no me voy a sacrificá.
MANOLO. — Eso de ninguna manera. ¿Cuándo firmamos?
ROMERITA. — ¿Y de lo principal no se habla? ¿De los toros, na? ¡Pues hombre! A mí no m'echáis miuras, ni anastasios, ni urcolas..., ni de Colmenar, ¿eh?
MANOLO. — Bueno...
ROMERITA. — Y nada de sorteo... Mi apoderao escogerá en los corrales lo que yo he de matar.
MANOLO. — ¡Es que los otros matadores lo exigen!
ROMERITA. — ¿Y yo qué tengo que ver con los otros? Yo a lo mío y na ma, que cuando yo no valga me trataréis como a Curro y como a toos, a patás. Pues ahora a mandar yo, que vuestro negocio es, y no os debo na porque me busquéis.
MANOLO. — Se hará todo.
ROMERITA. — Y hacéis favó de comprarle una corrida al marqués de Pedregalejo.
MANOLO. — ¿Vas a torear tú ese ganado, guasón?
ROMERITA. — ¿Yo? ¡Deliras! Se los echáis a otros, pero ese ganaero es admiraor mío...
MANOLO. — Se comprará.
ROMERITA. — Gracias. Entonces, arreglaos. Me firmáis las cuatro de abono, y yo t'avisaré de ca jueves si puedo venir a Madrí para cada domingo.
MANOLO. — Muy bien.
ROMERITA. — Y me pones pa toas las extraordinarias, Beneficencia, Prensa... y eso.
MANOLO. — Alguna no la organizamos nosotros.
ROMERITA. — Pues le niegas la plaza.
MANOLO. — Muy bien. ¿Firmamos mañana?
ROMERITA. — Mañana. Las cositas pequeñas ya te las dirá el apoderao...
MANOLO. — Ya ves que en todo se cede, pero en cambio tú nos vas a sacar de un apuro el domingo...
ROMERITA. — Yo no toreo veraguas, ya lo sabes. Me llevé un cornalón muy grande que me tuvo un mes a la muerte, y no quiero ya toros duros..., que además no se luce uno con ellos.
MANOLO. — Tú te luces con todos.
ROMERITA. — Gracias por la coba..., pero echáselos a otro. Con Dios.
MANOLO. — ¿No almuerzas?
ROMERITA. — Otro día. *(Marcha.)* ¡Ah, tú! Que la semana antes de correrse los toros pa mí no se les da pienso de grano, ¿eh?
MANOLO. — *(Que marchaba a izquierda.)* ¡Ca, hombre! ¿Grano?; ni hierba tampoco...; y acabaremos porque no salgan los toros para



Biblioteca Nacional de España

la plaza, sino para un sanatorio.
ROMERITA. —Eso ya es broma. Salú, Manolo.
MANOLO. — Salú, Romerita. *(Mutis por izquierda.)*

## ESCENA XI

ROMERITA; *por foro*, CURRITO

CURRITO. —¿Una palabra, Ange...?
ROMERITA. — Creí que marcharas...
CURRITO. — No. T'aguardaba.
ROMERITA — ¿Pa qué?
CURRITO. — Pa eso que te dije, pa cambiá una palabra tú y yo.
ROMERITA. — *(Echándose mano al bolsillo.)* Si t'hace farta argo, con franqueza, Curro.
CURRITO. —Grasias. Yo no quiero tu monea.
ROMERITA.— ¿Quieres que te proteja y te saque en arguna corría? Pue pa eso no hay que arrodeá. Ya veremos lo que pueo haser por ti.
CURRITO. — Yo no te pido protesión, que no la necesito tuya ni de nadie, que pa tener me basta con que a mí se m'antoje y me dé la gana.
ROMERITA. — Pue ya podía darte, que la fachá no es de muy sobrao.
CURRITO. — Eso ya me lo sé.
ROMERITA. — Entonces tú verás. ¿Qué pasa conmigo?
CURRITO. — Quería preguntarte por... aquélla.
ROMERITA. — ¿Cuál?
CURRITO. — ¿No sabes? Por la señita Rosío...
ROMERITA. — Y tú, ¿de qué te metes en eso?
CURRITO. — M'han dicho que l'has plantao.
ROMERITA. — Que nos dejamos ella y yo, los dos.
CURRITO. — No es sierto.
ROMERITA. — Pues pon que la dejé yo sólo.
CURRITO. — ¿Y ella? ¿Qué es de ella?
ROMERITA. — No sé... Con otro andará.
CURRITO. — *(Encarándose bien con* ROMERITA.) ¡Mentira! ¡Rosío no es de ésas! ¡Di que es mentira!
ROMERITA. — Digo que no sé..., y me supongo lo naturá. S'acaban unas relaciones y s'empiesan otras relaciones, que no va a quedarse uno, ni una, sin na d'eso d'amores.
CURRITO. —Pero tú le diste promesa.
ROMERITA. — Lo que se dise a toas. Y a ésa menos que a otras, que no se me fué pa ella el querer, ni los sentíos tampoco.
CURRITO. — ¿Y entonces?
ROMERITA. — ¿Entonces...? ¿Tú no has oido que ese orgulloso de Carmona me ponía despreciao en todas partes? Como torero no me importaba, que eran selos y envidias, pero como hombre yo no tenía por qué pasarle a ese fachoso y a ese soberbio que m'humillara todos los días.

Biblioteca Nacional de España

CURRITO. —¿Y por eso...?
ROMERITA. — Por eso le hice daño donde pude y donde le cayera d'una vez la mardita vaniá.
CURRITO. — ¡Ange...!
ROMERITA. — ¿Lo iba aguantá yo? ¿Ange Romera lo iba aguantá? Ni por soñasión, Curro.
CURRITO. — ¿Fué una vengansa?
ROMERITA. — Lo que debía sé.
CURRITO. — Y Rosío, ¿qué curpa tiene?
ROMERITA. — Y yo..., ¿qué curpa tenía yo, más que la roía envidia de ese mal torero, que no supo ni pisar las plazas en cuanto que salimos toreros de verdá?
CURRITO. — Deja quieto al señó Manué, que ése ya era persona cuando tú andabas en capeas... y, además, no se trata ahora d'él.
ROMERITA. — ¿De qué se trata ahora?
CURRITO. — De Rosío.
ROMERITA. — ¿Es que tienes algo tú con ella?
CURRITO. — Si tuviera no te preguntaba: te mataba y na más.
ROMERITA. — Pue ya te di la respuesta cumplía. No tenemos na. Y si alguien la quiere recogé, que la recoja. Yo no estorbo.
CURRITO. — ¿Por tu parte, rematao?
ROMERITA. — Así.
CURRITO. — ¿Ni cumples, ni amparas siquiera, ni na...?
ROMERITA. — Ni conversación de eso, que no sé ni cómo te la he prestao a ti. Bueno, salú, Curro... y si pueo apañarte algunas corrías, cuenta que lo haré muy a gusto... *(Marcha.)*
CURRITO. — *(Sin moverse.)* ¡Qué charrán eres, Ange...!
ROMERITA. — *(Volviendo.)* ¿Qué habla tú, niño?
CURRITO. — ¿No te pedí qu'escucharas una palabra, hombre? Pues ésa era la que te quería yo aplicá..., ¡charrán!
ROMERITA. — ¡Pue te la va a comé!
CURRITO. — *(Riendo.)* ¿Esa? Esa no t'ofende a ti.
ROMERITA. — ¡Porque tú lo digas!
CURRITO. — Y porque l'has escuchao tranquilísimamente más veses... ¡Osús! Más veses que asulejos tie Seviya por los patios.
ROMERITA. — ¡A mí no hay quien me lo haiga dicho!
CURRITO. — ¡Qué mala memoria tienes, Ange! Te vi a recordar yo una miaja. ¿Conoces a la María Jesús?
ROMERITA. — *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Ah!
CURRITO. — ¿Piensas tú que nadie sabe lo que hablasteis en el cortijo, eh? Pue no fartó quien lo oyera y quien contara luego que se hartó la cortijera de llamártelo, sin que te hartaras tú d'estar callao.
ROMERITA. — ¡Porque era una mujé!
CURRITO. — *(Mirándole siempre fijo, pero riendo siempre.)* ¿Na ma?
ROMERITA. — ¡Na ma.
CURRITO. — Pue con tu lisensia me voy a da el gusto de llamártelo yo a ti ahora pa ver qué pasa cuando no es una mujé quien te lo dice: ¡Charrán!

Biblioteca Nacional de España

ROMERITA. — T'habrá pensao tú que se m'encogen los reaños contigo, ¡so piojo!

CURRITO. — *(Riendo.)* Pue ser... Que tú eres muy postinero pa jugarte la vida cien veces habiendo miles que ganar y miles de publico que te jaleen..., pero a solitas con otro hombre, cuando nadie te mire ni haiga na que ganarse..., ¡a solitas, Ange, me parese a mí que tu t'afliges...!

ROMERITA. — ¿Yo?

CURRITO. — *(Riendo.)* Pue a verlo. ¡Charrán!...

ROMERITA. — Tú eres un chalao.

CURRITO. — ¿Verdá? ¡Charran!... ¡Charrán!

ROMERITA. — ¡Y no te quiero jasé porvo! *(Marcha.)*

CURRITO. — *(Riendo.)* Grasias. ¡Charrán!... ¡Charran!

ROMERITA. — *(Levantando los brazos despreciativo.)* Na, na... *(Mutis foro.)*

CURRITO. — *(Que le fué siguiendo, desde la puerta y elevando la voz a medida que el otro se aleja.)* ¡Charrán!... ¡¡Charrán!!... ¡¡¡Charran!!! *(Encogiéndose de hombros y entrando.)* No valé ni una escupitina... Y ése se llevó a la Rosío..., ¡ése! *(Resignado.)* Güeno.

## ESCENA XII

CURRITO; *por izquierda,* MANUELA

MANUELA. — ¿Con quién riñes?

CURRITO. — Con el Romerita.

MANUELA. — ¿Tú?

CURRITO. — Yo. *(Sonriendo.)* Nadie, ¿eh...? Pues fuí a dar con menos que nadie entoavía. Y ahora m'explico bien lo que sucedió a esa pobresita...

MANUELA. — ¿Qué le sucedió?

CURRITO. — Lo peor der mundo pa una mujé. Fiarse d'un hombre... y resultá después qu'en su hombre no había hombre.

MANUELA. — Buen engaño es...

## ESCENA XIII

DICHOS; Rocío *y* GAZUZA, *por foro.*

GAZUZA. — Ahí le tiene usté. Curro, te buscan...

CURRITO. — ¿A mí pa qué...? *(Adelanta y retrocede, asombrado.)* ¡Rosío! ¡¡Señita Rocío!!

ROCÍO. — *(De traje obscuro y velillo.)* Dispensa que venga a molestá!...

CURRITO. — ¿A mí? A mí me manda usté siempre, que yo n'orvido sus favores ni los del señó Manué.

MANUELA. — *(Aparte.)* Yo voy a ver qué cara tiene esta diabla de mujer... *(Pasa al otro lado, junto a* GAZUZA.)

GAZUZA. — Fué dos veces ya junto de mí pa que la trajera...

Biblioteca Nacional de España

ROCÍO. — Es que no tengo a nadie. Curro...; toos me rechazan..., toos..., y pensé que tú quisá no me rechasarías.

CURRITO. — ¿Yo? ¡En jamá!

MANUELA. — *(A* GAZUZA.) ¡Pero esta condenada tiene cara de santiña! ¡Ay! ¡Qué cosas se ven. Santiago Apóstol!

ROCÍO. — ¡M'abandonaron, Curriyo...! Llevo dos años viviendo miserablemente...; ¡pero ya no pueo ni viví!

CURRITO. — ¿Y el señó Manué?

ROCÍO. — No quiere recibirme, ni contestarme, ni na mío.

CURRITO. — ¿Y la madre?

ROCÍO. — No s'atreve...; creo yo que no s'atreve a respirá por mí. ¡Nadie, Curro! ¡Y aquella vuelta de Méjico, despreciá y humillá... ¡Las veses que miré al mar... pa irme abajo d'él.

CURRITO. — Y entonse... ¿qué va a ser?

ROCÍO. — ¿De mí...? No sé... Llorá... y llorá...

MANUELA. — ¡Ay, pobriña!

ROCÍO. — Y si me desamparas tú también... *(Cierra los ojos, se tambalea y cae en una silla.)*

CURRITO. — ¡Rosío! ¡Rosío! ¿Qué le pasa a usté?

GAZUZA. — Cuarenta y ocho horas sin comé... Ya es bastante pasá.

MANUELA. — ¡Ay, Virgen de la Peregrina!

GAZUZA. — Y con una niñita...; es desí, con los huesos d'una niñita, que otra cosa no tiene la criatura sobre su cuerpo.

MANUELA. — ¡Ay, Santísima Trinidad!

CURRITO. — ¡Por Dió, un meico!

MANUELA. — ¡Qué un médico, pasmón! Un cocinero.

CURRITO. — Pue por cariá, señora Manuela, traiga usté inmediatamente una sopa, un caldo...

MANUELA. — *(Indignada.)* ¿Y quién eres tú para mandar así en mi casa? El caldo se lo traigo yo y más un cocido después con «gallina» y todo... ¡Pero lo traigo yo porque me da la gana a mí! ¡Vaya!

CURRITO. — Era suplicá...

MANUELA. — ¿Y por qué han de suplicarme a mí una cosa como ésta? ¿Es que a mí no me sale de dentro? ¿Es que no tengo yo también un corazón de cristiana como cualquiera? ¡¡Vaya, hombre!!

GAZUZA. — Sí, señora, sí.

MANUELA. — ¡Pues entonces! ¡¡Me valga Dios!! *(Mutis por izquierda.)*

ROCÍO. — *(Que ha vuelto poco a poco del mareo, sonriendo.)* No es na...; un mareo... de la caló.... ¿sabes?

CURRITO. — Sé, sé.

GAZUZA. — Cómo suda...

ROCÍO. — De la caló misma... *(A* GAZUZA, *que le seca la frente con su pañuelo.)* Muchas gracias, Gazuza.

CURRITO. — ¿Está mejó, verdá, señita Rosío?

ROCÍO. — Muy bien, sí...

CURRITO. — Y no s'apure usté por na, qu'aquí estoy yo pa too lo que necesite...

ROCÍO. — Hice bien en confiá en ti...

Biblioteca Nacional de España

CURRITO. — No lo valgo...; ¿pero confiá? ¡¡Muy bien en confiá!!
ROCÍO. — Así tuve tanto afán por encontrarte...
CURRITO. — Pue aquí estoy a su voluntá d'usté.

## ESCENA XIV

DICHOS; *por izquierda*, MANUELA, COPITA *y* MANOLO.

COPITA. — ¡Hola, Rosío!
ROCÍO. — ¡Hola, Copita!
MANUELA. — Verá que caldiño... Mejor no lo toma el señor cardenal.
ROCÍO. — Muchas gracias. No quiero na...
MANUELA. — Si esto es medicina, boba. En Santiago le curamos la mitad de las enfermedades con estas recetas. Ande, tómelo, condenada...; digo, tómelo, santiña.
CURRITO. — Un sorbo...
ROCÍO. — Güeno... ¡Está bien rico!
MANUELA. — ¿Y luego, cómo había de estar? Pues el cocidiño ¡a gloria le va a saber!
ROCÍO. — No, no...
MANUELA. — ¿El qué no?
ROCÍO. — No tomo na, de veras.
MANUELA. — ¡Ay! Mire, no se me ponga en mandona, que yo las personas mandonas no las sufro. ¡Ay! ¡No, señora!
COPITA. — *(Aparte.)* Ha de ser ella sola...
ROCÍO. — Pero si no tengo apetencia...
COPITA. — No discuta eso, Rosiico. Si la Manuela ha desidío que usté coma, usté come. Puede que l'haga daño..., ¡pero usté come!
MANUELA. — Y ¡claro que sí!
ROCÍO. — *(Sonriendo.)* Pue la obedeseré... *(Cogiéndole la mano)* y que la Virgen se lo pague.
MANUELA. — *(Rechazándola.)* No, boberías, no, señora...
ROCÍO. — Lo agradeseré por dentro mío... Y oye, Curro, yo vengo a pedirte un gran favó...
CURRITO. — Hecho el favó.
ROCÍO. — Mi padre t'aprecia...; y yo querría, cuando tú pudieras, que le hablaras tú personalmente.
CURRITO. — Mañana.
COPITA. — No prometas así, Curro. ¡No tienes pa una cajetilla y vas a tené para el tren!
CURRITO. — Si no hay pa el tren, voy a pie.
COPITA. — ¿A Seviya?
CURRITO. — A Seviya. Es tardá ma únicamente.
ROCÍO. — ¡Curro! ¡Te deberé más que la vida!
CURRITO. — Pue por eso no s'atormente usté ya ni un minuto, que el señó Manué y yo hablamos boca a boca del recao que usté me mande pa él.
ROCÍO. — *(Abrazándole.)* ¡Ay, Curro, lo que te querré!

Biblioteca Nacional de España

CURRITO. — Entonse... entonse no voy andando, ¡voy de rodillas!
GAZUZA. — *(A Manuela.)* ¡Y lo hase!
MANUELA. — ¡Este hombre parece que tiene el alma de quitar y poner! Cuando le da la gana, el alma al cajón... ¡ya no hay alma ni hay hombre! Y cuando le da la gana, el alma dentro del pecho, y el pecho más grande que una catedral! ¡Ay, qué demo de home!
GAZUZA. — Así es Curro. O arrastrao o por los sielos.
CURRITO. — Usté se queda ya tranquila pa siempre, y en cuantito que descanse una miaja, el Gazuza mismo va a buscá un coche y la llevamos a usté pa su casa.
ROCÍO. — Dende anteayer no tengo casa...: ¡m'echaron!
CURRITO. — Eso no le hace. Se va usté a una fonda o un hoté, ¿sabusté?
ROCÍO. — ¿Yo?
COPITA. — O al Palacio Reá... Lo dispone Curro.
CURRITO. — Ezo.
MANUELA. — ¿Y qué falta hay de buscar sitios? ¿Es que no tiene la Manuela un rincón para una pobriña?
CURRITO. — Ésta va a un hoté.
MANUELA. — ¡Qué va a ir! Lujo no le ofrezco, pero en cambio tendrá quien mire por ella.
CURRITO. — ¡Eza sí qu'es razón buena! Usté se queda aquí mientras y tanto que no se resuelva too.
ROCÍO. — ¡Pero cómo vi a quedá! ¿Están ustés locos? Si yo no pueo pagá ahora na.
MANUELA. — Ya pagará después. ¿Quién le pide ahora, grandísima descastada? ¿Quién?
ROCÍO. — ¡¡Qué buenos sois ustés!!...
CURRITO. — No hay que hablá ma de la cuestión. Y yo respondo de too, zeñora Manuela.
COPITA. — ¿Pero tú estás en tus cabales, niño? ¿Con qué va a responde tú, guazón, que no tienes una peseta?
CURRITO. — ¿Y quién t'ha dicho a ti que yo no tengo una peseta! ¡Miles tengo! ¡Millones tengo!
COPITA. — En el Banco.
CURRITO. — ¡No! En el Banco, no; pero en la plaza, sí. Señó Manolo, er domingo me pone usté con los veraguas.
GAZUZA. — *(Espantado.)* ¡¡Osú, Dios mío!!
COPITA. — *(Espantado.)* ¡¡Mi madre!!
MANOLO. — Vamos a ver eso, tú. ¿Qué quieres ganar?
CURRITO. — Na.
MANOLO. — ¿Cómo?
CURRITO. — Que na.
COPITA. — ¡¡Pero tú estás de remate!!
CURRITO. — Al terminá me paga usté lo que le parezca qu'he valío.
MANOLO. — Y si tocan las palmas, ¿querrás más?
CURRITO. — ¿Que si me tocan las parmas? ¿Y quién duda ezo?
MANOLO. — Entonces le digo ya a la Empresa...
CURRITO. — Que Currito de la Crú ha resusitao, que er domingo atorea

Biblioteca Nacional de España

y que el lunes les aguardo a ustés pa suplicarme que me deje poné yo en el cartel d'abono.

MANOLO. — ¡Unga!

COPITA. — Mira que tú no estás en juego ahora y te van a pegá una corná esos toros. ¡Pide antes otros, ladrón!

CURRITO. — Ezos han de ser.

COPITA. — ¡Ay, mi madre!

GAZUZA. — ¡Osú, Dios mío! ¡Qué palizón me van a da!...

MANUELA. — No, Curro, que te puede suceder una desgracia.

ROCÍO. — *(Cogiéndole.)* ¡No, Curriyo, que si por mi curpa te paza argo me moría de pena!

CURRITO. — No me paza na.

ROCÍO. — ¡Po la Virgen, Curriyo!

CURRITO. — Ni me paza ni me pue pazá. ¿No ve usté que me voy a vestir con el traje qu'usté m'ha regalao? ¡Y con ese traje, a mí no hay toro que me pueda!

ROCÍO. — Ojalá... *(Llorando sobre el hombro de* CURRO.)

CURRITO. — Ninguno... ¡ninguno! *(Irguiéndose.)* ¡Júy, toro!

COPITA. — ¡Nos matan!...

GAZUZA. — ¡Osú! ¡Osú!

MANUELA. — ¡Ay, Jasús! ¡Qué demo de home... e qué demo de muller!

**Fin del acto tercero**

## EPILOGO

### ESCENA PRIMERA

TERESA, ROSA *y* JUANA, *sentadas a la puerta.* CHOPERA, *algo apartado, liándose un cigarrillo*

CHOPERA. — Lo que yo digo e lo que yo digo.

ROSA. — Tú te callas, Chopera, qu'eres muy desvergonsao.

JUANA. — Y no s'habla del amo así.

TERESA. — Con respeto se habla.

CHOPERA. — Una cosa es el respeto y otra cosa es el decir verdaes a su tiempo... Como una cosa es que yo sea su criao y le llame su mercé, y otra cosa es que yo sea su amigo, que pa eso estuvimos de criados los dos juntos con el seó marqué de Zahira y éramos un tanto los dos.

TERESA. — Por eso no m'ha gustao que te tomara cuando dejaste la casa del señó marqués, que en seguía vienen las confianzas.

CHOPERA. — ¿Hay que decir algo de honrao? ¿Algo de trabajaor?

TERESA. — De eso, alabanzas.

Biblioteca Nacional de España

CHOPERA. — Pues entonces, si tengo cosas buenas, a dispensame las medianas; que de voluntá son y no de entremetío...
TERESA. — Te dispensaremos algo...
CHOPERA. — ¡Grasias! ¿Pueo acabar de liarme el cigarrillo sin más truenos?
TERESA. — Sí, hombre, sí.
CHOPERA. — ¡Grasias otra ve!

*(Una pausa.)*

TERESA. — ¿Qué pasará allá dentro?...
JUANA. — Vaya usté a sabé, doña Teresa.
ROSA. — Dos horas llevan enserraos el amo y ese bendito cura de don Almansó.
TERESA. — ¿Dos horas? ¡Dos siglos me parecen!
ROSA. — Y oír, no s'oye na.
TERESA. — Tantas voces como dieron al principio...
CHOPERA. — ¡Callarse ustedes! *(Escucha.)* ¡Na! ¡Se lo ha comío el cura! ¡M'alegro! Que no se hace lo que hizo el señó Manué... Decirle el cura: «Aguárdame una miaja, que tenemo que conversá...» ¿Y no aguardarle? ¿Y juir? Eso e de sinvergonsones.
ROSA. — Pero con don Almansó no l'ha valío, qu'arreó detrá y s'ha plantao aquí en un periquete.
CHOPERA. — ¿Y lo que le dijo al primer encontrón? ¡Colosá estuvo er cura! «Manué, eres un mal amigo, un mal padre, un mal cristiano, un descastao y un mal hombre también.»
TERESA. — *(Suavemente.)* Chopera..., que hablas del amo.
CHOPERA. — Yo, no. Ahora es el cura el que habla. «Manué eres un criminal y un sin consiensia, y un no sé qué ma.» ¡Colosá estuvo! Como en el mejó sermón qu'haiga predicao en su vida.
TERESA. — Pero tú no debes repetir esas palabras.
CHOPERA. — ¡Yo! Pestes le digo yo al amo en su cara; y merecías, ¡ea!
TERESA. — Chopera...
ROSA. — *(Aparte, a* CHOPERA.) ¡Obeese, hombre!
CHOPERA. — *(Aparte, a* ROSA.) No me sale de ninguna parte... *(A* TERESA.) ¿Es qu'está bien, ni medio bien tampoco, el andar anoche mismo, ¡anoche!, de hermano en la cofradía del Señó del Gran Poer, con mucha penitensia y mucho gorpe de pecho..., y en seguidita, porque el cura le pide un aguarde pa las conversaciones, deja colgá la hermandá, tira el capuchón y se naja de largo pa venirse al cortijo como una fiera, disiendo: «¡Yo no perdono! ¡Que se muera, que pa mí s'ha muerto ya!»?
TERESA. — Tiene muchos motivos de enfao el pobre Manoliyo...
CHOPERA. — ¡Ya sé los que tiene!... Pero lo que yo digo es que pa pensar así, que se vaya de juerga con la Niña de los Peines o con el Luserito de la Algaba...; pero que así no se pue ir de penitente con el Señor del Gran Poer, disiéndole a su vera misma: «¡Tú lo perdonas too, Gran Señó...; pero a mí no me da la gana de perdonar na!...» ¡Eso no pue ser!

Biblioteca Nacional de España

ROSA. — Ahí tienes razón...
CHOPERA. — Claro que la tengo. Y la suerte del señó Manué es que yo no soy el Señó del Gran Poer... Que si lo fuera, y conociéndole los pensamientos, como se los conocerá, ya estaba yo bajando de las andas y yéndome a darle al señó Manué una mano de bofetás más que regular... «¡Toma, por embustero y por trapalón; que pides que perdone yo, y no quieres perdoná tú, mala sangre!»
TERESA. — *(Incomodada ya.)* ¡Chopera, que hablas del amo!
CHOPERA. — Ahora sí es verdá que hablo yo...; pero ganao se lo tiene.
TERESA. — *(Dulce.)* ¿Y no comprendes tú que con esas palabras m'aumentas lo que sufro y el ansia que paso?
CHOPERA. — Eso sí que es mandar bien que uno se calle. ¡A callarte, Chopera!
TERESA. — ¿No lo comprendes?...

*(*CHOPERA *le hace señas de que él no habla ya.)*

TERESA. — Cuantas más razones hay en contra, más daño se clava en mí... ¿No lo ves tú mismo?

*(*CHOPERA *hace señas de que ve; pero de hablar que no.)*

TERESA. — *(Sonriendo a pesar suyo.)* Bueno, hombre...
ROSA. — ¡Que vienen!

*(Una pausa.)*

## ESCENA II

DICHOS; *por izquierda,* CARMONA *y* ALMANZOR.

ALMANZOR. — Aquí estaremos mejor...
CARMONA. — Tú, donde quieras. *(Tendiéndole la mano.)* Yo, con tu permiso...
ALMANZOR. — No te despidas, que es inútil. Has cortado la conversación allá... Bien; la seguiremos aquí... o en otra parte; pero yo no me muevo de tu lado hasta que obtenga la contestación que necesito... o hasta que me arrojes de tu casa a empujones o a golpes; pero así, materialmente, a golpes.
CARMONA. — Eso no lo hago yo contigo: ni por ti ni por tus vestiduras.
ALMANZOR. — Pues entonces tienes que aguantar mi presencia y mis palabras, porque te prevengo que conmigo no vuelves a hacer lo de esta noche en la procesión: de plantarme y huírme.
CARMONA. — Yo no juyo de nadie. Es que no tenemos na que tratar ya.
ALMANZOR. — Alza los ojos para decírmelo, que tan poca razón tienes, que hasta de mirarme te avergüenzas.
CARMONA. — ¡¡Que no tengo razón!! ¡No m'irrite, Almansó!
ALMANZOR. — La tuviste..., y muy completa; pero hoy, afligida y purificada por el dolor tu hija, ya no la tienes.
CARMONA. — ¡Que no quiero hablá d'ella, te digo!

Biblioteca Nacional de España

ALMANZOR. — Bueno... ¿Qué hay, Teresa?
TERESA. — Lo de siempre...
ALMANZOR. — Qué desmejoradilla estás, mujer... Y este monstruo que no lo ve..., o que no lo quiere ver.
CARMONA. — *(Indignado.)* Oiga usté, don Almansó...
ALMANZOR. — ¿Es mentira? Mírala, hombre...
CARMONA. — Os habéis propuesto ustedes que yo sarte hoy...
ALMANZOR. — Habéis de darme algo que me sostenga, ¿eh?...
TERESA. — Lo que quiera, sí.
ALMANZOR. — Estoy molido. Después de la procesión tuve que irme a pedir licencia al señor arzobispo para faltar hoy a los santos oficios..., y luego esta pícara carretera... ¡Molido, Teresa! Pero todo lo llevo muy a gusto. Lo de hoy, porque es mi deber de amigo y de sacerdote, y lo de anoche, porque fué realmente hermosísimo. ¡Lástima que no hayas visto la procesión!... ¡¡Espléndida!! Pero tú ya no ves cosa alguna, secuestrada en este destierro.
CARMONA. — Oiga usté, ¡que aquí no hay nadie secuestrao!
ALMANZOR. — ¡Y qué esplendoroso iba el Señor! Yo no sé cómo hay cristianos que no se conmuevan con el sublime dolor del que lleva la carga de su cruz.
CARMONA. — Toos llevamos la nuestra.
ALMANZOR. — Pero El lleva la de todos. Es algo más, Manuel.
CHOPERA. — ¡Qué verdá dise usté, padre!
ALMANZOR. — ¡Hola, Chopera!
CHOPERA. — Dichosos los ojos, don Almansó. ¡Que m'alegro ver a su mersé tan güeno! Acá, ya nos ve usté..., cuando no hay lágrimas, hay suspiros... ¡Malhaya sea la soberbia de los hombres! ¿Sabusté lo que nos leyó la otra tarde el niño del aperaor, qu'es muy leío y anda siempre con lo papelote? Pues que s'había descubierto en París..., o en una tierra de esas de donde vienen los infundios..., que se le podía quitar el corasón a una persona pa ponerle otro. Y le daban unos bombos al inventor... ¡Jesú! ¿Y sabusté lo que yo dije? Que pa ver eso no hasía farta ir a ningún París ni siquiera a Madrí, que por acá ya hay hombres que no tienen corasón y viven tan ricamente.
CARMONA. — ¡Largo d'ahí, roío viejo lenguatero! Largo de mi casa va mismo o...
CHOPERA. — O na. Su mersé es er amo, y su mersé pue mandá lo que le pía er cuerpo. Pero a mí no me da la gana de irme, ¡ea! *(Encarándose con él.)* ¿Tú sabes qué día es hoy? Pues hoy es er día der Señó. Y er día der Señó no se echa a nadie a la calle. ¿E verdá o no e verdá, don Almansó!
ALMANZOR. — Por su boca habla la verdad, tosca y burdamente, sí; pero la verdad eterna. Hoy no es día de rechazar a nadie, y por eso precisamente he venido hoy, descuidando sacratísimos deberes, para que la solemnidad del día influyera también en tu alma.
CARMONA. — ¡¡Es que yo no quiero ver a esa persona!!
ALMANZOR. — ¿Y quién te habla de que la veas?

Biblioteca Nacional de España

CARMONA. — ¿Pues de qué?
ALMANZOR. — De perdonarla únicamente.
CARMONA. — ¡¡Pero verla, no!!
ALMANZOR. — No.
TERESA. — *(Abalanzándose.)* ¡Manoliyo!
CHOPERA. — ¡Perdone su mersé!
ROSA. — Señó amo...
JUANA. — Lo pedimos toos...
ALMANZOR. — Parece que Dios mismo te allanó el camino de tu perdón. Ella, arrepentida y habiendo expiado su error de veras...; ¡¡pero de veras, eh!!; y aquel traidor, el hombre que podía causarte sonrojo al encontrártelo por el mundo, ya sabes que no te lo encontrarás, que muerto quedó en mitad de una plaza.
CARMONA. — ¡Ay, si hubiera yo sido el toro que le cogió!...
TERESA. — Perdona, Manué... ¡¡Por el divino Señó y por su día de hoy te lo pío, Manué!!
CARMONA. — Bien está, que no soy de piedra. La perdono.
TERESA. — ¡¡Manué!!...
CARMONA. — *(Separándola brusco.)* ¡¡Pero sin verla ¿eh?, sin verla!!
ALMANZOR. — Se hará como tú dispongas.
CARMONA. — *(A* TERESA.) Tú la visitas en Seviya... o en donde sea que acordéis, y la llevas cuanto se t'antoje; pero a mí, ni m'habláis de eso nunca, ni yo la veo a ella jamá. ¡Que si la veo hay una perdisión!
ALMANZOR. — ¡Nunca, nunca! *(Abrazándole.)* ¡Gracias, Manuel!
TERESA. — *(Abrazándole.)* ¡Manoliyo!
CHOPERA. — ¡Viva su mersé!
ROSA. — ¡Cien años viva!
JUANA. — ¡Y mil!
CARMONA. — *(Desentendiéndose bruscamente de ellos, que le rodean y le soban.)* ¡Dejarme toos! ¡Dejarme, que m'habéis torcío la voluntá! ¡¡Dejarme!! *(Mutis por izquierda.)*
ALMANZOR. — *(Deteniendo a Teresa.)* Déjale que batalle él solo con sus ideas...
TERESA. — Y yo, ¿cuándo voy a verla?
ALMANZOR. — Hoy mismo.
TERESA. — *(Brincando.)* ¡¡Hoy!!
ALMANZOR. — Pero a condición de no rechistar siquiera hasta que yo mande.
TERESA. — ¡Lo que usté diga, ya lo creo! ¡Cuánto le debemos, don Almansó de mi vida!
ROSA. — ¡S'ha ganao usté un abrazo, señó cura!
JUANA. — Y otro de mí.
ALMANZOR. — Los doy por recibidos.
CHOPERA. — Déjese usté abrazar, hombre. Después l'abrazo yo también; y si con ellas hay un pecaíyo pequeño, en cambio conmigo se lleva usté una penitensia grande. Total, sero de cuenta.
ALMANZOR. — Los agradezco todos, pero todos por recibidos.

Biblioteca Nacional de España

CHOPERA. — Usté sabrá..., y salú toos. *(Se aleja cantando.)* «A un Cristo que hay en Seviya...»
TERESA. — ¡Chopera! El día qu'está muerto Nuestro Señó, no se canta.
CHOPERA. — Pero lo suyo de hoy es muerte de mentirijiya, y el contento pa esta casa viene ahora mismo y de verdá. ¡No s'apure usté, señora, que Dios comprende muy rebién estas diferensias de cuando es cantar por hacer despresio del día que es, o cantar de satisfasión buena y sana! ¿No es verdá, padre?
ALMANZOR. — Verdad.
CHOPERA. — Mi canto no sirve ni pa ganarse una perra gorda, y no hay ni quien me lo escuche... ¡Eso ya me consta! ¿Pero qué s'apuesta usté a que en el sielo están ahora mismo disiendo: «Ese canto le sale del alma a Chopera...; ¡venga p'arriba, p'arriba!»? *(Accionándolo.)*
ALMANZOR. — Puede ser...
CHOPERA. — Pues si pue ser, ¡arza canto y vi a buscá quien me jalee!

A un Cristo que hay en Seviya...
llaman Cristo del cachorro...

*(Y cantando, mutis por derecha.)*

TERESA. — La alegría de estos criados fieles es también nuestra alegría.
ALMANZOR. — ¡Vaya si lo es!
JUANA. — ¡Mirusté! ¡Mirusté! ¡Currito e la Cru!
ROSA. — ¡Currito! Le he visto ya atoreá. ¡Jesú, qué bendición de torero! Es lo mejó de lo mejó.
ALMANZOR. — Cierto. Retirado Manuel, éste es hoy la flor de la torería.
TERESA. — Mucho m'alegro de sus triunfos, que además es un hombre bueno.
ALMANZOR. — Bueno le llamas tú. Rocío le llama santo.
TERESA. — Ya sé qu'ha sío su providencia de ella.
ALMANZOR. — Aun no lo sabes bien.

## ESCENA III

TERESA, ROSA, JUANA *y* ALMANZOR; *por derecha,* CURRITO, COPITA *y* GAZUZA, *muy flamantes, y* GAZUZA *con una cadena de reloj que, aunque sea falsa, vale millones por el peso.*

CURRITO. — ¡Buenos días, toos!...
TERESA. — Manué l'ha perdonao, ¿sabes?
CURRITO. — Lo que tenía que se al fin. Ella es muy merècedora, y él es muy grande en too...; y cuando un hombre es muy grande en too..., ¡bueno!; arremate usté, padre, qu'a mí se m'ha acabao la locuensia.
GAZUZA. — *(Abrazándole.)* ¡Qué zalao eres, Curro!
CURRITO. — Y no estoy ofendío porque a mí no me concediera ese perdón, que yo era poco cuando vine pa suplicá tanto hará dos anos.
ALMANZOR. — ¿Aguardan?
CURRITO. — Aguardan.

Biblioteca Nacional de España

ALMANZOR. — *(A* TERESA.) ¿Prometes no dar ni un chillido?
TERESA. — ¡¡Ay!!
ALMANZOR. — ¡¡Eh...!!
TERESA. — Ya no ma. ¡Lo juro!
ALMANZOR. — ¿Prometes ir muy despacio para no llamar la atención?
TERESA. — Sí, sí, despacísimo...
ALMANZOR. — En la carretera está el auto... y quien tú quieres. Ve... Y tráela contigo. (TERESA *sale hacia derecha, muy despacio..., pero de pronto echa a correr.* ALMANZOR, *riendo.)* Despacio...
CURRITO. — Cuarquiera la sujeta ya...
COPITA. — *(A* JUANA.) Tú, niña, hasé favó de decirle al señó Manué que el mataor le píe una conferensia.
JUANA. — De seguía. *(Mutis por izquierda.)*
ROSA. — Yo le vi a usté d'atorear, señó Curro.
COPITA. — Pue ya puees cerrá los ojos, que mejó no lo verás en tu vida. Ni tampoco igual, como no sea a él mismo.
GAZUZA. — Er mismo se paza toos los días a sí mismo. Ca corría, más valiente... ¡Timerario e! Ca corría, más zabio y más torero... *(Abrazándole.)* ¡Osú, qué torerazo!
ALMANZOR. — No mienten, no; que te has hecho un cartel extraordinario, enorme...
CURRITO. — Hay suerte, sí, señó.
ROSA. — ¡Qué suerte! ¡Corasón que tiene usté!
COPITA. — Y ciensia. ¿Eh, Gazuza?
GAZUZA. — ¡Ciensasa! Toreando e un ingeniero civí... *(Escamado.)* ¿No son ingenieros los que saben matemáticas?
ALMANZOR. — Sí...
GAZUZA. — Pue ingeniero civí lo meno.
COPITA. — Y fenomená el niño de sabiduría...
CURRITO. — Dejá eso. que todos los días me lo dicen esos permazos que no se m'apartan ni un minuto. Pa vení aquí los tuve que citá en otro sitio...; ¡y allí están aguardando los infelises!
GAZUZA. — Esquinaso les da. ¿Es zalao o no es zalao el mataor?
ROSA. — Zalaísimo.
ALMANZOR. — Tienes muchos amigos ahora, ¿eh?
CURRITO. — A convidá diaria sargo.
COPITA. — Pa desayuná con él, comé, cená y paseá con él... y pa darles esquinazo a ellos cuando él quiere argo de hacer solito..., pues tiene... contando de memoria: duques, tres..., y uno que es lapicero, borrador y guardapunta.
ALMANZOR. — ¿Cómo?
COPITA. — Sí, que lo es todo él solo. Duque, millonario, senador, escritor, escultor, pintor, decorador... y afinaor de pianolas, creo yo.
ALMANZOR. — ¡Ya es abarcar!
COPITA. — Güeno. Duques, tres; marqueses, veintitrés; condes, cuarenta y tres..., y Martínez, Gómez y Suárez, ciento tres.
ALMANZOR. — Váyase por cuando no tuvo a nadie.
CURRITO. — Bajar y subir que tie la vida...

Biblioteca Nacional de España

COPITA. — Los botones se los han regalao, los gemelos se los han regalao...
GAZUZA. — Y esta cadena, que la llevo yo porque el mataor no pue con ella, me l'han regalao a mí creyendo que se la regalaban a él.
COPITA. — Y regalo de brindi... ¡no digamos! Tie un traje de luces, grana y oro, bordao con perlitas..., ¡una riqueza!, y se lo regaló un Gómez, de los ciento tres, na más que por el gusto d'alternar con nuestros duques y con nosotros. ¡Se dan un postín al lao del mataor, qu'a veces parece que son ellos los que van a matar alguna cosa!... Y si mataran aunque no fuera más que pulgas, s'hacían un cartelito en San Sebastián..., qu'allí las hay pa un aficionao a rascarse...
ALMANZOR. — ¿Y tú, qué? ¿A las de feria en Sevilla?
CURRITO. — Sí, señó. Noventa y siete corrías tengo ya firmás..., y en octubre pa América.
COPITA. — Con un contrato de miles de millones.
ALMANZOR. — No es mucho...
COPITA. — ¡Me vi a traer más brillantes... y más loros qu'un comisionista!
GAZUZA. — Y yo, a la vuelta, pongo la primer tienda de ultramarinos del mundo... y me quito de los toros..., que dan dinero, sí, ¡pero dan ca susto!... ¡Osú, qué sustazos dan!
ALMANZOR. — Bien pensado.
ROSA. — Y en seguida... a casarse.
GAZUZA. — Es una solusión. ¿M'aguarda usté, niña?...
ROSA. — Lo hablaremos formá... y se verá lo que pue ser.

## ESCENA IV

DICHOS; CARMONA, *por izquierda.*

CARMONA. — Bien venío, Curro. Ya sabes que se t'aprecia por acá.
CURRITO. — Confiao en eso vengo.
CARMONA. — Y aunque m'alegro yo de pocas cosas, una de las pocas es que tú haigas triunfao y t'haigas hecho un torero muy grande.
CURRITO. — ¿Quiere usté hacer favó de volverlo a decí?
CARMONA. — ¿Er qué?
CURRITO. — Lo que ha dicho usté ahora.
CARMONA. — La verdá, Curro. Que t'has hecho un gran torero.
CURRITO. — Pue entonse llegó pa mí la bendita hora de recordarle a usté una palabra suya de usté, señó Manué. Usté dijo una ve que la Muñequiya...
CARMONA. — ¡Ya no hay Muñequiya, Curro!
CURRITO. — ¡Sí hay!
CARMONA. — ¡No! ¡Te digo que no!
ALMANZOR. — Déjale hablar a él, que para algo te conté yo cuanto hizo este hombre y lo caballero que fué con Rocío.

Biblioteca Nacional de España

CARMONA. — Ya sé todo, Curro. Bien has hecho... por hacer bien, pero a mí no m'has hecho na, que no es na mío esa persona.
ALMANZOR. — La perdonaste, Manuel...
CARMONA. — Sí..., ¡pero sin verla jamá, sin mezclarme en na suyo nunca jamá!
ALMANZOR. — Conformes..., pero escucha.
CURRITO. — Usté dijo, señó Manué: «De mi casa no se la lleva más que un rey... o un torero mu grande». ¿Es verdá?
CARMONA. — Lo fué. Hoy no es verdá na.
CURRITO. — Y yo pregunto: Señó Manué... ¿ha venío un rey a buscarla?
CARMONA. — ¡No!
CURRITO. — Pues si no, aquí está un torero muy grande, ¡y que se hizo muy grande na más que por ella!, pa pedírsela a usté, señó Manué.
CARMONA. — Tú haz lo que te dé la gana, pero a mí no m'hablas d'ella, que yo no la quiero ver ¡jamá!, ¡¡jamá!!, ¡¡¡jamá!!!

## ESCENA V

DICHOS; TERESA *y* ROCÍO.

TERESA. — Manoliyo...
CARMONA. — ¡Fuera de aquí!
ALMANZOR. — ¡Manuel, por Dios!
CARMONA. — ¡Irse toos d'aquí! ¡Irse ya mismo, que va a haber una perdisión! ¡¡Irse!!
ROCÍO. — ¡¡Pare de mi alma...!!
CARMONA. — *(Apartando bruscamente a todos y corriendo a* Rocío.*)* ¡¡Rocío!! *(La va a pegar, pero se contiene y la abraza fuertemente.)* ¡¡Muñequiya, muñequiya!!
ALMANZOR. — Y Dios dijo: «Perdona para que te perdonen...»
CARMONA. — Curriyo..., ¡no te la doy..., te la devuelvo, que tuya e!
COPITA. — Esta sí que es una faena, padre Almanzó. Mi felisitasión cordiá...
GAZUZA. — *(Abrazándole.)* ¡¡Almanzorazo!!
TERESA. — ¡¡Grasias otra vez, grasias...!!
ALMANZOR. — Para mí no, para El, que hasta en el día de su muerte es el que puede y quiere dar la vida...

**FIN DE LA OBRA**

Biblioteca Nacional de España

1000904423

Biblioteca Nacional de España